Nunca te dije por qué



Victorya Serrada

NUNCA TE DIJE POR QUÉ

©Victorya Serrada, mayo, 2026

©Todos los derechos reservados

Foto portada Shuttestock Artista: Subbotina Anna

Diseño y composición de portada: VSG

Queda prohibido reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea mecánico, electrónico, fotocopia, grabación u otros sin el permiso previo o por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, ni escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio, sin permiso.

Los personajes que aparecen en esta obra son totalmente ficticios. Cualquier parecido con la realidad es solo pura coincidencia. Las opiniones vertidas por los personajes corresponden a su propia experiencia en la historia y deberán juzgarse exclusivamente de esa manera.

SINOPSIS

«El miércoles ya sabía que mi hermana iba a morir».

Manuel Ríos pasa los días traduciendo lenguas muertas y las noches intentando mantener el mundo bajo control: los mismos rituales, el mismo orden, la misma vida tranquila en Sevilla.

Hasta que recibe una antigua tablilla tartesia.

Horas después, su hermana desaparece.

La única forma de recuperarla es descifrar el mensaje oculto en la piedra: un secreto enterrado desde hace más de dos mil años y relacionado con Argantonio, el legendario rey de Tartessos que, según la historia, vivió más de cien años.

Porque algunos secretos sobreviven milenios por alguna razón que escapa a la inteligencia humana.

Lo que parecía un simple hallazgo arqueológico pronto se transformará en algo mucho más inquietante: símbolos antiguos, mensajes ocultos y una obsesión capaz de llevar a cualquiera al límite.

Junto a Berta, una detective caótica, magnética y adicta a los chupachups de fresa, Manu se verá arrastrado a una investigación donde ciencia y mito se confunden.

Porque hay descubrimientos que no prometen riqueza… Prometen algo que siempre ha anhelado el ser humano.

Un thriller adictivo ambientado en una Sevilla abrasadora.

Secretos tartesios, conspiraciones y una carrera contrarreloj.

Suspense psicológico, tensión y una obsesión capaz de cambiarlo todo.

ÍNDICE

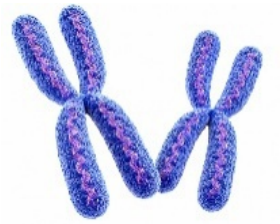
SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
MIS OTRAS NOVELAS
MIS REDES SOCIALES

No se puede dar marcha atrás, la esencia de la vida es ir hacia adelante.

Arthur Schnitzler

CAPÍTULO 1



El miércoles ya sabía que mi hermana iba a morir…

La caja llegó un lunes. La abrí un martes. El miércoles ya sabía que mi hermana iba a morir.

En Sevilla, en agosto, el calor no se llevaba bien ni con los difuntos, pero aquel lunes hacía cuarenta y cuatro grados a la sombra y yo no estaba pensando en mi hermana, sino en el ventilador, en la siesta y en no morir antes de que llegara la noche. El mensajero llamó dos veces a la puerta. La primera no abrí porque los lunes no se empezaba nada importante; los lunes se sobrevivían esperando a que pasaran, una costumbre que aprendí de mi madre y que cumplo sin excepción. Pero el mensajero volvió a tocar una segunda vez, y Tito, mi gato, me miró desde la estantería con ese desprecio que solo los felinos sabían fingir, así que gruñí un «ya va», firmé el recibo, cerré la puerta y dejé el paquete en la mesa del comedor sin mirarlo siquiera.

El museo me enviaba cosas de vez en cuando a casa: fragmentos de cerámica, réplicas, piedras sin catalogar. Trabajos tediosos que pagaban las facturas de verano y nada más, porque yo soy filólogo especializado en lenguas paleohispánicas —tartesio, íbero, celtíbero— y eso significaba que me tendría que pasar los días mirando signos que nadie entendía y las noches soñando con ellos, pero los lunes no soñaba, los lunes aguantaba. Por eso la caja permaneció en la mesa, cerrada y muda, mientras yo hacía lo de siempre: alinear los botes de la cocina (harina, azúcar, lentejas, arroz), cenar lo de siempre —tortilla sin cebolla porque Tito la olía y me miraba con desprecio si la cebolla estaba presente, aunque los gatos no coman tortilla— y tocar madera tres veces antes de

acostarme: la puerta, la estantería y el marco de la ventana. Mis rituales, mi armadura. El lunes pasó y no recibí ni una llamada de mi hermana, aunque tampoco esperaba ninguna.

El martes por la mañana me levanté antes de que el sol apretara de verdad, sobre las ocho, cuando aún se podía respirar. Preparé café, tostada y zumo sin pulpa. Tito bajó de su estantería y se sentó a mi lado, curioseando la caja con esa atención felina que tan bien conocía.

—Ya lo sé —le dije—. Es raro.

Tito no respondió, porque los gatos nunca lo hacían cuando más falta hacía. Abrí el paquete: una capa de plástico, otra capa de cartón, otra más de plástico, y por fin una losa de pizarra oscura, del tamaño de una cuartilla, cubierta de signos grabados con una paciencia de las que ya no existe. Era escritura tartesia, la más antigua de Occidente. Veintisiete siglos después, aquello estaba en mi salón, sobre la misma mesa donde desayunaba cada mañana. Lo dejé allí, me preparé otro café, me senté y empecé a leer.

La primera impresión fue rutinaria: otro texto funerario, otro nombre de rey, otra ofrenda. Pero a medida que avanzaba, algo no encajaba: las palabras se repetían con una insistencia inusual. «Argantonio» aparecía cuatro veces, el rey que vivió cien años, el que acumuló plata para volver locos a los fenicios. Luego venía una coordenada, después una fecha y luego una palabra: «URKI». Oro o muerte. Toqué la mesa tres veces. Tito me miró. El café se enfrió.

Entonces sonó el teléfono.

Era un número desconocido, lo dejé sonar, pero al cabo del rato, volvió a vibrar. Lo cogí.

—¿Sí?

Al otro lado, una voz grave, sin acento y sin calidez alguna, dijo:

—Manuel Ríos, ¿ha recibido el paquete?

—¿Quién es?

—Alguien que necesita que traduzcas el resto de la estela.

—Ya la he traducido —contesté—. Es un texto funerario sin interés. Pueden pasar a recogerla cuando quieran.

Hubo un silencio, luego un pequeño chasquido y al fondo, lejana pero clara, oí otra voz:

—¿Manu? Soy yo. Diles todo, por favor. Diles lo que quieran...

Era mi hermana. Se me heló la sangre. El móvil se me resbaló de la mano y toqué la mesa tres veces sin pensar; la madera sonó hueca. El hombre dijo:

—¿La has oído? Está bien, por ahora. Si colaboras, ella seguirá bien. Si no colaboras... bueno, con lo inteligente que se supone que eres…

—¿Qué quiere que traduzca? —pregunté, y mi voz sonó rara, como de otro.

—Todo —respondió—. Cada signo, cada sombra. Queremos saber dónde y cuándo. URKI no es solo una palabra, Ríos, es una promesa, y nos vas a decir cómo cumplirla.

—No sé nada de eso —dije—. Solo soy un filólogo.

—Entonces aprende rápido. Tienes setenta y dos horas.

El teléfono se cortó. Me quedé en el salón con la estela delante, la voz de mi hermana en la cabeza y Tito mirándome desde el suelo. Setenta y dos horas, pensé. Desde aquel martes por la mañana hasta el viernes a primera hora. Tenía dos días enteros por delante, pero cada minuto se me clavaba como una aguja. Toqué la madera del marco de la ventana una, dos, tres veces, pero no sirvió de nada.

Aquella noche no logré dormir. Las horas se alargaban de forma pegajosa e interminable. A veces miraba la piedra; a veces cerraba los ojos y veía a mi hermana de pequeña escondiéndose detrás de las cortinas mientras yo la buscaba, y siempre la encontraba, pero ahora no sabía dónde mirar. Cuando por fin amaneció, la luz entró por la ventana de golpe y todo seguía igual: la mesa, la estela, los signos mudos. Solo que ahora, junto a ellos, se sumaba una certeza: no podía hacer esto solo. Necesitaba a alguien que supiera moverse en la oscuridad.

El miércoles por la mañana, antes de que el calor me aplastara, busqué en Google «detective privado, Sevilla». Aparecieron varias páginas, la mayoría cutres, pero una me llamó la atención: el anuncio sobre fondo azul mostraba una mujer con gafas de sol y un eslogan que decía «No cobramos la primera consulta». Se llamaba Investigaciones Berta. Llamé y contestó al segundo tono.

—Investigaciones Berta, dígame.

—Hola —dije—. Necesito ayuda.

—¿Es por una infidelidad?

—No.

—¿Una desaparición?

—Todavía no.

—¿Una secta? Porque las sectas son mi especialidad. Bueno, no es cierto, pero las investigo con mucho entusiasmo.

Me quedé callado.

—¿Estás ahí? —preguntó.

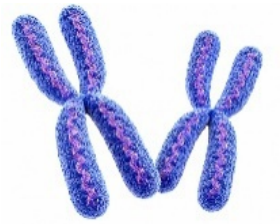
—Sí.

—Pues si quieres —dijo—, pásate por la agencia. Estoy en la calle Feria, detrás del taller de motos. Es la puerta verde, una muy descolorida. No tiene pérdida.

Colgó. Miré la estela, la foto mental de mi hermana y el tictac de las setenta y dos horas. Me puse los pantalones, cogí la mochila y salí al infierno de agosto. «Allá voy, hermana».

«Aguanta».

CAPÍTULO 2



No podía hacer esto solo…

No fui directamente a la puerta verde. No podía. Necesitaba ver el sitio antes, asegurarme de que existía, de que ella existía, de que no era una trampa más. Así que, en lugar de llamar al timbre, crucé la calle y me senté en un banco de piedra, bajo el único toldo que encontré. El taller de motos olía a gasolina y a aceite lubricante. Al lado estaba la puerta verde tan descolorida que casi parecía gris, un timbre diminuto y una pegatina con «BERTA» escrito a rotulador. Eso era todo.

Esperé. Diez minutos. Quince. Nadie entró. Nadie salió. Una mujer mayor pasó con un carrito de la compra y me miró como si fuera un sospechoso. El sol empezaba a calentar con ganas. Me levanté, di una vuelta a la manzana, compré una botella de agua y volví. Me senté en otro banco, un poco más lejos. La puerta seguía igual.

—No voy a entrar así —mascullé.

Me obligué a levantarme. Caminé hacia la puerta verde. Llegué hasta el timbre, y me quedé allí, con el dedo a un centímetro del botón, sin atreverme a pulsarlo.

—Joder, Manu —me dije—, es solo una puerta.

Pero no era solo una puerta. Era pedir ayuda. Era reconocer que no podía solo. Y eso me aterraba más que la amenaza telefónica.

Retiré la mano. Di media vuelta. Me alejé dos pasos. Me paré. Respiré hondo. Y entonces, sin saber muy bien cómo, me vi girando

sobre mis talones y pulsando el timbre varias veces seguidas…

Dentro se oyó un golpe, una silla arrastrándose y una voz que gritó:

—¡Ya voy, coño, que no soy un portero automático!

La puerta se abrió y allí estaba ella. Berta, con el moño torcido, las gafas de pasta negras y la camiseta rosa de tirantes que le quedaba grande. No llevaba zapatos, solo unos calcetines de dibujos animados que asomaban por debajo de unos vaqueros raídos. Me recorrió con la mirada, frunció un poco el ceño —como si le resultara familiar— y luego sonrió.

—¿Eres el de la llamada? —preguntó.

—Sí.

—Pensaba que habías cambiado de opinión. Llevas un rato ahí fuera, ¿no?—No supe qué responder. Ella se apartó para dejarme pasar.

—Pasa, anda.

Entré. Lo primero que vi fue el póster de «True Detective». Luego la planta mustia, las sillas desparejadas, la mesa llena de papeles. Berta se sentó en la silla verde, se quitó las gafas y me señaló la gris. Me senté. Crujió.

—A ver —dijo, sin quitarme ojo—. Cuéntame. Pero despacio, que hoy voy a trompicones con este puto calor… Primero tu nombre, claro, para dirigirme a ti.

—Manuel Ríos. Puedes llamarme Manu.

Saqué la foto de mi hermana del bolsillo y la puse sobre la mesa, junto a una taza que contenía un montón de bolis, todos rosas y rojos. Berta la cogió, la miró un instante y luego me devolvió la mirada.

—¿Tu hermana?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En Barcelona. Supongo.

—¿Supones?

—No contesta al teléfono.—Dejó la foto despacio, se recostó en la silla y esta protestó con un chirrido.

—Vale. ¿Y esa foto cómo llegó a tus manos?—Estaba bloqueado… Tenía la lengua pegada al paladar, la boca pastosa.

—Mira, Manu —dijo—. Yo soy muy pesada y también muy curiosa. Así que vas a tener que soltarlo, aunque sea a tirones. ¿Entendido?

Asentí.

—Bien. Empiezo yo. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Hace dos semanas.

—¿Y qué te dijo?

—Nada importante. Que si el trabajo, que si el calor, que me llamaba luego.

—¿Y te llamó?

—No.

—¿Y tú la llamaste a ella?

—Sí. Varias veces. No contestó. Pero fue después. Ayer…

—¿Dejaste mensajes?

—Sí. No respondió.

Berta anotó algo en su libreta negra, mordió el bolígrafo y siguió:

—Vale. ¿Y entonces qué pasó? Porque algo te ha traído hasta aquí. La gente no contrata detectives porque su hermana no conteste al teléfono. Eso es normal si tienes una borde, pero por cómo te encuentro, no creo que sea el caso.

Me removí en la silla. Crujió.

—Recibí un paquete —dije al fin.

—¿Qué tipo de paquete?

—Una losa. Con escritura antigua.

Berta levantó una ceja.

—¿Y tú quién eres? ¿Indiana Jones?

—Filólogo. Lenguas paleohispánicas.

—Ah —dijo, con ese tono que indicaba que no había entendido nada pero que no iba a pedir más detalles porque no le importaban —. Traduces cosas raras.

—Eso.

—Vale. Sigue.

—Traduje la losa. Era un texto funerario, en principio. Pero había una palabra que se repetía: URKI.

—¿Y eso qué significa?

—Oro o muerte.—Berta dejó de escribir. Me miró fijamente.

—¿Oro o muerte? ¿En serio?

—En serio.

—¿Y eso qué tiene que ver con tu hermana?

—Nada. En teoría. Pero justo cuando terminé de traducir, sonó el teléfono.

—¿Quién era?

—No lo sé. Un hombre. Voz grave, sin acento, sin calidez. Como si leyera un papel.

—¿Y qué quería?

—Que le dijera dónde y cuándo.

—¿Dónde y cuándo, qué?

—Eso no lo sé. Está en la piedra, pero yo no lo he encontrado todavía.—Berta anotó algo más. No levantó la vista.

—¿Y tu hermana?

—La oí al fondo. Durante la llamada, le pasaron el teléfono… Dijo: «Diles lo que quieran, por favor».

El bolígrafo de Berta se detuvo en el aire. Levantó la cabeza muy despacio.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿Y te dieron algún plazo?

—Setenta y dos horas.

—¿Desde cuándo?

—Desde el martes por la mañana.—Berta miró el reloj de pared. Era uno de esos baratos, redondos, que avanzaban con un tictac seco.

—Joder —dijo, y se reclinó en la silla. La silla protestó—. Pues tienes menos de cuarenta y ocho.

—Lo sé.

—Y has venido a pedirme ayuda.

—Sí.

—¿Por qué a mí?

—Porque no tengo a nadie más.—Cuando terminé, se quedó callada un momento, mirando la foto de mi hermana.

—¿Y esa palabra? —preguntó—. URKI.

—Oro o muerte.

—Joder —dijo, y soltó una risa breve, sin humor—. Qué bonito.

—¿Bonito?

—Bonito de interesante. Llevo cinco años con casos de perros perdidos y maridos infieles. Esto es lo más interesante que me ha pasado desde que puse el póster de Matthew McConaughey.

Señaló la pared con la barbilla. Seguí su mirada. Matthew McConaughey y Woody Harrelson los protas de *True Detective*, nos observaban desde la penumbra, con sus caras de estar resacosos y ser muy profundos a la vez.

—¿Y vas a ayudarme? —pregunté.

—Eso depende —respondió Berta, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en la mesa—. De si me cuentas todo. Y de si tú mismo te decides a hacer algo. Porque por cómo has entrado —dijo, y sus ojos se clavaron en los míos—, diría que no es fácil que te decidas.

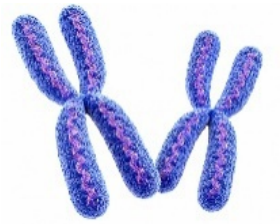
Acertó de lleno. No supe qué contestar. Berta suspiró, se recostó en la silla, y la silla protestó.

—Mira, Manu —dijo, y fue la primera vez que pronunciaba mi nombre—. Yo te ayudo. Pero quiero saberlo todo. Cada detalle. Cada cosa que callaste en el informe. Y luego, juntos, decidimos. ¿Vale?

Asentí.

—Vale —dijo ella, y cogió el bolígrafo—. Pues empieza por el principio. Y no te saltes nada. Que yo soy muy preguntona…

CAPÍTULO 3



Piedra con sabor a caramelo

Salimos de la agencia sin saber muy bien hacia dónde. Berta caminaba delante de mí, con la mochila mugrienta al hombro, las sandalias de cuero pisando el asfalto caliente. El sol nos caía a plomo. El taller de motos seguía oliendo a gasolina y el perro callejero seguía durmiendo bajo la misma sombra.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A tu casa —dijo sin volverse.

—¿A mi casa para qué?

—Para ver la piedra. No voy a investigar un pedrusco milenario en mi oficina con Matthew McConaughey juzgándome. Necesito luz, tranquilidad y una superficie limpia.

—Mi casa no es tranquila. Tengo un gato.

—Mejor. Los gatos dan suerte.

—Tito no da suerte. Tito juzga.

Berta se volvió y sonrió.

—Pues que juzgue. No le tengo miedo a los gatos.

Llegamos a mi portal. Subí las escaleras con ella pegada a mi espalda, tan cerca que podía oler su perfume mezclado con el sudor. Olía a caramelo y a algo que no sabía identificar. Abrí la puerta. Entré. Ella me siguió.

Cerré la puerta. Eché el pestillo. Toqué la madera tres veces.

—¿Siempre haces eso? —preguntó Berta.

—Siempre.

—Pues no sirve de nada.

—Lo sé.

Me quedé quieto, con la espalda apoyada en la puerta, mirándola. Berta recorrió el salón con la mirada: los botes alineados en la cocina, los libros ordenados por tamaño en la estantería, el ventilador girando sin descanso, Tito tumbado boca arriba en la baldosa del baño.

—Es muy mono —dijo señalando al gato.

—Tito.

—Ya. Hola, Tito.

El gato no se movió.

Berta se giró hacia mí. Metió la mano en el bolsillo del pantalón corto —unos vaqueros cortados por encima de la rodilla, desgastados, con un agujero en la costura del lado izquierdo— y sacó un chupachups de fresa. Lo desenvolvió con los dientes, se lo metió en la boca y lo chupó despacio, con una lentitud que me resultó hipnótica.

—Enséñamela —dijo.

Su labio inferior brillaba, humedecido por el caramelo. La lengua asomó un instante para lamer el borde del chupachups. Yo no podía dejar de mirar esos labios. Tampoco quería.

—Manu —dijo ella—. La piedra.

—Sí. La piedra. Ahora.

Pero no me movía. Tenía las piernas flojas, la boca seca y una risa nerviosa que empezaba a aflorar desde la boca del estómago. No era el momento. No podía ser el momento. Pero ahí estaba, con

ella en mi salón, con sus labios brillantes y su chupachups de fresa, pidiéndome que le enseñara una piedra que había cambiado mi vida cuarenta y ocho horas atrás.

—¿Te pasa algo? —preguntó Berta.

—No. Sí. No lo sé.

—¿Tienes fiebre?

—Puede.

—¿Te ayudo?

—No. Quiero decir, sí. La piedra. Ahora mismo.

Me obligué a separarme de la puerta. Fui a la mesa del comedor, cogí la mochila, saqué la estela envuelta en el trapo de cocina y la dejé sobre el mantel individual. Retrocedí un paso. Toqué la madera de la mesa. Me ardían las manos.

Berta se acercó despacio. Dejó el chupachups apoyado en el borde de un vaso vacío —un gesto tan doméstico que me descolocó — y se puso seria. Muy seria. Desenvolvió el trapo con cuidado y la piedra apareció, negra, oscura, cubierta de signos que yo había tardado mucho tiempo en descifrar.

—Joder —murmuró.

La tocó con la punta de los dedos. Luego con toda la palma, aunque borrara pruebas. Cerró los ojos.

—¿Qué sientes? —pregunté.

—Escalofríos —dijo—. Y hormigueo en las manos. Como si esta cosa llevara siglos esperando que alguien la tocara.

—Es solo una piedra antigua.

—No, colega. Las piedras no tienen siglos. Las piedras tienen historias.

Abrió los ojos. Me miró fijamente. Con los labios aún brillantes por el azúcar del caramelo, dijo:

—Esta historia no es buena.

Tito se levantó de la baldosa, se estiró y se acercó a Berta. Se sentó a sus pies y la miró con sus ojos amarillos.

—Hola otra vez —le dijo ella.

Tito maulló.

—Nos vamos a llevar bien —dijo Berta, y le rascó la cabeza con un dedo.

Luego se agachó, abrió su mochila mugrienta y sacó una caja de plástico azul. La abrió: guantes de látex, lupa, pinzas, metro plegable, linterna ultravioleta y una libreta negra.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Mi equipo.

—¿Siempre llevas eso encima?

—Siempre. No se sabe cuándo va a aparecer un pedrusco milenario.

Se puso los guantes de látex estirando cada dedo uno por uno, con una parsimonia que me pareció de quirófano. Cogió la lupa y se inclinó sobre la piedra.

Yo me quedé a un lado, con las manos en los bolsillos, tocando la tela de mis pantalones una, dos, tres veces. No sabía dónde ponerme. Berta ocupaba todo el espacio de mi salón con su energía desordenada: los guantes, la lupa, la libreta, los comentarios, el chupachups en el vaso vacío.

—¿Puedo...? —empecé.

—Siéntate y no toques nada —me cortó—. Que estoy en modo forense.

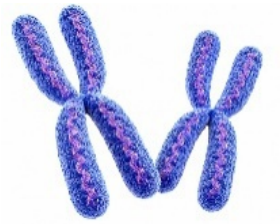
Me senté en el sofá. Crujió. Toqué el reposabrazos tres veces.

Tito se tumbó boca arriba a los pies de Berta, enseñando la barriga. Ella, con los guantes puestos, le rascó el vientre con un dedo enguantado.

—Vas de *sobrao* —le dijo al gato—. Como tu dueño.

Berta se inclinó sobre la piedra y empezó a examinarla. Y yo me quedé allí, mirándola, con la boca seca y las manos quietas, por una vez sin saber qué tocar…

CAPÍTULO 4



Reflejos condicionados

Berta llevaba veinte minutos en modo forense. Los guantes de látex le brillaban bajo la luz de la lámpara. La lupa descansaba sobre la estela, junto a la libreta negra donde había dibujado los signos con una precisión que me seguía sorprendiendo. El chupachups de fresa seguía apoyado en el borde del vaso vacío, junto a la caja de plástico azul abierta.

Yo seguía en el sofá, con las manos en los muslos, mirándola. Tito seguía a sus pies, ronroneando.

Berta dejó la lupa. Se quitó un guante. Metió la mano en el bolsillo del pantalón corto y sacó otro chupachups. Lo desenvolvió con los dientes, se lo metió en la boca y se puso el guante otra vez.

—Vale —dijo—. La piedra ya está documentada.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, dame lo que la envolvía.

Se acercó a mí. Tito la siguió.

—Los envoltorios —dijo—. La caja donde vino, el plástico de burbujas, el albarán que firmaste. Todo lo que haya tocado esa piedra antes de llegar a tus manos.

—¿Para qué?

—Para buscar pistas. Para saber de dónde coño ha salido esto. Para encontrar a los hijos de puta que tienen a tu hermana.

Me levanté del sofá. Fui a la cocina, abrí el armario de los trapos y saqué todo lo que había tocado la estela desde que llegó: el plástico de burbujas, la caja de cartón, el albarán que el mensajero me había hecho firmar. Lo dejé todo sobre la mesa, junto al trapo de cocina.

Berta se acercó despacio. No tocó nada. Se limitó a mirar, con los ojos entrecerrados, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿No vas a cogerlo? —pregunté.

—Primero hay que documentarlo.

Sacó la libreta negra y anotó la hora: 12:47. Recepción de posibles evidencias. Luego sacó tres bolsas de plástico con cierre hermético de la caja azul, las etiquetó con un rotulador fino y escribió en cada una: caja de cartón, plástico de burbujas y albarán.

—Así se hace —dijo, sin mirarme—. Cadena de custodia. Si esto llega a un juicio, tiene que estar todo registrado.

—¿Crees que llegará a un juicio?

—Espero que no. Pero si llega, que nos pille preparados.

Introdujo la caja de cartón en una bolsa, el plástico de burbujas en otra y el albarán en la tercera. Cerró los cierres herméticos con una presión firme, como si estuviera sellando pruebas de un asesinato.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora, a examinarlo.

Sacó la lupa de la caja azul y se inclinó sobre la bolsa que contenía el albarán. Lo estudió durante un par de minutos, en silencio. Luego pasó a la caja de cartón. Después al plástico de burbujas.

Yo seguía allí, con las manos en los bolsillos. Berta dejó la lupa. Me miró. Llevaba unos minutos viéndome agitar los dedos dentro de

la tela. No dijo nada al principio. Pero cuando volví a tocarme la rodilla por cuarta vez, suspiró.

—Manu.

—¿Qué?

—Dame la mano.

—¿Para qué?

—Para que dejes de hacer eso.

No esperó a que le hiciera caso. Me cogió la mano derecha —la que viajaba al cinturón— y la abrió con suavidad. Luego metió la mano en el bolsillo del pantalón corto y sacó un chupachups de fresa. Lo desenvolvió con los dientes, se lo metió en la boca un momento, solo un segundo, y luego lo sacó. Lo sostuvo entre los dedos, brillante y húmedo.

—Abre —dijo.

—¿Qué?

—La boca, Manu. Abre la boca.

No supe si obedecer o salir corriendo. Me quedé paralizado, con la mano abierta, la suya aún alrededor de mi muñeca.

Berta suspiró otra vez, esta vez de forma más profunda. Después, con un gesto tan natural como si me estuviera dando una aspirina, me metió el chupachups en la boca.

—Chúpalo —dijo—. Y mientras lo chupas, no toques nada. Es una orden.

El sabor a fresa me invadió. Dulce. Ácido. Húmedo. Su calor. No supe qué hacer con las manos. Las dejé colgando a los lados del cuerpo, como dos miembros muertos.

—¿Ves? —dijo Berta, soltándome la muñeca y volviéndose a las bolsas de evidencias—. No ha pasado nada. Y tienes las manos

ocupadas. Así que no toques nada, ¿vale?

Yo no pude contestar. Tenía la boca ocupada. Y un nudo en el pecho que no sabía si era de deseo, de vergüenza o de ambas cosas. Ella ya estaba otra vez con la lupa, examinando el albarán a través del plástico transparente, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Y yo supe, en ese momento, que esa mujer iba a conseguir que salivara como un perro cuando sonara la campana. Como en el reflejo de Pavlov. Porque era lo más fascinante, terrorífico y deseable que había encontrado en mi puta vida.

Toqué la mesa. Una sola vez. Y me obligué a no volver a hacerlo.

Berta sonrió sin levantar la vista.

—Bien —dijo—. Así se empieza.

—Aquí hay algo —dijo al fin, señalando la bolsa del albarán con la punta de la lupa.

—¿El qué?

—Un sello. No es de la empresa de mensajería. Es de otra cosa.

—¿Puedo verlo?

—Ahora no. Déjame terminar.

Guardó la lupa, metió las tres bolsas en la mochila y cerró la cremallera.

—Esto se estudia en casa —dijo—, con calma y con una lupa de verdad.

—¿Y la piedra?

—La piedra déjala ahí. No me sirve de nada sin saber dónde ha estado antes.

Se incorporó, se ajustó las gafas de pasta y me miró fijamente. El chupachups de fresa que estaba apoyado en el borde del vaso, ahora le asomaba por un lado de la boca, dándole un aire adolescente que contrastaba con la intensidad de sus ojos.

—Eres un memo —dijo—. Pero un memo con suerte.

—¿Suerte por qué?

—Por haberme encontrado.

Se levantó, cogió la mochila y se dirigió a la puerta. Tito, que había estado a sus pies, se levantó de repente y fue hacia ella.

—Hasta luego, Tito —dijo Berta, agachándose para rascarle la cabeza—. Cuida de este memo, que está muy mal de la cabeza.

Tito maulló.

—¿Vienes o te quedas ahí chupando el caramelo? —preguntó Berta, sin volverse.

Me levanté. Cogí la mochila con la estela y la foto de mi hermana. Luego metí la mano en el bolsillo y toqué la nada. Me reí solo.

Y entonces sonó el timbre.

Ella y yo nos miramos. Tito erizó el lomo. El timbre volvió a sonar. Tres pitidos largos, insistentes.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Berta en un susurro.

—No.

—¿Vecinos?

—No me hablan.

—Pues entonces no abras.

—Tengo que abrir.

—¿Por qué?

—Porque si no abro, llamarán otra vez. Y otra. Y no soporto no saber quién es.

Toqué la madera del marco de la puerta tres veces. Berta me agarró la muñeca.

—No toques nada. Y no abras. Déjame a mí.

Se asomó por la mirilla. Estuvo unos segundos pegada a la puerta, con el ojo pegado al cristal. Luego se apartó, con la cara descompuesta.

—No hay nadie —dijo.

—¿Cómo que no hay nadie?

—Como que no. Pero han dejado algo en el felpudo.

Abrí la puerta un milímetro. Berta me apartó con el hombro y abrió del todo.

En el felpudo había un paquete. Pequeño. Forrado en plástico marrón. Sin remite. Sin nombre. Solo una palabra escrita a rotulador negro: URKI.

Berta se agachó. No lo tocó. Lo miró desde todos los ángulos, con las manos en los bolsillos.

—No lo cojas —dijo.

—Hay que abrirlo.

—No. Todavía no. Primero hay que documentarlo.

Sacó el móvil, hizo tres fotos desde distintos ángulos, y luego sacó una bolsa de plástico nueva de la mochila. Con la punta de los dedos, sin tocarlo directamente, metió el paquete en la bolsa y cerró.

—Ahora sí —dijo—. Pero lo abrimos dentro. No en el portal.

Entramos. Cerré la puerta. Eché el pestillo.

Berta no me dijo nada. Estaba demasiado concentrada en la bolsa transparente, con el paquete dentro, y aquella palabra escrita en negro: URKI.

—Joder —murmuró—. Esto se acaba de poner mucho más interesante.

Me quedé mirando la bolsa. Saqué la estela y la foto y la dejé sobre la mesa. Miré la foto de mi hermana en el móvil.

Me quedaban dos días. Cuarenta y ocho horas para «desfacer el entuerto».

Y, encima, un paquete misterioso que acababa de aparecer en mi felpudo sin que nadie lo hubiera visto llegar.

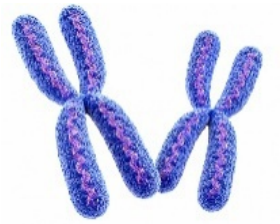
Berta levantó la vista y me miró.

—¿Cuántas horas has dicho que tenemos?

—Cuarenta y ocho.

—Pues vamos a necesitar cada segundo de cada una de esas horas.

CAPÍTULO 5



La chincheta

Berta dejó la bolsa sobre la mesa. Se puso los guantes —un gesto ya tan mecánico que me dolió— y sacó la caja de madera oscura. La apoyó sobre el mantel, la giró, la fotografió con el móvil. Anotó la hora en la libreta: 13:20. Apertura de caja URKI.

—¿Preparado? —preguntó.

—No.

—Pues allá vamos.

Levantó la tapa.

Dentro, sobre un lecho de terciopelo negro, había siete objetos perfectamente alineados.

Un botón nacarado. Una moneda de un céntimo. Un clip plateado. Una cerilla de madera. Una canica azul. Una llave pequeña, de bronce, oxidada. Y una chincheta.

La chincheta estaba torcida. Ladeada hacia la izquierda, con la punta doblada en un ángulo imposible. Rompía la simetría. Destrozaba el orden. Era la única pieza que no miraba hacia el mismo lado que las demás.

Me quedé helado. No toqué nada. No me llevé la mano al cinturón. Solo miré la chincheta, con un nudo en el pecho que no era de ansiedad, sino de pánico. Pánico de verdad, de ese que te secaba la boca y te apretaba las sienes.

—La nota —dijo Berta.

Cogió una tarjeta blanca que descansaba junto a los objetos. La leyó en voz alta:

—«El orden se rompe. Como tu hermana.»

Su voz era plana, profesional. La mía no habría salido.

—Esto no es una amenaza —dije—. Esto es un mensaje para mí. Saben lo del orden. Saben lo de las manías. Saben...

—Lo sé —me cortó Berta—. Pero ahora no puedes permitirte desmoronarte.

—No me estoy desmoronando.

—Estás pálido como un muerto.

—Es el susto.

—Pues el susto se te tiene que pasar ahora mismo. Porque tenemos que movernos.

Cerró la caja, la metió en una bolsa de plástico nueva y la etiquetó. Luego guardó la bolsa en la mochila.

—Escucha —dijo, mirándome fijamente—. Yo voy a llevar esto al laboratorio. Tengo un contacto en la policía científica, un ex que me debe un favor. Él puede analizar los objetos, buscar huellas, ADN, lo que sea.

—¿Y yo?

—Tú te quedas aquí. Cojes la piedra, te pones a traducir y no paras hasta que encuentres algo. La coordenada, la fecha, la palabra URKI... lo que sea. Necesito que averigües por qué coño han montado todo esto.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo quedarme solo. Porque si me quedo aquí, voy a darle vueltas a la chincheta, a la nota, a la voz de mi hermana, y no voy a traducir una mierda.

—Manu...

—No es cobardía —dije, y esta vez mi voz sí salió—. Es bloqueo. No me funciona la cabeza. Necesito estar contigo. Aunque sea para no hacer nada. Necesito no estar solo.

Berta me miró un buen rato. Luego suspiró, se quitó un guante y metió la mano en el bolsillo del pantalón corto. Sacó un chupachups de fresa. Lo desenvolvió con los dientes, se lo metió en la boca y se puso el guante otra vez.

—Vale —dijo—. Pues vente conmigo.

Cogió la mochila y se dirigió a la puerta. Tito, que había estado durmiendo en la baldosa del baño, se levantó y fue hacia ella.

—Hasta luego, Tito —dijo Berta, agachándose para rascarle la cabeza—. Cuida de la casa.

Tito maulló.

—¿Vienes o te quedas ahí mirando la chincheta? —preguntó Berta.

Me levanté. Cogí la mochila con la estela. No toqué madera. Solo respiré hondo y la seguí.

Bajamos las escaleras sin hablar. Ella delante, yo detrás, con la imagen de la chincheta torcida grabada en la retina y un único pensamiento en la cabeza: «no estoy solo».

❁❁❁

La comisaría estaba en el Paseo de las Delicias. Berta aparcó el Clío en doble fila, me arrastró hasta la entrada y le dijo algo al policía de la puerta que no pude oír. Nos dejaron pasar.

El pasillo olía a café quemado y a desinfectante. Berta caminaba delante de mí, con paso firme, las sandalias de cuero chocando con el suelo. Llevaba la mochila al hombro y una actitud que decía «no me jodas».

—¿Estás nerviosa? —pregunté.

—No. Tú, ¿sí?

—Estoy a punto de hacerme caca encima.

—Pues aguanta, que esto es una comisaría, no un puticlub.

Entramos en un laboratorio pequeño. En una mesa, un hombre de unos cuarenta años, con gafas de ver de cerca, pelo castaño y bata blanca, miraba por un microscopio. No levantó la vista cuando entramos.

—Álex —dijo Berta.

Él levantó la cabeza. La miró. Luego me miró a mí. Luego volvió a mirarla a ella.

—Joder —dijo—. Tú otra vez.

—Yo otra vez.

—¿Qué quieres?

—Un favor.

—Siempre un favor.

—Para eso te pago.

—No me pagaste el último favor.

—Te pago en simpatía.

Álex se quitó las gafas y se frotó los ojos. Luego señaló la mochila de Berta.

—¿Qué traes?

—Muestras. Un paquete. Posible evidencia de un delito de secuestro.

—¿Y no puedes llevarlo al juzgado como todo el mundo?

—Podría. Pero entonces tardarían semanas. Yo necesito los resultados en horas.

—Joder, Berta —dijo Álex, y esta vez sí sonrió—. Siempre igual.

—Siempre igual. Por eso me quieres.

—Ya no te quiero.

—Pero me debes un favor.

Se quedaron mirando fijamente. Luego Álex me miró a mí.

—¿Y este? —preguntó, señalándome con la barbilla.

—Mi novio —dijo Berta, y su voz sonó tan natural que casi me lo creí—. Manu.

—¿Novio?

—Sí. Llevamos unos meses. Es filólogo.

Álex se quitó los guantes. Me dio la mano. La estreché. Fría, firme, como si quisiera comprobar si era real.

—Encantado —dijo, sin entusiasmo.

—Igualmente —respondí, con la boca seca.

Berta se pegó a mí. No mucho, solo lo justo para que su hombro rozara el mío. Un gesto mínimo, pero que Álex no perdió de vista.

—¿Y a qué viene la visita? —preguntó él, apartando la mirada.

—A lo que te he dicho —respondió Berta—. Un favor. Necesito que analices unas muestras.

Álex suspiró. Se frotó la cara.

—Sabes que esto no es legal, ¿verdad?

—Lo sé.

—Sabes que si me pillan, me expulsarán del cuerpo como a… —Se calló.

—No te van a pillar.

—Eso decías la última vez.

—Y no te pillaron.

Álex se quedó callado un momento. Luego cogió las bolsas, una por una, y las guardó en una nevera portátil.

—Mañana te llamo —dijo.

—Esta noche.

—Berta...

—Esta noche, Álex. No tengo tiempo.

—¿Y él? —dijo Álex, señalándome con la barbilla—. ¿También va a todas partes contigo?

—A todas —respondió Berta, y esta vez me miró a mí—. Es un tío muy entregado.

Álex puso los ojos en blanco.

—Cuídala —me dijo.

—Lo intento.

—No lo intentes. Hazlo.

Berta cogió la mochila vacía y se dirigió a la puerta.

—Vamos —dijo—. Que esto no ha hecho más que empezar.

❁❁❁

En el pasillo, Berta se separó de mí y metió la mano en el bolsillo del pantalón corto. Sacó un chupachups de fresa. Lo desenvolvió con los dientes y me lo metió en la boca sin preguntar.

—Toma —dijo—. Para que se te pase el susto.

El sabor a fresa me llenó la lengua. Berta sacó otro chupachups para ella y lo chupó despacio, con una lentitud que me resultó hipnótica.

—¿Y lo de novio? —pregunté, con la boca medio ocupada.

—Era para que no hiciera preguntas.

—Le has puesto en un aprieto.

—Lo sé. Ha sido divertido.

—¿Y si se lo cree?

—Que se lo crea. No me importa. Me pareces monísimo.

—¿Y si le da por investigarme?

—Pues que investigue. No va a encontrar nada.

—¿Y si encuentra algo?

Berta se volvió hacia mí. Sonrió. Con el chupachups en la boca, la sonrisa le salía torcida.

—Pues entonces tendré que presentarte como mi exnovio. Y eso ya no sería tan divertido.

Salió a la calle. Yo la seguí, con el chupachups en la boca y un nudo en el pecho que no sabía si era el miedo, el deseo o las dos cosas.

El calor de agosto nos golpeó como una pared. El Clío nos esperaba con el aire acondicionado roto.

—¿Cuántas horas te quedan? —preguntó Berta.

Miré el móvil.

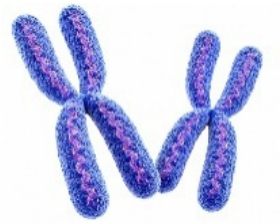
—Cuarenta y tres.

—Pues vamos a ello.

Arrancó el motor. Y yo me quedé allí, a su lado, con el sabor a fresa en la boca y una sola certeza en la cabeza: esa mujer iba a cambiarme la vida. Para bien o para mal.

Pero iba a cambiármela.

CAPÍTULO 6



El beso

Berta aparcó el Clio en doble fila delante de su portal. No apagó el motor.

—Espérame un momento —dijo, y se bajó del coche sin esperar respuesta.

Yo me quedé dentro, con el calor asfixiante, la mochila con la piedra entre las piernas y la chincheta torcida grabada en la retina. Tito, que no estaba, me habría mirado con desprecio si me hubiera visto sudar como un pollo.

Berta tardó más de un momento. Mucho más. Cuando volvió a salir, traía una bolsa de deporte abultada, una caja de cartón con libros, una bolsa del supermercado y un ventilador de pie que había atado con una cuerda para que no se moviera. Lo dejó todo en el maletero, que ya parecía un trastero.

—¿Todo eso es tuyo? —pregunté.

—Todo.

—¿Y para qué quieres tanto?

—Para instalarme. Cuartel general. No pienso ir y venir cada dos por tres.

—¿Y yo no opino?

—Tú opinas que es una idea fantástica y que no sabes cómo agradecérmelo.

—Eso no lo he dicho.

—Pero lo has pensado.

No respondí. Tenía razón.

❁❁❁

En el camino a mi casa, el móvil de Berta vibró. Lo miró de reojo mientras conducía, frunció el ceño y me lo tendió.

—Lee.

El mensaje era de Álex: «Las huellas del paquete están en la base de datos. Propietario: una empresa fantasma. Más tarde te paso el informe. No me debes nada. Ahora estamos iguales».

—¿Fantasma? —dije.

—Sí.

Se me heló la sangre. Acaricié el salpicadero tres veces. Berta no me miró.

—No toques nada —dijo.

—Es el coche.

—Es mi coche. Y no toques nada.

Retiré la mano.

—¿Quién puede ser? —pregunté.

—No lo sé. Puede ser alguien que sabe lo que tú traduces. Alguien que te conoce.

—No puede ser.

—Todos pueden ser. Hasta que se demuestre lo contrario.

Me quedé callado, mirando por la ventanilla. Los olivos pasaban como manchas verdes contra el cielo azul. El calor se colaba por las

rendijas. Mi cabeza era un caos…

❁❁❁

En mi casa, Berta se instaló como si llevara años viviendo allí. Dejó la bolsa de deporte en el salón, sacó la ropa y la amontonó en el sofá: camisetas de manga corta, pantalones cortos, un pijama de verano de flores horteras, chanclas viejas, un neceser lleno de cremas y potingues. El cepillo de dientes, en el baño, junto al mío. Las zapatillas, al lado de la puerta. El ventilador de pie, en el rincón donde yo tenía una planta mustia que ella apartó sin preguntar.

Tito la observaba desde la estantería, con sus ojos amarillos de juez implacable.

—Hola, Tito —dijo Berta, agachándose para rascarle la cabeza —. Ahora vivimos juntos. Así que compórtate.

Tito maulló. No parecía entusiasmado, pero tampoco huyó.

—¿No te importa? —preguntó Berta, volviéndose hacia mí.

—¿El qué?

—Que me instale. Que desordene un poco tu orden.

—Me importa —dije—. Pero no voy a echarte.

—Me parece guay, porque no pienso irme.

Fue a la cocina, abrió la nevera y sacó lo que encontró: dos huevos, una cebolla, un tomate, un trozo de queso rancio y una botella de vino blanco.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Cocinar.

—¿Sabes cocinar?

—Lo suficiente como para no morirme de hambre.

Puso una sartén al fuego, cortó la cebolla en trozos irregulares —demasiado grandes unos, demasiado pequeños otros— y la echó en el aceite. El olor llenó la cocina. Luego cogió los huevos y los cascó directamente sobre la cebolla, sin batirlos primero. Las cáscaras cayeron en la sartén. Las sacó con los dedos, sin prisa.

Yo no podía mirar.

No era el TOC. Era el caos. El desorden. La falta de método. Los trozos de cebolla desiguales. Las cáscaras en la sartén. El queso rancio que había dejado sobre la tabla de cortar, sin tapar, al lado del tomate.

—Berta —dije.

—¿Qué?

—La cebolla no se corta así.

—¿Dónde lo pone?

—Los trozos son desiguales.

—Me la suda. Van a la sartén.

—Y las cáscaras...

—Ya las he sacado.

—Con los dedos.

—Con los dedos. No me he quemado.

Me llevé la mano al cinturón. Toqué la hebilla. Una vez. Me obligué a parar.

Berta me miró de reojo.

—¿Te pasa algo?

—No.

—Claro que sí.

—Es que... no sé. No puedo ver la cocina así.

—¿Así cómo?

—Desordenada.

—No está desordenada. Está en uso.

—La cebolla debería estar cortada en dados regulares. Los huevos batidos en un bol aparte. El queso...

—El queso está rancio. Lo voy a tirar.

—No lo has tirado.

—Lo tiraré luego.

—Luego no. Ahora.

Berta dejó la sartén, se volvió hacia mí y me miró fijamente. Sus ojos, detrás de las gafas de pasta, no parecían divertidos. Estaban serios.

—Manu —dijo—. Llevamos horas sin comer. Estoy agotada. Tú también. Tu hermana está en peligro. Y yo necesito cocinar algo para no desmayarme. Así que vas a dejar que cocine como me dé la gana, y no vas a tocar nada, ni a reordenar nada, ni a decirme cómo cortar la puta cebolla. ¿Vale?

—Vale.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Pues entonces siéntate y espera.

Me senté en la silla del comedor. Las manos apoyadas en los muslos. Los dedos tocando la tela de los pantalones. Una vez. Dos veces. Tres.

Berta volvió a la sartén. Movió los huevos con una espátula, sin ningún orden, rompiendo las yemas, mezclándolo todo. El resultado

era un revuelto informe, de aspecto dudoso, pero que olía bien.

—¿Tienes pan? —preguntó.

—En el horno.

Abrió el horno, sacó una barra de pan del día anterior, la cortó en rebanadas desiguales y las puso en un plato.

—¿Tostadas? —pregunté.

—No hay tiempo para tostadas.

Sirvió el revuelto sobre el pan, lo partió en dos mitades y me tendió un plato.

—Come.

—¿Esto es seguro?

—No. Pero es lo que hay.

Probé. Estaba sorprendentemente bueno. El queso rancio, al calentarse, había perdido el mal sabor. El tomate, crudo, le daba un toque ácido. La cebolla, aunque desigual, se había pochado bien.

—¿Qué tal? —preguntó Berta, sentándose enfrente de mí con su plato.

—Bien.

—¿Bien o bien, bien?

—Bien, bien.

—Pues ya ves. El desorden también funciona.

Comimos en silencio. Los ventiladores empujaban el aire caliente de un lado a otro. Tito se acercó a la mesa, olisqueó el revuelto y se fue.

—Ni él se fía —dijo Berta.

—Es un gato muy exigente.

—Como su dueño.

Terminamos de comer. Berta recogió los platos y los dejó en el fregadero, sin fregarlos. La cebolla sobrante, sobre la tabla. El queso rancio, aún sin tirar. Las cáscaras de huevo, en un montón desordenado.

Yo no podía mirar. Pero no dije nada.

Berta se acercó a mí. Se sentó en la silla de al lado, tan cerca que su rodilla rozó la mía.

—¿Sigues tenso? —preguntó.

—Sí.

—¿Por la comida?

—Por todo.

—¿Por el desorden?

—Por eso también.

—Manu —dijo, y su voz sonó más suave de lo que esperaba—. El orden no te va a salvar. No va a salvar a tu hermana. Solo te mantiene atrapado.

—Lo sé.

—Pues entonces suéltalo.

—No puedo.

—Claro que puedes.

Me cogió la cara con las dos manos. Sus dedos, calientes, me sujetaron las mejillas. Me obligó a mirarla.

—No pasa nada —dijo—. Si se desordena todo, se vuelve a ordenar. Pero ahora no toca.

—¿Qué toca?

—Esto.

Me besó.

No fue un beso tímido ni de presentación. Fue un beso seco, directo, como quien pone un parche a una herida. Sus labios, calientes también, se apretaron contra los míos. Un segundo. Dos. Luego se apartó.

—¿Mejor? —preguntó.

No supe qué responder. Tenía la cabeza vacía. Por primera vez en horas, no pensaba en la chincheta, ni en la piedra, ni en el orden, ni en el caos.

—Más o menos —dije.

—Pues entonces, otro.

Me besó otra vez. Esta vez más despacio. Sus labios se movieron contra los míos, suaves, húmedos. Cerré los ojos. Sentí su mano en mi nuca, sus dedos enredándose en mi pelo.

Cuando se apartó, estaba sin aliento.

—¿Ahora? —preguntó.

—Mejor.

—Pues ya sabes. Los besos también curan.

Se levantó, fue a la cocina y, sin decir nada, tiró el queso rancio a la basura. Limpió la tabla de cortar. Fregó los platos. Dejó la cocina ordenada.

—¿Ves? —dijo—. También sé hacer las cosas bien.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque tú lo necesitabas.

—¿Y tú?

—Yo también.

Se sentó en la silla del comedor, cogió mi libreta de notas y la piedra, y las puso sobre la mesa.

—Ahora —dijo—. Vamos a traducir esta puta piedra de una vez.

Me senté a su lado. La rodilla seguía rozando la mía. Pero ya no me importaba.

Saqué la libreta, repasé mis notas, y empecé a leer en voz alta.

—«Argantonio, rey de Tartessos, vivió cien años...»

—Eso ya lo sé —dijo Berta.

—No es eso. Es lo que viene después.

Señalé un signo que había pasado por alto.

—Esto no es «plata». Esto es «espejo».

—¿Espejo?

—Sí. «El espejo de Argantonio». No es un tesoro. Es un reflejo.

—¿Reflejo de qué?

—De las minas. Las minas de plata no estaban en Huelva. Estaban en Sevilla. En el Aljarafe. Los fenicios las explotaron durante siglos. Y luego las taparon.

—¿Y eso qué tiene que ver con tu hermana?

—Que la coordenada no es la ubicación del tesoro. Es la ubicación de la entrada a las minas. Y dentro, quizá, algo que ellos quieren.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Pero es lo único que tiene sentido.

Berta me miró fijamente.

—¿Estás seguro?

—No. Pero es lo único que tengo.

—Pues entonces trabaja sobre eso.

Cogió su libro y volvió al sillón. Yo me quedé con la piedra, los signos, y una idea en la cabeza: las minas. Las malditas minas de plata.

Tito se acercó a mis pies y se tumbó boca arriba.

—¿Tú qué opinas? —le pregunté.

Tito no respondió. Pero esta vez, por algún motivo, no me importó.

Berta, desde el sillón, dijo sin levantar la vista:

—Manu.

—¿Qué?

—Lo del beso... no ha sido solo para calmarte.

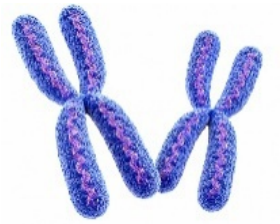
—¿Para qué ha sido, entonces?

—Para eso. Para calmarme a mí también.

Volvió a su libro. Yo me quedé mirando la piedra, con el sabor de sus labios todavía en los míos y una certeza nueva en la cabeza: esta mujer no solo iba a cambiarme la vida.

Ya lo estaba haciendo.

CAPÍTULO 7



El ventilador y la noche

El sol se había puesto hacía un rato, pero dentro de mi casa el termómetro se empeñaba en marcar cuarenta grados. Los dos ventiladores empujaban el aire caliente de un lado a otro sin conseguir nada más que mover el polvo acumulado en los rincones y las ganas de tirar la toalla y dormir en la calle. Tito se había refugiado en la baldosa del baño, la única superficie fría del piso, y desde allí nos observaba con esa mezcla de desprecio y resignación que solo los gatos sabían ejecutar después de siglos de evolución.

Berta estaba sentada en el sillón con las piernas encogidas bajo el cuerpo, fingiendo que leía un libro que yo sabía que no le interesaba porque llevaba veinte minutos en la misma página. Llevaba el pijama de flores horteras que había sacado de la bolsa de deporte: un conjunto de tirantes finos y pantalón corto que dejaba ver demasiado muslo para la paz mental que necesitaba en ese momento. El pelo, suelto, se le pegaba a la nuca y a las mejillas, y cada poco tiempo se lo apartaba con un gesto cansino que a mí me resultaba hipnótico por razones que prefería no analizar.

Yo estaba en la mesa del comedor con la estela delante, la libreta de notas abierta y un bolígrafo que no había usado en la última hora. No lograba concentrarme en nada que no fuera el roce de sus muslos contra la tela del sillón. Había intentado traducir otra vez el signo que tanto me molestaba, pero las palabras se mezclaban en mi cabeza y todo lo que veía era el reflejo de la lámpara en sus piernas o el movimiento de su mano apartándose el pelo.

Berta cerró el libro de golpe, sacándome de mis pensamientos, y me preguntó sin mirarme directamente si no avanzaba nada porque llevaba una hora con el mismo signo. Le contesté que no, que el calor no ayudaba, y ella replicó que el calor no era el único problema porque llevaba días encerrado y mi cara era un poema de frustración. Le dije que estaba bien, que solo necesitaba concentrarme, y ella soltó una risa breve, esa risa ronca que empezaba a conocer y que me recorría la espalda como un calambre.

Se levantó del sillón, dejó el libro en el asiento y se acercó a la mesa con la parsimonia de quien no tenía prisa pero tampoco quería parecer interesada. Se sentó a mi lado, tan cerca que su brazo desnudo rozó el mío. Tenía la piel caliente, pegajosa por el sudor, pero no aparté el brazo. Esta vez no. Me quedé quieto, con la estela delante, el bolígrafo en la mano, y su hombro pegado al mío, esperando a ver qué pasaba.

Berta no dijo nada. Apoyó la cabeza en mi hombro, como si fuera el gesto más natural del mundo, y suspiró. El peso de su cabeza, el olor a coco de su champú y el calor de su cuerpo pegado al mío hicieron que mi cerebro se apagara por completo, como si alguien hubiera pulsado el interruptor general. Los ventiladores seguían empujando el aire caliente, Tito seguía mirándonos desde el baño con esos ojos amarillos de juez implacable, y yo no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera la respiración de Berta, que se había vuelto más lenta, más profunda, como si estuviera a punto de dormirse sobre mi hombro.

Le pregunté en un tono más bajo de lo que quería si pensaba quedarse ahí toda la noche, y ella respondió que sí, que estaba cómoda y que no pensaba moverse hasta que yo tradujera algo de una puta vez. Le dije que con su cabeza en mi hombro no iba a traducir nada, y ella replicó que entonces dejara de pensar en la piedra y pensara en otra cosa. Le pregunté en qué otra cosa podía pensar, y ella levantó la cabeza, me miró fijamente y dijo que

pensara en ella, que para algo llevaba media hora intentando que me diera cuenta de que estaba ahí.

No supe qué responder. Me quedé mirándola, con la boca seca y las manos quietas sobre la mesa, sin saber si tocarla o salir corriendo. Ella sonrió, con esa sonrisa torcida que la hacía parecer mucho más joven de lo que era, y luego, sin decir nada, se inclinó hacia mí y me besó.

No fue un beso como el de la otra vez, seco y directo Fue un beso lento, deliberado, con los labios entreabiertos y un pequeño mordisco en el labio inferior que me dejó sin aire. Su lengua recorrió el borde de mi boca, y yo, que no soy hombre de grandes gestos, cerré los ojos y dejé que pasara lo que tuviera que pasar. El bolígrafo se me cayó de la mano y rodó por la mesa hasta caer al suelo. La estela, los signos tartesios, las horas que corrían hacia su fin, todo desapareció. Solo quedó su boca pegada a la mía, su mano en mi nuca y el ruido del ventilador de fondo, que de repente me pareció el único sonido que merecía la pena escuchar.

Cuando se apartó, los dos estábamos sin aliento y con la cara encendida, aunque no sé si era por el calor o por otra cosa. Berta se pasó la mano por los labios, como si quisiera retener el sabor, y luego apoyó la frente contra la mía sin soltarme la nuca.

Le pregunté para qué había sido eso, y ella respondió que para que dejara de darle vueltas a la piedra y me diera cuenta de que había cosas más importantes. Le dije que la piedra era importante porque de ella dependía la vida de mi hermana, y ella admitió que tenía razón, pero añadió que también dependía de que yo no me volviera loco por el camino.

—¿Y eso ayuda a que no me vuelva loco? —pregunté, señalando su mano en mi nuca.

—Eso ayuda a que te acuerdes de que no estás solo —respondió Berta—. Cuando tienes a alguien al lado, las piedras pesan menos.

Se apartó de mí, cogió el bolígrafo del suelo y lo dejó sobre la mesa, junto a la libreta. Luego se levantó, estiró los brazos hacia el techo, y dijo que se iba a la cama porque al día siguiente había que madrugar y yo tenía que ir al museo a consultar ese manual que tanto necesitaba.

—¿Vas a dejarme aquí solo con la piedra? —pregunté.

—Te dejo con la piedra y con el gato —respondió Berta—. No me pidas más.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Dormir. Y soñar con cosas que no te voy a contar.

Salió del salón sin mirar atrás, con el pijama de flores horteras bailándole en las caderas, y desapareció por el pasillo que llevaba a mi dormitorio. Tito se levantó de la baldosa del baño, la siguió con la mirada un momento y luego se volvió hacia mí con una expresión que solo podía interpretarse como «no sé qué haces ahí sentado, pero yo no perdería el tiempo».

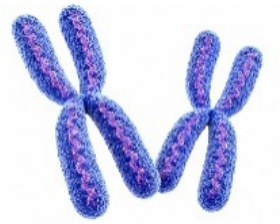
Me quedé solo con la estela, los signos y el sabor de sus labios todavía en los míos. Los ventiladores seguían girando, el calor no cedía, y yo, por primera vez en horas, tenía claro que no iba a traducir nada más en toda la noche. Pero por algún motivo, no me importaba.

Berta, desde el pasillo, gritó sin asomarse:

—¡Apaga la luz cuando vengas, que la factura de la luz no la voy a pagar yo!

Sonreí a oscuras…

CAPÍTULO 8



La pista y el abismo

Berta se había ido a la cama hacía más de una hora, pero yo seguía en el salón con la estela delante y los ojos enrojecidos de tanto mirar los mismos signos en la pantalla del portátil. Había pasado las fotografías de la piedra a un programa de análisis epigráfico que usaba los mismos algoritmos que el Museo Arqueológico para cotejar inscripciones, y había abierto al menos una docena de pestañas en el navegador: Dialnet con media docena de artículos sobre tartesio, la Hemeroteca Digital de la BNE[1] con un par de crónicas del siglo XIX sobre minas perdidas en Huelva, y una base de datos de la Universidad de Sevilla donde había descargado todas las teselas tartesias publicadas en los últimos veinte años. El ventilador me daba en la nuca y el sudor me corría por la espalda, pero no podía parar.

Había repasado mis notas hasta la saciedad, comparando cada palabra con las imágenes de las teselas, y había ejecutado el programa de análisis semántico tres veces con parámetros distintos. Y entonces lo vi. No fue una revelación, no fue un fogonazo de genio. Fue un error. Una palabra que había traducido como «plata» en mi informe, pero que en la estela aparecía en un contexto que no encajaba con ningún yacimiento minero conocido.

La palabra era «Argantonio», pero no sola. Estaba acompañada de un signo que yo había interpretado como «sepulcro» o «tumba», pero que en realidad era otro. Lo comprobé en la base de datos epigráfica, cotejando el signo con los índices de la Universidad de Salamanca. No era «tumba». Era «entrada». «Entrada a la casa de

Argantonio». Los tartesios no llamaban «tumba» al lugar donde enterraban a sus reyes. Lo llamaban «casa», porque creían que seguían viviendo en ella después de muertos.

Lo entendí todo de golpe: la coordenada que había descifrado al principio no era la ubicación de un tesoro, sino la entrada a la cueva-mina donde los tartesios habían escondido el cuerpo de Argantonio con todos sus símbolos de poder. Los fenicios, que comerciaban con él, hablaban de una «casa de plata» en las montañas, un lugar sagrado donde el rey se retiraba a meditar. Pero no era una leyenda. Era un hecho geográfico. Alguien lo sabía desde el principio. Por eso encargó la traducción. Por eso presionó. Por eso mataría si hacía falta.

Me levanté de la silla tan rápido que el portátil se tambaleó y el ventilador cayó al suelo con un estrépito metálico. Tito abrió los ojos y me miró con desprecio. No le hice caso. Fui al pasillo, llamé a la puerta del dormitorio y abrí sin esperar respuesta.

Berta estaba en mi cama, con el pijama de flores horteras y el pelo revuelto, medio dormida, con la luz de la mesilla encendida y un libro abierto sobre el pecho. Al verme entrar se incorporó de golpe, con esa velocidad felina que tanto me descolocaba.

—¿Qué pasa? —preguntó, con la voz ronca por el sueño pero los ojos ya despiertos.

—Lo he encontrado —dije, y me salió la voz más temblorosa de lo que quería—. La coordenada no era la ubicación del tesoro. Es la ubicación de la entrada a la tumba de Argantonio. Está en una cueva, en una mina abandonada en la sierra de Huelva.

Berta se sentó del todo, se pasó una mano por la cara y me miró fijamente, como si estuviera evaluando si estaba borracho o había perdido el juicio.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—No —admití—. Pero es lo único que tiene sentido. He cotejado el signo en tres bases de datos distintas y todas dan el mismo resultado. Los tartesios llamaban «casa» a la tumba de sus reyes. No es «tumba», es «entrada». Alguien no busca un tesoro. Busca el cuerpo de Argantonio. O lo que hay con él.

Berta no dijo nada durante unos segundos. Se quedó mirando la pared, con los labios apretados, los dedos tamborileando sobre la colcha. Luego suspiró y se levantó de la cama con una decisión que no admitía réplica.

—Pues vamos —dijo.

—¿Ahora? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Ahora. No tenemos mucho más tiempo.

—Son las dos de la madrugada.

—Mejor. Habrá menos gente y más oscuridad. Si los que tienen a tu hermana se han adelantado, no querrán que los vean.

Se puso unos pantalones cortos por encima del pijama, las deportivas y cogió las llaves del coche de la mesilla. Yo me quedé en la puerta del dormitorio, con la boca abierta, sin saber si aquello era valor o temeridad. Pero no dije nada. Cogí la estela, la envolví en el paño de gamuza, la guardé en la mochila y seguí a Berta hasta la puerta. Tito nos miró desde el felpudo, parpadeó una vez con esa expresión suya de «vosotros sabréis lo que hacéis», y volvió a cerrar los ojos.

❁❁❁

El viaje fue un silencio de dos horas por carreteras secundarias, con las ventanillas bajadas para que entrara algo de aire fresco mientras el Clio traqueteaba por los baches del asfalto viejo. Berta conducía con una mano, la otra apoyada en mi muslo —un gesto que se había vuelto costumbre y que yo no me atrevía a rechazar—

y los ojos fijos en la línea blanca de la carretera, que se perdía en la oscuridad más absoluta.

Yo no podía dejar de pensar en mi hermana y en el mismo recuerdo de siempre. En sus coletas de pequeña. En cómo se escondía detrás de las cortinas cuando jugábamos al escondite y yo siempre la encontraba porque no sabía disimular escondiendo los pies. En la última vez que hablamos por teléfono, y colgué porque no supe qué decir después de que ella me soltara aquello de que ya no me necesitaba. Nunca le dije por qué me fui. Nunca le dije que no era por ella, sino por mí. Y ahora ya no podría decírselo nunca.

—¿Crees que la encontraremos? —pregunté en voz baja, sin apartar la vista de la carretera.

—No lo sé —respondió Berta, y su voz sonó más suave de lo que esperaba—. Pero si no vamos, seguro que no.

Apoyó un poco más la mano en mi muslo, como si quisiera transmitirme algo que las palabras no podían decir. Yo no aparté la pierna. Tampoco podía.

❁❁❁

Llegamos a la boca de la mina cuando el cielo empezaba a clarear, justo a tiempo para ver que no estábamos solos. Había un todoterreno aparcado al borde del camino, con las puertas abiertas y las luces de emergencia encendidas, lanzando destellos rojos que se reflejaban en un charco del suelo y en la chapa abollada de los laterales. Berta apagó el motor y nos quedamos en silencio, los dos mirando el vehículo como si fuera un animal a punto de atacar.

—Espérame aquí —dijo ella, con la mano ya en el tirador de la puerta.

—Ni de coña —respondí.

—Manu...

—Voy contigo. Se trata de mi hermana.

Berta me miró fijamente, evaluando mis fuerzas o mi capacidad para no estorbar, y luego asintió. Bajamos del coche sin cerrar las puertas para no hacer ruido, y nos acercamos a la entrada de la mina con pasos lentos, pegados a las paredes de roca que bordeaban el camino. Era un agujero negro en la vertical de la montaña, sin puerta ni señalización, solo el hueco oscuro que se tragaba la luz del amanecer. El todoterreno estaba vacío, pero las huellas en el barro eran recientes, frescas, como si alguien hubiera entrado hacía apenas unos minutos.

—Han entrado hace poco —susurró Berta, agachándose para mirar las pisadas—. Las huellas no están secas.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Pero no vamos a esperar a que salgan.

Sacó una linterna pequeña de la mochila, la encendió y se adentró en la cueva. Yo la seguí con el corazón en un puño y la boca seca, tan seca que no podía tragar saliva. Dentro, el aire olía a tierra húmeda y a mineral, un olor denso que se pegaba a la garganta y a la ropa. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones tartesias, algunas muy antiguas, otras más recientes, como si alguien hubiera estado trabajando allí durante años, puliendo signos, interpretando mensajes que llevaban siglos sin ser leídos. Berta caminaba delante de mí con paso firme, la linterna barriendo el suelo y las paredes, y yo iba justo detrás, con la mano apoyada en su espalda para no perderla en la oscuridad.

—Aquí hay alguien —dijo de repente, deteniéndose en seco.

La luz de la linterna se posó sobre una figura encogida en el suelo, al fondo del túnel. Por un momento pensé que era mi hermana, que la habrían abandonado allí, atada o herida, pero con vida. Pero luego la linterna iluminó su cara y supe que no. Era un hombre. Estaba muerto.

—No lo toques —dijo Berta, agarrándome del brazo cuando me acerqué.

—¿Quién es? —pregunté, con la voz rota.

—No lo sé.

El hombre tenía un disparo en la sien y otro en el pecho. La sangre ya se había secado, formando una mancha negra sobre la camisa blanca, pero aún se distinguía el color original de la tela. Llevaba un traje caro, de los que no se manchaban con barro, y en la mano derecha aún sujetaba una pistola.

—Este no es uno de ellos —murmuró Berta, sin apartar la linterna del cadáver—. La ropa es demasiado cara para un secuestrador normal. Esto es otra cosa.

—¿Y mi hermana? —pregunté, con la voz que no me salía.

—No está aquí.

Berta siguió caminando por el túnel, esquivando el cuerpo con un movimiento seco que delataba costumbre, y yo la seguí con la esperanza hecha trizas y las piernas temblorosas. El túnel se ensanchaba poco a poco hasta convertirse en una cámara circular, con un pozo en el centro y varias aberturas laterales que se perdían en la oscuridad más absoluta. En el pozo, unos escalones de piedra bajaban hacia abajo, hacia un lugar que no veía pero que intuía demasiado bien.

—¿Bajamos? —pregunté, con la boca seca.

—Bajamos —respondió Berta.

Los escalones eran estrechos y desiguales, tallados en la roca siglos atrás por manos que ya no existían, y estaban mojados por la humedad que rezumaba de las paredes. Bajamos despacio, pegados a la pared, con la linterna iluminando el abismo que se abría a nuestros pies y nuestras sombras bailando en las paredes como fantasmas. El eco de nuestros pasos rebotaba en las paredes como latidos, cada uno más lento y pesado que el anterior.

Al final de los escalones, otra cámara. Más pequeña, más íntima, como una habitación secreta dentro de la montaña. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones tartesias también, pero más cuidadas, más detalladas, como si aquel lugar hubiera sido el santuario privado del rey. En el centro, sobre una losa que podía haber sido un altar o una mesa de trabajo, estaba mi hermana.

No sé cuánto tiempo pasé mirándola. Quizá unos segundos. Quizá una eternidad. Lo que quedaba de ella estaba sobre la piedra, con los brazos extendidos como si hubiera intentado abrazar algo en el último momento, con las piernas juntas y la cabeza ligeramente ladeada hacia un lado, como si estuviera durmiendo. Pero no dormía. No quedaba sangre. Eso fue lo peor. La habían limpiado con esmero, con una paciencia enfermiza, hasta que la carne quedó blanca, lisa, irreconocible.

Pensé en los conejos que mi padre desollaba en el campo cuando yo era pequeño. El corte desde el cuello hasta la cola, la piel que se desprendía como un jersey demasiado grande, la carne rosada que quedaba al descubierto todavía temblorosa. Pensé en eso y vomité. Me arrodillé en el suelo mojado y vacié el estómago hasta que solo me salió bilis, y luego seguí devolviendo aire, con la cabeza hundida entre los hombros y las manos apoyadas en la piedra fría.

Berta me agarró por los hombros, me apartó de la losa y me sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas hacia delante. No dijo nada. Solo me sujetó la cabeza contra su pecho y me dejó temblar, con una mano en mi nuca y la otra apretándome la muñeca para que no me moviera.

—No mires —dijo al fin, con la voz rota pero firme—. No mires más.

Pero yo ya lo había visto. Y no iba a dejar de verlo nunca.

❁❁❁

Berta llamó a la policía. No tuvo que pensarlo dos veces. Sacó el móvil, marcó el número de emergencias y, con una voz que no tembló ni un segundo, dio la ubicación exacta de la mina, el camino para llegar, las coordenadas que yo había descifrado y el estado de los cadáveres. No mencionó la piedra, ni la traducción, ni al hombre del traje. Solo dijo que habían encontrado a una mujer muerta y a un hombre también muerto, y que necesitaban ayuda con urgencia.

Mientras esperábamos, me tuvo abrazado contra su pecho, con la barbilla apoyada en mi cabeza y los dedos peinándome el pelo sin ningún orden. La linterna la había apagado para no ver la losa, mientras la oscuridad nos envolvía como una manta pesada, caliente, insoportable. Yo temblaba como un niño, con la cabeza hundida en su camiseta, respirando su olor a coco para no tener que respirar el olor de la cueva.

La policía llegó en veinte minutos, aunque a mí me parecieron horas. Primero dos coches patrulla con las luces encendidas pero sin sirenas, luego una furgoneta de policía científica, luego un coche sin identificación del que bajó un hombre de traje oscuro que Berta reconoció al instante. Se llamaba Montenegro y era inspector de homicidios. Berta y él se cruzaron una mirada que yo no supe interpretar, pero que duró más de lo normal, como si hubiera entre ellos una historia que no me iban a contar.

—Berta —dijo Montenegro, sin saludar.

—Montenegro —respondió ella, con la misma sequedad.

—¿Qué haces tú aquí?

—Lo mismo que tú. Investigar.

—Ya no eres policía.

—Ya lo sé —dijo Berta, y por un momento su voz perdió toda la ironía, toda la chulería, todo lo que la hacía ser ella—. Pero los muertos no preguntan quién los encuentra.

Montenegro la miró fijamente, como si quisiera decirle algo más, pero no dijo nada. Se volvió hacia mí.

—¿Y este?

—El hermano de la víctima.

—¿La víctima?

—La mujer de la mina.

Montenegro me miró con una mezcla de lástima y desconfianza, pero no hizo más preguntas. Señaló la entrada de la cueva con la cabeza.

—Vamos fuera. Tenemos que tomar declaración.

Berta me ayudó a levantar. Mis piernas no respondían bien, pero ella me sostuvo con un brazo alrededor de la cintura, sin preguntar, sin juzgar. Fuera, el sol ya había salido del todo y la luz me cegó durante un instante, como si hubiera estado encerrado en una tumba durante años. Un agente me puso una manta sobre los hombros y me llevó a un coche patrulla. Berta se quedó fuera, hablando con Montenegro en voz baja, gesticulando con las manos, explicando quién sabía qué.

No supe lo que dijeron. Tampoco me importaba. Solo quería que todo aquello terminara. O no. Porque si terminaba, ya no me quedaría nada.

Montenegro se acercó al coche donde yo estaba sentado, se agachó para mirarme a los ojos y me dijo:

—Su hermana llevaba muerta unas doce horas. Hemos encontrado una cámara en el lugar. Alguien quería que viéramos lo que ha pasado. ¿Sabe usted quién puede ser?

Levanté la vista. Pensé en el hombre del traje, en la mina, en la estela, en la palabra maldita que había traducido mal. Pero no sabía

quién era. No sabía nada. Solo sabía que me habían quitado lo único que me quedaba.

—No —mentí—. No lo sé.

Montenegro asintió, como si ya lo esperara, y se alejó sin decir nada más.

Berta se sentó a mi lado en el coche patrulla, cogió mi mano y la apretó con fuerza. La suya sudaba, pero no la aparté.

—Ahora no hay vuelta atrás —dijo—. Vamos a encontrar a quien hayan hecho esto.

—¿Cómo? —pregunté, con la voz rota.

—Trabajando. Traduciendo. Investigando. Y sin decirle a la policía más de lo necesario.

—¿Por qué?

—Porque si la policía lo resuelve, tú no tendrás nada. Y necesitas tener algo. Necesitas seguir adelante. No puedes vivir sin un porqué.

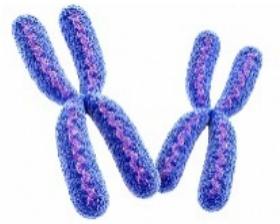
La miré, y por primera vez desde que la conocía, vi algo en sus ojos que no era ironía ni desparpajo. Era dolor. El mismo dolor que yo sentía, pero más viejo, más curtido, más callado.

—¿Tú has pasado por esto? —pregunté.

—He pasado por cosas parecidas —respondió Berta—. Por eso sé que no se supera. Solo se aprende a vivir con ello.

Apretó mi mano una vez más, luego la soltó y se bajó del coche patrulla. Yo me quedé dentro, con la manta sobre los hombros y la imagen de mi hermana grabada en la retina, y supe que mi vida se había partido en dos. Antes de la cueva y después. Y que el después no iba a ser bonito, pero iba a ser justo.

CAPÍTULO 9



Expediente 1174

La sala de espera de la comisaría de Huelva tenía las sillas de plástico tan viejas que crujían con el peso de cualquier persona, el aire estaba tan viciado y espeso, como si llevaran días sin abrir las ventanas. Me había pasado allí las dos últimas horas, sentado sin atreverme a moverme demasiado para no llamar la atención, contemplando una pared llena de carteles de campañas oficiales y fotos de policías condecorados que me miraban desde sus marcos de plástico negro con expresiones de circunstancias.

Berta estaba a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro y los ojos cerrados, pero no dormía. Lo sabía porque su respiración no era la de alguien relajado, sino la de quien estaba haciendo un esfuerzo consciente por no moverse, por no hablar, por no romper algo. Tenía las manos apoyadas en los muslos, los dedos entrelazados con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. No habíamos cruzado palabra desde que nos separaron para tomar declaración por separado, y yo no tenía nada que decirle que no sonara a autocompasión o a despedida.

Un inspector de homicidios con cara de haber visto demasiadas cosas feas salió de una oficina al fondo del pasillo y se acercó a nosotros con un par de papeles en la mano. Montenegro. Berta lo había nombrado antes, cuando llegamos, con un tono que no era ni frío ni cálido, sino neutro, como si estuviera leyendo un nombre en un expediente.

—Berta —dijo Montenegro, parándose delante de ella.

Berta abrió los ojos, levantó la cabeza de mi hombro y lo miró. No había ironía en su mirada. No había desparpajo. Había una especie de cansancio que no le había visto nunca, una rendición silenciosa, como si aquel encuentro lo hubiera estado esperando durante años y ahora, por fin, hubiera llegado.

—He estado revisando tu expediente —dijo Montenegro.

—Ya me imagino —respondió ella.

—El expediente 1174.

—Ese mismo.

—Lo incoaron y tramitaron por «falta de colaboración con la autoridad judicial» y «revelación de secretos». Te costó el empleo y el sueldo durante cinco años. Y ahora resulta que estás aquí, en mi comisaría, con un cadáver en una mina y un hermano de la víctima que no sabe ni por qué ha venido.

—Eso es —respondió Berta, sin inmutarse.

Montenegro se quedó callado un momento, mirándola fijamente, como si esperara que añadiera algo más. Pero ella no dijo nada. Solo lo miró, con esa cara de cansancio que le había cambiado el gesto por completo.

—¿Te importa que se lo cuente yo? —preguntó Montenegro, señalándome a mí con la barbilla—. ¿O prefieres contárselo tú?

Berta me miró. Durante un segundo, solo uno, la vi dudar. Luego suspiró, se pasó una mano por la cara y respondió:

—Se lo cuento yo.

Montenegro asintió, dejó los papeles sobre la mesa de plástico que había entre nosotros y se alejó sin decir nada más. Berta esperó a que se perdiera por el pasillo, cogió los papeles, los dobló en cuatro y se los metió en el bolsillo del pantalón.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó.

—No lo sé —respondí—. Pero si no me lo cuentas, voy a imaginármelo. Y seguro que lo que imagine es peor.

Berta soltó una risa breve, sin alegría, y empezó a hablar.

❁❁❁

Habían pasado años, aunque a ella le parecía una eternidad. Era policía nacional en la comisaría de Huelva, destinada en el grupo de delitos contra las personas, y llevaba tres años investigando una trama de trata de mujeres que operaba en la costa andaluza, trayendo a chicas de Europa del Este con falsas promesas de trabajo y encerrándolas en pisos de Sevilla y Málaga para ejercer la prostitución forzada.

—Las chicas no podían salir a la calle solas —contó Berta, con la voz monocorde, como si estuviera leyendo un parte—. Las tenían vigiladas día y noche, les quitaban los papeles, les amenazaban con hacer daño a sus familias si intentaban escapar. Era una organización grande, bien montada, con contactos en la policía y en la administración.

Ella y su equipo habían conseguido infiltrar a una agente, una compañera con la que había compartido piso durante los años de academia, una chica de Cádiz llamada Lola, que se había hecho pasar por víctima para conseguir pruebas de los captores. Lola había estado seis meses infiltrada, soportando palizas y violaciones, hasta que por fin consiguió suficientes pruebas para que el juez dictara una orden de entrada y registro en los pisos donde tenían encerradas a las mujeres.

Pero alguien filtró la orden. Alguien dentro de la policía avisó a los tratantes. Cuando el juzgado dio el visto bueno para el registro, los pisos ya estaban vacíos y las chicas habían desaparecido. Solo quedó una. Una rumana de diecinueve años, que los tratantes habían golpeado hasta dejarla medio muerta porque no había llegado a tiempo de escapar.

—Lola me llamó por teléfono a las dos de la madrugada —dijo Berta, con la voz más baja—. Estaba escondida en un descampado a las afueras de Sevilla, con la chica en brazos, muerta de miedo. Me dijo que no podía esperar a que el juez firmara otra orden, que si esperaba, la chica se desangraría antes de que llegara nadie. Me pidió que le dijera dónde podía llevarla para que no la encontraran, para que la atendieran sin preguntar.

Berta se lo dijo. Sabía de un médico en un pueblo de la sierra, un hombre mayor que había trabajado en Médicos Sin Fronteras y que no preguntaba el origen de las heridas que cosía. Lola llevó a la chica hasta allí. La chica sobrevivió, pero la operación se fue al traste. El juez, al enterarse de que Berta había dado indicaciones a su agente para actuar al margen de la orden judicial, la imputó por revelación de secretos y por obstrucción a la justicia.

—Me abrieron expediente disciplinario —dijo Berta, con los ojos fijos en la pared—. Me separaron del servicio y me retiraron del empleo y sueldo durante cinco años. La chica sobrevivió, sí. Pero la organización se desmanteló solo a medias. Los cabecillas huyeron a Marruecos y nunca se les pudo extraditar. Lola dejó el cuerpo también, por depresión. Y yo me quedé sin nada.

—¿Y ahora? —pregunté—. ¿Por qué estás aquí, en una comisaría, como si nada?

—Porque la sentencia del Constitucional anuló los reglamentos sancionadores que usaron para expedientarme —respondió Berta—. Hace un año me ofrecieron volver. No quería. Pero luego apareciste tú con tu piedra y tu hermana, y supe que si no volvía, no podría ayudarte.

—¿Volviste por mí?

—Volví por mí. Y por ella —dijo Berta, señalando la puerta de la oficina de Montenegro—. Y ahora estoy aquí, con el empleo recuperado y el sueldo de vuelta, pero destinada en Huelva, sin un duro, y con un expediente abierto que me impedirá ascender nunca.

No supe qué decir. Me quedé mirándola, sentada en esa silla de plástico blanco, con el pelo revuelto, las ojeras marcadas y la camiseta de tirantes manchada de barro y de algo que no quería identificar. Pensé que nunca la había visto tan guapa ni tan rota al mismo tiempo.

—Lo siento —dije.

—¿Por qué lo sientes? No es tu culpa.

—Por todo. Por haberte traído hasta aquí. Por haberte metido en este lío. Por no haber sido capaz de salvar a mi hermana.

Berta me cogió la mano, la apretó con fuerza y respondió:

—No podías salvarla. Ya estaba muerta antes de que empezaras a traducir la maldita piedra. Solo que no lo sabías.

—¿Cómo?

—Porque el forense ha dicho que llevaba muerta más de un día. Cuando te llamaron la primera vez, ella ya estaba muerta.

La noticia me golpeó en el pecho como una explosión. Abrí la boca para decir algo, pero no salió nada. Solo un hilo de aire caliente que se perdió en el pasillo de la comisaría.

—Lo siento, Manu —dijo Berta—. Lo siento mucho.

Y se quedó callada, con mi mano entre las suyas, y el silencio se hizo tan largo que me pareció que nunca íbamos a salir de allí.

❁❁❁

Montenegro volvió a aparecer al cabo de un rato, con otro policía detrás, un hombre joven con cara de haber dormido poco y una carpeta llena de papeles bajo el brazo.

—Berta —dijo Montenegro—. Necesito que te quedes un par de días en Huelva. El forense va a hacer la autopsia mañana por la mañana y quiero que estés presente.

—¿Por qué yo? —preguntó Berta.

—Porque conoces el caso mejor que nadie. Porque eres la única que ha visto la estela, la cueva y los restos. Y porque necesito que Manu se vaya a su casa y espere allí mis instrucciones. No quiero a civiles merodeando por la escena del crimen.

Berta me miró, y yo supe que no iba a dejarme ir solo.

—No pienso dejarlo solo —dijo ella, como si me hubiera leído el pensamiento.

—No te estoy pidiendo que lo dejes solo —respondió Montenegro—. Te estoy pidiendo que colabores con la investigación. Nada más.

—¿Y si no quiero?

—Entonces tendré que tomarte declaración como testigo y después ya no podrás volver a entrar en la escena del crimen. Tú decides.

Berta se quedó callada un momento, observando a Montenegro con esos ojos que podían matar o salvar, según el día. Luego suspiró y asintió.

—Vale —dijo—. Me quedo. Pero Manu se queda conmigo.

—Manu se va a su casa —dijo Montenegro—. Y se queda allí hasta que le llame. No quiero que se acerque a la prensa, ni que hable con nadie, ni que intente investigar por su cuenta. ¿Me oyes?

Asentí, sin fuerzas para discutir.

❁❁❁

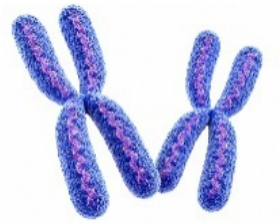
Montenegro nos acompañó hasta la puerta de la comisaría y se despidió de Berta con un apretón de manos que duró un segundo de más.

—Te he echado de menos, Berta —dijo, con la voz más baja de lo que esperaba—. En el cuerpo.

—No me eches de menos —respondió ella, sin soltarle la mano —. Que ya he vuelto.

Salió a la calle sin mirar atrás. Yo la seguí con la mochila al hombro, y el recuerdo del horror de mi hermana grabado en la retina.

CAPÍTULO 10



La pared que no encajaba

Berta condujo de vuelta a Sevilla en silencio. Yo iba en el asiento del copiloto, con la mochila entre las piernas y los ojos fijos en el salpicadero, donde la pegatina de Matthew McConaughey me miraba con esa expresión suya de resaca perpetua. No podía dejar de pensar en mi hermana.

—¿Estás bien? —preguntó Berta en un semáforo.

—No.

—No te voy a decir que lo siento. Porque no sirve de nada.

—Pues no lo digas.

El semáforo se puso verde y el Clio traqueteó hacia adelante.

❁❁❁

En mi casa, Berta se fue directa a la ducha. Yo me quedé en el salón con la estela delante, pero no podía concentrarme. Abrí el portátil, introduje la tarjeta de memoria de la cámara que Berta había usado en la cueva y empecé a repasar las fotos una por una. Las paredes de roca. Las inscripciones tartesias. El pozo. Los escalones. La losa donde había estado mi hermana.

Las revisé tres veces. A la cuarta, algo me llamó la atención. Una pared secundaria, cerca del pozo, que en las imágenes tenía un tono ligeramente distinto al resto. No era más oscura ni más clara. Era diferente. Como si la piedra hubiera reaccionado de otra manera al flash de la cámara.

Amplié la imagen. En el centro de esa pared, camuflado entre las inscripciones antiguas, había un grabado que no encajaba con los demás. Era un círculo con un punto en el centro, rodeado de líneas onduladas. No era tosco ni reciente. Resultaba antiguo, sin duda. Pero el cromatismo era distinto. Como si lo hubieran tallado siglos después, o como si la piedra de esa zona fuera de otra composición.

—¿Qué miras? —preguntó Berta desde la puerta del salón, con el pelo mojado y el pijama de flores horteras.

—Esto —dije, girando el portátil hacia ella.

Berta se acercó, se sentó a mi lado y contempló la pantalla. Frunció el ceño.

—¿Qué es?

—Un grabado. En la pared secundaria, cerca del pozo. ¿No lo viste?

—No. Estaba mirando el cadáver.

—Pues ahí está.

—¿Y qué significa?

—No lo sé. Pero no encaja. El cromatismo es distinto al del resto de las inscripciones.

—¿Más antiguo? ¿Más reciente?

—Distinto. Como si la piedra procediera de otra cantera. O como si alguien lo hubiera tallado en otro momento y la erosión lo hubiera igualado después.

Berta se quedó callada un momento, mirando la pantalla.

—¿Crees que tiene que ver con el asesino?

—No lo sé. Pero es la única cosa en esa cueva que no está donde debería.

—¿Se lo decimos a Montenegro?

—¿Para qué? Si él no sabe lo que significa, solo servirá para que nos hagan más preguntas.

Berta asintió. Cerró el portátil y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Estás hecho polvo —dijo.

—Lo sé.

—¿Hay alguien que pueda ayudarte con esto? Alguien que sepa más que tú de tartesios, de inscripciones antiguas, de símbolos raros. No digo la policía. Digo alguien de tu mundo.

Me quedé callado, pensando. Había una persona. Solo una. Alguien que me había dado acceso a fondos documentales que yo no tenía. Alguien que llevaba años publicando sobre Tartessos y que tenía contactos en universidades extranjeras. Alguien en quien confiaba,

—Javier —dije.

—¿Javier?

—El director y conservador del museo arqueológico. Mi jefe. Es la persona que más sabe de tartesios en este país y no sé si después de los catedráticos de Salamanca.

Berta levantó la cabeza y me miró.

—¿Confías en él?

—Es lo único que tengo.

—¿Crees que puede ayudarnos con ese símbolo?

—Si alguien puede, es él.

—Pues entonces le pones un mensaje y mañana vamos al museo. Hablas con él. Le enseñas las fotos. Le preguntas por el

símbolo. Pero no le dices nada de la policía, ni de la autopsia, ni de Montenegro.

—¿Y si nos pregunta por qué estamos investigando esa cueva?

—Le dices que es un proyecto personal. Que quieres publicar un artículo sobre la cueva. Algo así. Ya pensaremos algo.

—¿Y si no quiere ayudarnos?

—Entonces buscaremos a otro. Pero al menos lo habremos intentado.

Berta se levantó, apagó la lámpara del salón y se fue al dormitorio. Yo me quedé a oscuras, con el portátil cerrado delante y la imagen del símbolo grabada en la retina.

Javier. Mañana. El museo.

Le envié un wasap.

Guardé la estela en la caja fuerte, cerré el portátil y fui al dormitorio. Berta ya estaba en la cama, con los ojos cerrados, pero no dormía.

—¿Crees que podrá ayudarnos? —pregunté, dejándome caer a su lado.

—No lo sé —respondió ella, sin abrir los ojos—. Pero es la única opción que tenemos. ¿Te ha contestado?

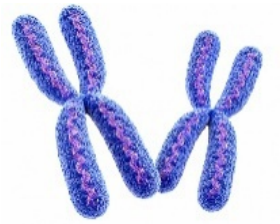
—Sí.

Apoyé la cabeza en su hombro. Ella me rodeó con un brazo y me apretó contra su pecho.

—Duerme —dijo—. Mañana va a ser un día largo.

Cerré los ojos. El olor a coco de su champú me envolvió. Y poco a poco, sin darme cuenta, me quedé dormido.

CAPÍTULO 11



El conservador

Manu no quería ir al museo, pero Berta había insistido.

—Necesitas a alguien que sepa más que tú —le había dicho esa mañana, mientras él se miraba en el espejo del baño sin reconocerse—. Ese signo no va a traducirse solo.

—Javier —había respondido Manu, casi sin pensarlo.

Y ahora estaban allí.

El Museo Arqueológico de Sevilla olía a cera y a libros viejos. Caminaron por el pasillo central, Berta pegada a su espalda, las sandalias de ella chocando con el mármol. No había visitantes. Solo el vigilante de la entrada y el vacío de las vitrinas iluminadas.

Llamó a la puerta de Javier. Dos golpecitos. Esperó.

Javier estaba sentado detrás de la mesa, en su silla giratoria de siempre. Manu no lo veía desde hacía tres meses, y el cambio era evidente: la piel más gris, las manos más delgadas, los ojos hundidos. Pero sonrió al verlo, una sonrisa cansada pero sincera.

—¿Siempre parece tan muerto? —susurró Berta.

—Adelante —dijo una voz cascada desde dentro.

—Manuel —dijo—. Siéntate.

Manu obedeció. Berta se quedó de pie, cerca de la puerta, observando.

—¿Quién es tu amiga? —preguntó Javier, con curiosidad genuina.

—Berta. Me ayuda con unos trabajos.

Javier asintió. No preguntó más. Luego miró a Manu con atención.

—Te noto nervioso —dijo—. ¿Pasa algo?

Manu respiró hondo.

—Estoy con una prospección —dijo—. En una cueva. He encontrado un signo que no logro identificar. Necesito tu opinión.

Javier inclinó la cabeza. Sus dedos, algo temblorosos, se entrelazaron sobre la mesa.

—¿Qué clase de signo?

Manu sacó el portátil. Abrió la fotografía y giró la pantalla. El círculo con el punto. Las líneas onduladas.

Javier se inclinó. Se quedó mirando la imagen en silencio. Diez segundos. Veinte. Su respiración era lenta, un poco sibilante.

—No lo sé —dijo al final, incorporándose—. No es tartesio. No he visto nada igual.

—¿Nada? —preguntó Manu, decepcionado.

—Nada que pueda identificar a simple vista —respondió Javier —. Pero déjamelas. Tengo fondos documentales que tú no manejas. Si hay algo sobre ese signo, lo encontraré.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Berta desde la puerta.

Javier la miró. Evaluándola, quizá.

—Lo que haga falta —dijo—. Esto no es una ciencia exacta.

—Es urgente —insistió Berta.

—Todo es urgente para los jóvenes —dijo Javier, y sonrió—. Pero mira, Manuel… si quieres, podemos trabajar juntos en esto. Tú tienes la vista fina para los detalles, y yo tengo los años y los fondos. Me vendría bien tenerte cerca. Y a ti quizá también te vendría bien no estar solo.

Manu sintió un nudo en la garganta. No sabía si era gratitud o vergüenza.

—Gracias, Javier —dijo.

—No me des las gracias aún —respondió Javier, con esa voz cálida que Manu le conocía desde hacía años—. Primero averigüemos qué coño es esto.

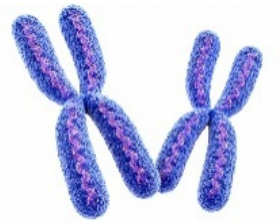
Se despidieron en la puerta. Manu estrechó la mano de Javier. La sintió frágil, huesuda. Quiso preguntarle por su salud, pero no se atrevió.

—Cuídate —dijo al final.

—Siempre —respondió Javier.

Y Manu se fue con Berta, convencido de que había hecho lo correcto.

CAPÍTULO 12



Lo que Berta me contó

Llevaba seis horas esperando cuando oí la llave en la puerta.

No me había movido del sofá en todo ese tiempo. Tito sí: había bajado a comer, había subido a la estantería, había bajado otra vez, me había mirado con desprecio, se había dormido en la baldosa del baño. La vida seguía para él. Para mí, el tiempo se había detenido en el momento en que el Clio de Berta desapareció por la esquina.

No había tocado la estela. No había abierto el portátil. Solo había mirado la foto y me preguntaba, una y otra vez, si podría haber hecho algo distinto. Si podría haberla salvado.

La puerta se abrió.

Berta entró con la mochila al hombro, la cara desencajada y los ojos enrojecidos. Las sandalias de cuero se arrastraron contra el suelo, sin la energía de siempre.

Cerró la puerta. Dejó la mochila en el suelo. Se quedó mirándome un momento, y en su mirada vi algo que no le había visto nunca: cansancio. No el de dormir mal. El de haber contemplado algo que no se debía mirar.

—Siéntate —dije, aunque ya estaba sentada.

Se dejó caer a mi lado en el sofá. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Tito se acercó, la olisqueó y se tumbó a sus pies. Ni siquiera él la juzgaba hoy.

—Manu —dijo, sin abrir los ojos—. Lo que voy a contarte… no es fácil.

—Ya lo sé.

—No. No lo sabes.

Cerré la boca. Esperé.

Ella respiró hondo. Cuando abrió los ojos, tenía puesto el modo profesional. El que usaba para no romperse.

—Montenegro me dejó entrar —dijo—. El forense se llama Hidalgo. Es un hombre mayor, muy bueno en lo suyo. No habla más de lo necesario. Me dio una bata, patucos, gorro. Me puso delante de la mesa.

—¿La mesa?

—La mesa de acero. Donde estaba tu hermana.

Mi mano fue al reposabrazos del sofá. Toqué la madera. Una vez. Me obligué a no seguir.

—Cuéntamelo todo —dije.

Y ella me lo contó.

❁❁❁

—El cuerpo estaba limpio —dijo Berta, con la voz plana, como si leyera un informe—. Demasiado limpio. No había sangre. Casi nada de descomposición, aunque llevaba muerta más de un día en una cueva húmeda.

—¿Cómo es posible?

—Porque alguien lo lavó antes de dejarlo allí. No con agua corriente. Hidalgo encontró restos de formol diluido y de un desinfectante hospitalario. Cloruro de benzalconio, lo llamó. Alguien que sabía conservar tejidos.

Sentí un escalofrío que no era del ventilador. Me llevé la mano al cinturón. Toqué la hebilla. Me obligué a parar.

—Sigue —dije.

Berta asintió.

—La piel estaba tensa. Como si la hubieran estirado. Y había marcas. Muy finas, casi invisibles a simple vista. Hidalgo las descubrió con luz ultravioleta.

—¿Qué tipo de marcas?

—Cortes. Pero no eran aleatorios. Seguían un patrón. Las líneas de tensión de la piel, las llamó. Las que usan los cirujanos para que las cicatrices queden mejor. O los carniceros para desollar animales sin romper la piel.

—¿Desollar?

—Eso dijo. Alguien que sabe lo que hace. Alguien con experiencia en caza mayor o en un matadero.

—¿Qué más? —pregunté.

Berta dudó. Solo un segundo.

—La herramienta. Hidalgo dijo que las marcas eran compatibles con un cuchillo de desuello. Hoja curva, de unos diez centímetros, con el filo en la parte interior. Se usa para separar la piel de la carne sin perforar los órganos internos.

—¿Por qué haría eso? —pregunté, y mi voz salió más alta de lo que quería—. Si quería matarla, un disparo bastaba. Por qué…

—No lo sé —me interrumpió Berta—. Hidalgo tampoco. Dijo que era meticuloso. Casi ritual.

La palabra me golpeó en el pecho. Ritual. Como la estela. Como los signos. Como URKI.

—Las manos —dije.

Berta me miró extrañada.

—Las manos de mi hermana. ¿Viste sus manos?

—Sí —respondió—. Estaban limpias. Las uñas también. Pero había algo raro.

—¿El qué?

—En la palma izquierda. Una marca muy pequeña. Una cicatriz. Hidalgo dijo que no era un corte. Era una quemadura química. Ácido, probablemente. Muy antigua. Unos diez años más o menos…

—¿Ácido? —mi voz se quebró—. ¿Quién le echa ácido a una persona en la palma de la mano?

—Alguien que quiere marcarla —respondió Berta, sin apartar los ojos de los míos—. Como se marca el ganado.

Me quedé en silencio. Mi hermana vivía en Barcelona. Trabajaba en una oficina. No tenía enemigos. No tenía deudas. No tenía nada que la conectara con un mundo de ácido y cuchillos de desuello.

O sí. Pero yo no lo sabía.

—Dime que no hay más —dije.

Berta bajó la mirada.

—Hay más.

—Dime.

—En el antebrazo derecho. Alguien intentó borrarle un tatuaje. Láser, o quizá un método casero. No se veía el diseño original, pero Hidalgo encontró restos de tinta bajo la piel. Tinta de mala calidad. De esas que usan en prisión o en tatuajes caseros.

—Mi hermana no tenía tatuajes —dije, y lo dije convencido—. Nunca le gustaron.

—Pues tuvo uno. Y alguien se lo borró.

Los ventiladores giraban como siempre, empujando el aire caliente de un lado a otro sin conseguir nada. Tito roncaba suavemente a los pies de Berta. La vida seguía siendo absurda.

—¿Algo más? —pregunté, porque ya no me quedaba nada que perder.

—Eso es todo —dijo Berta—. Hidalgo va a enviar el informe completo a Montenegro. Pero lo que vi… Manu, esto no es un secuestro al azar. Quien hizo esto conoce a tu hermana. La marcó hace años. La conservó. La desolló como se desuella un animal de caza mayor.

—¿Un cazador?

—O alguien que se cree cazador.

Nos quedamos en silencio. Yo no podía dejar de pensar en la palma de la mano de mi hermana. En esa marca de ácido. En quién se la habría hecho. Y por qué.

—Montenegro sabe todo esto —dije al fin.

—Sí.

—¿Y qué piensa hacer?

—Investigar. Pero necesita tiempo. Y pruebas.

—Nosotros no tenemos tiempo. No puedo morir sin saber qué paso con mi hermana.

—Lo sé.

Berta se levantó del sofá, fue a la cocina y llenó un vaso de agua. Bebió despacio, con la mirada perdida en la ventana. Cuando volvió, se sentó en la silla del comedor, frente a mí.

—Montenegro me ha pedido que me quede en Huelva unos días —dijo—. Que colabore. Que use lo que sé para ayudar en la investigación.

—¿Y qué le has dicho?

—Que lo pensaría.

—¿Y qué vas a hacer?

Me miró fijamente. Sus ojos, detrás de las gafas de pasta, ya no tenían el brillo de siempre. Había algo más oscuro. Más pesado.

—Voy a aceptar —dijo—. Pero no voy a dejarte solo. Montenegro no sabe que seguimos investigando por nuestra cuenta. Y no lo va a saber.

—Vas a jugar a dos bandas.

—Ya lo he hecho antes —respondió, y por un momento su voz perdió toda la ironía—. Por eso me echaron.

Se levantó, cogió la mochila y se fue al dormitorio. Yo me quedé en el sofá, con la imagen de mi hermana grabada en la retina y una certeza nueva en la cabeza.

Alguien la marcó. Alguien la conservó. Alguien la desolló con un cuchillo de cazador.

Y ese alguien seguía ahí fuera.

Berta volvió a salir del dormitorio con una bolsa pequeña.

—Me voy esta noche a Huelva —dijo—. Montenegro me ha buscado un apartamento cerca de la comisaría. Pero vuelvo en dos días. Y mientras no estoy, quiero que hagas algo.

—¿El qué?

—Que llames a Javier. Que le digas que has estado pensando en su oferta. Que quieres trabajar con él en el signo. Que necesitas su ayuda.

❁❁❁

Se acercó a la puerta. Tito se levantó y fue hacia ella. Berta se agachó para rascarle la cabeza.

—Cuida de él —le dijo al gato.

Tito maulló.

Berta me miró por última vez. No sonrió. No dijo nada. Solo asintió, como si ya hubiéramos hablado bastante.

Y se fue.

Me quedé solo con el ventilador, el gato y la foto de mi hermana en el móvil.

No sabía qué hacer. No sabía si llamar a alguien, si salir a la calle, si encerrarme en el despacho a traducir otra vez los mismos signos. Nada de lo que hiciera iba a traerla de vuelta. Pero no podía quedarme quieto.

Pensé en Javier.

En cómo me había mirado en el museo. En su voz cascada diciendo "si puedo ayudarte, ya lo sabes. Siempre estoy para ti". En su oferta de trabajar juntos.

Era la única persona que podía ayudarme con el signo. La única que tenía los fondos, los años, la experiencia que a mí me faltaban. Y además era mi jefe. Mi amigo. El único que me había tendido una mano en este gremio de mierda.

Saqué el teléfono. Busqué su contacto.

Tardé un momento en reunir el valor para llamar. No era una llamada fácil. Significaba pedir ayuda. Significaba reconocer que no podía solo.

Pero es que no podía.

Cuando por fin pulsé llamar, la voz cascada de Javier sonó al otro lado antes del segundo tono.

—Manuel. ¿Eres tú?

—Soy yo —dije—. He estado pensando en tu oferta. Lo de trabajar juntos.

—¿Y?

—Y acepto. Necesito tu ayuda con ese signo. No puedo solo.

Hubo un silencio. Luego, Javier soltó un suspiro que sonó a alivio.

—Me alegro, Manuel —dijo—. Me alegro mucho. No tienes que hacer esto solo. Ya lo sabes.

—Lo sé.

—Pásame las fotos que tengas. Mañana mismo empiezo a revisar los fondos. Encontraremos lo que sea.

—Gracias, Javier.

—No me des las gracias. Para eso están los amigos.

Colgué. El móvil se me resbaló de las manos y cayó sobre la mesa.

Toqué la madera tres veces.

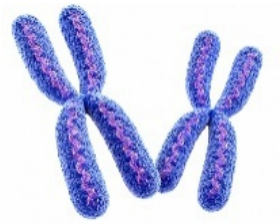
No sirvió de nada. Pero lo hice igual.

Tito se acercó, se tumbó a mis pies y cerró los ojos. El ventilador seguía girando, empujando el aire caliente de un lado a otro. Yo me quedé allí sentado, con la foto de mi hermana en la pantalla del móvil y una sola certeza en la cabeza.

Javier me ayudaría. Entre los dos encontraríamos al responsable.

No sabía que estaba deseando que así fuera.

CAPÍTULO 13



El interrogatorio

Me despertaron a las seis de la mañana.

El timbre sonó tres veces. Tito se incorporó en la cama y me miró con sus ojos amarillos. No maulló. Solo me miró.

Me puse unos pantalones, fui a la puerta y miré por la mirilla.

Montenegro estaba allí. Solo. Traje oscuro, corbata azul, cara de no haber dormido. A sus espaldas, dos policías locales de Sevilla.

Abrí.

—Manuel Ríos —dijo Montenegro. No era una pregunta.

—Sí.

—Necesito que me acompañe a dependencias policiales para tomarle declaración por el asesinato de su hermana.

—No he hecho nada.

—Nadie ha dicho eso. Es un procedimiento estándar.

Lo miré. No parpadeó.

—¿Puedo vestirme?

Asintió. Cerré la puerta. Me puse los pantalones, una camiseta limpia, las deportivas. Toqué la madera de la mesilla tres veces. Sin pensar.

Cuando salí, los dos policías locales se quedaron atrás. Montenegro caminaba delante. No me esposaron. No dijeron que

estaba detenido. Pero lo estaba.

❁❁❁

La sala era pequeña, sin ventanas. Una mesa de metal sujeta al suelo. Tres sillas. Una cámara en el techo.

Montenegro se sentó enfrente de mí. El policía local mayor se quedó de pie cerca de la puerta.

—¿Quiere un abogado? —preguntó.

—No lo necesito, ¿no es así?

—¿Está seguro?

—Sí.

Sacó una grabadora, la apoyó sobre la mesa y la encendió.

—Declaración de Manuel Ríos Díaz, en calidad de testigo, caso número 1587/2026. Fecha: 18 de agosto de 2026. Hora: 6:45. Inspector Montenegro al cargo.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hermana?

—Hace años.

—¿Cuántos?

—Ocho. Quizá nueve.

—¿Por qué dejó de verla?

—No quiero hablar de eso. —Se había vuelto rara y de convicciones extrañas.

Montenegro anotó en su libreta. No insistió.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—Hace dos semanas. Me llamó.

—¿De qué hablaron?

—Del calor. Del trabajo. Dijo que me llamaría luego. Que iba a una reunión.

—¿Y lo hizo?

—No.

—¿La llamó usted?

—Sí. Varias veces. No contestó.

—¿Y no le pareció extraño?

—Por eso contraté a una detective.

—¿Berta?

—Sí.

—Berta es detective privada —dijo Montenegro—. ¿Correcto?

—Sí.

Montenegro me miró un momento.

—¿Recibió alguna llamada amenazante?

—Sí. De un número desconocido.

—¿Qué le dijeron?

—Que tenían a mi hermana. Que si quería verla con vida, tradujera la estela.

—¿Qué estela?

—Una losa con escritura antigua. Me llegó por mensajero. No sé quién la envió.

—¿Y la tradujo?

—Sí, algo…

—¿Qué decía?

—Coordenadas. Una cueva en Huelva. Y una palabra: URKI.

—¿Qué significa?

—Oro o muerte.

Montenegro dejó de escribir.

—¿Fue a esa cueva?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con Berta.

—¿Qué encontraron?

—A mi hermana y a un hombre.

—¿Muertos?

—Sí.

Cerró la libreta.

—Señor Ríos. Recibió una amenaza, no avisó a la policía, tradujo una piedra que alguien le envió y encontró el cuerpo de su hermana y de un hombre. ¿Es correcto?

—Llamamos a la policía. Usted llegó.

—Llegué porque Berta me llamó. Berta es detective privada. Usted la contrató para que investigara.

—Sí.

—¿Por qué no llamó directamente al 112?

—Porque no sabía si pasaba algo. Porque pensé que igual solo estaba ocupada. Porque…

Me callé.

—¿Por qué? —preguntó Montenegro.

—Porque no quería reconocer que algo iba mal.

Montenegro se recostó en la silla. Me miró fijamente.

—¿Mató usted a su hermana, Manuel?

—No.

—¿Tuvo algo que ver con su muerte?

—No.

—¿Sabe quién pudo hacerlo?

—No.

—¿Tiene alguna teoría?

—No.

Montenegro asintió. Se levantó.

—Voy a pedirle que no salga de Sevilla sin autorización judicial. Esto no es una detención, es una medida cautelar. ¿La acepta?

—Sí.

—Firme aquí.

Deslizó un papel sobre la mesa. Lo leí por encima. Compromiso de no abandonar el territorio de la provincia de Sevilla sin notificar previamente a la autoridad judicial. Firmé.

Montenegro cogió el papel, apagó la grabadora y salió sin decir nada más.

❁❁❁

En el pasillo, Berta estaba apoyada contra la pared. Llevaba vaqueros rotos, camiseta negra de tirantes, las gafas de pasta. El pelo suelto. La mochila mugrienta a sus pies.

—¿Has firmado la medida cautelar? —preguntó.

—Sí.

—Joder, Manu.

—¿Qué iba a hacer?

Caminamos hacia la salida. Ella no llevaba placa. No llevaba uniforme. Solo era ella.

—Montenegro me ha dado dos días —dijo en voz baja—. Para formalizar mi reincorporación. Papeleos. Fichar. El lunes por la mañana tengo que estar en Huelva. Antes no.

—Hoy es jueves.

—Lo sé. Tenemos jueves, viernes, sábado y domingo. El lunes por la mañana tengo que presentarme.

Llegamos a la puerta de la comisaría. El sol ya calentaba.

—No puedes salir de Sevilla —dijo Berta—. Eso es lo que has firmado.

—Lo sé.

—Pero yo sí puedo. Y necesito ir a Barcelona.

—Lo sé.

—Y necesito que vengas conmigo.

—No puedo.

—Puedes. Si no te ven. Si vas y vuelves antes de que nadie se dé cuenta. Montenegro no va a controlar tu puerta. Solo firmaste un papel. No tienes pulsera telemática.

Me quedé callado.

—Manu —dijo Berta, y se puso delante de mí—. Tu hermana vivía en Barcelona. Su casa está allí. Su trabajo. Su ordenador. Su

móvil, que no apareció en la cueva. Todo lo que necesitamos para saber quién la marcó, quién la siguió, quién la mató… está allí. Y si no vamos nosotros antes de que Montenegro envíe a sus hombres, lo perderemos todo.

—Tengo las llaves de su casa—dije.

Berta me miró, sorprendida.

—¿Cómo?

—Me las mandó por correo. Hace tres meses. Sin ninguna nota. Solo las llaves en un sobre.

—¿Y no se lo dijiste a nadie?

—No sabía qué decir. No sabía por qué me las mandaba. Pensé que igual era un mensaje. Que igual quería que fuera a verla. Pero no fui.

—¿Por qué no?

—Porque soy un cobarde. Estaba enferma.

Berta no dijo nada. Metió la mano en el bolsillo y sacó un chupachups de fresa. Lo desenvolvió con los dientes.

—Pues ahora no vas a serlo —dijo—. Ahora vamos a ir. Con tus llaves. A su casa. A buscar lo que ella quería que encontraras.

—¿Y si nos pillan?

—No nos van a pillar.

Chupó el caramelo. Me tendió la mano.

—¿Vienes?

Cogí su mano.

—Me la juego, pero voy.

❁❁❁

Volvimos a mi casa. Berta se metió en el dormitorio y empezó a llenar una bolsa pequeña. Yo hice lo mismo. Unos pantalones, una camiseta, un cepillo de dientes. La mochila con la estela dentro. El móvil. El cargador. Y las llaves. Las llaves de su piso, que habían estado tres meses en el cajón de la mesilla, debajo de unos calcetines, sin que yo me atreviera a usarlas.

Tito nos observaba desde la puerta, con sus ojos amarillos.

—No me mires así —le dije—. Vuelvo el domingo.

Tito parpadeó. Berta se agachó a rascarle la cabeza.

—Cuida de la casa —le dijo—. Y no te comas las plantas.

Tito maulló.

Dejamos suficiente comida en su cuenco. Dos fuentes de agua. La ventana del baño entreabierta.

—¿Crees que estará bien? —pregunté.

—Es un gato —respondió Berta—. Los gatos siempre están bien.

Cogí la mochila. Toqué la mesa tres veces. Toqué el marco de la puerta. Toqué el cinturón. Berta me cogió la mano.

—Para —dijo.

—No puedo.

—Puedes. Respira.

Respiré.

—¿Preparado?

—No.

—Guay, vámonos.

❁❁❁

El aeropuerto de Sevilla estaba más vacío de lo normal. Agosto. Calor. La gente que podía permitirse huir ya lo había hecho.

Facturamos las mochilas. Pasamos el control. Berta compró dos chupachups de fresa en el *duty free* y me dio uno.

—Toma. Para el vuelo.

Lo guardé en el bolsillo. No lo abrí.

El avión era pequeño, ruidoso. Nos sentamos juntos en la fila de atrás. Berta se puso los cascos y cerró los ojos. Yo miré por la ventanilla.

Sevilla se alejaba. Toqué el reposabrazos tres veces.

—Deja de tocar cosas —dijo Berta, sin abrir los ojos.

—¿Cómo sabes que estoy tocando?

—Porque te conozco.

Me quedé quieto. El avión despegó.

En mi bolsillo, las llaves de su casa las notaba contra el muslo. Frías. Pequeñas. Como un reproche.

❁❁❁

El hotel era pequeño, moderno, con una recepción de mármol blanco. La habitación estaba en el cuarto piso, con vistas a un patio interior. Había dos camas individuales separadas por una mesilla.

Berta dejó la mochila en la cama de la derecha. Yo dejé la mía en la de la izquierda.

—Mañana temprano vamos a su casa —dijo—. Con tus llaves.

—¿Y si la policía ha precintado la puerta?

—No lo han hecho. Aún no. El cadáver apareció en Huelva. La competencia es nuestra. Nadie ha ido a su casa todavía. Montenegro

está tan centrado en ti que se ha olvidado de ella.

Me senté en el borde de la cama. Saqué las llaves del bolsillo. Las puse sobre la mesilla.

Dos llaves. Una pequeña, de la puerta de la calle. Una grande, de la puerta del piso.

—Nunca las usé —dije.

—Pues mañana lo harás.

Berta apagó la luz de su mesilla.

—Duerme —dijo—. Mañana va a ser un día largo.

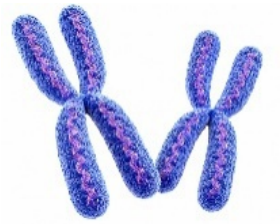
Me acosté vestido. No cerré los ojos en toda la noche.

Las llaves estaban a mi lado. Cada vez que las miraba, veía la mano de mi hermana metiéndolas en el sobre. Sin una nota. Sin una explicación.

«Algún día te diré por qué me fui». «Nunca .te dije por qué». Estaba enferma pero no supe de qué.

No hubo ningún día.

CAPÍTULO 14



Las llaves

El hotel amaneció gris. No era la luz de Sevilla, esa que entra a golpes. Era una claridad sucia, filtrada por los edificios altos y el cielo de agosto en Barcelona. Me desperté antes de que sonara el despertador. Las llaves seguían en la mesilla. Las cogí. Aún estaban frías.

Berta ya estaba levantada. La oía moverse en el baño. Cuando salió, llevaba el pelo recogido, la ropa de siempre y las gafas de pasta negras. No me preguntó si había dormido bien. No hacía falta.

—¿Has desayunado? —preguntó.

—No tengo hambre.

—Pues come algo. Va a ser un día largo.

Me obligué a comer medio croissant y un café que sabía a quemado. Berta había pedido que trajeran el desayuno a la habitación… Se tomó otro café y un zumo. Sacó un chupachups de fresa del bolsillo, lo miró, lo volvió a guardar.

—¿No lo abres? —pregunté.

—Después. Esto es un desayuno serio.

Terminamos. Pagamos y salimos a la calle.

❁❁❁

El piso de mi hermana estaba en el Eixample, en una calle ancha con árboles y balcones de hierro forjado. El portal era antiguo,

con un portero automático que ya no funcionaba. La puerta de la calle se abrió con la llave pequeña sin forzarla. Como si hubiera estado esperando.

Berta entró primero. Inspeccionó el portal. Vacío. Sin conserje con un ascensor de madera y un espejo.

—¿Cuánto tiempo hace que no venías? —preguntó.

—Nunca había venido.

—¿Nunca?

—No.

Subimos en silencio. El ascensor olía muy mal. Llegamos al cuarto piso. Era la puerta izquierda. La llave grande encajó en la cerradura sin resistencia. Giré. La puerta se abrió con un gemido.

El piso de mi hermana olía a cerrado. No ha muerto. A cerrado. A polvo. A flores secas. En la mesa del comedor, un jarrón con unas margaritas muertas, el agua verdosa y turbia. Llevaban allí semanas.

Me quedé quieto en la entrada, sin saber qué hacer con las manos. Berta pasó a mi lado. Se puso los guantes de látex —un gesto ya automático— y sacó la lupa de la mochila. También una linterna pequeña y varias bolsas de plástico con cierre hermético.

—No toques nada —dijo—. Si tienes que señalar algo, avísame. Y usa esto.

Me dio un bolígrafo. Un boli negro, de esos que dan en los hoteles. Lo sujeté como si fuera un bisturí.

❁❁❁

Berta empezó por el salón. Yo me quedé en el pasillo, contemplando las paredes. Había fotos. Muchas. Mi hermana en la playa, con el pelo negro y la piel morena. Mi hermana en una terraza, con un grupo de amigos, todos con copas de vino. Mi

hermana sola, en un bar, con una chaqueta roja que no recordaba. En ninguna aparecía yo.

Berta se arrodilló junto a la mesa baja y abrió el cajón. Sacó una libreta pequeña, de esas de espiral. La hojeó con cuidado, usando la punta de la lupa para pasar las páginas.

—Hay direcciones —dijo—. Números de teléfono. Apuntes de citas. Médico, dentista... y esto.

Me acerqué. Señalaba una página con una sola letra escrita a lápiz, tan suave que casi no se veía.

X.

—¿Qué es X? —preguntó.

—No lo sé.

Berta fotografió la página. Cerró la libreta y la metió en una bolsa.

❁❁❁

En la estantería, junto a la ventana, había libros. Novelas de suspense, alguna biografía, guías de viaje. Y en medio de todo, apoyado de canto como si quisiera pasar desapercibido, un libro viejo. Tapas duras, desgastadas. Lo señalé con el boli.

—Ese.

Berta lo sacó. No era un libro. Era una caja con forma de libro. Lo abrió con cuidado.

Dentro, un mechón de pelo rubio. Atado con una goma elástica vieja. Una piedra pequeña, negra, lisa, de río. Un billete de tren. Sevilla-Barcelona. Fecha: 15 de marzo de 2026. Y una nota doblada en cuatro.

Berta hizo las fotos. Luego, con las pinzas, sacó la nota. La desplegó.

Dentro, escrito a mano, con letra menuda y apretada:

«No es oro. No es muerte. Es la espera».

—¿Qué significa? —preguntó Berta.

—Es todo lo contrario a URKI.

—¿Reconoces la letra?

La miré otra vez. Apretada. Cuidadosa. Como de alguien que escribía con la mano que no era la habitual…

—No —mentí. A mi hermana la obligaban a escribir con la derecha. Era zurda.

Berta guardó todo en bolsas separadas. El pelo, la piedra, el billete, la nota. Etiquetó cada una con el rotulador.

❁❁❁

En el dormitorio, la cama estaba deshecha. No del revuelto de una noche. Deshecha como quien se levantaba y ya no volvía. Las sábanas arrugadas, la almohada sin funda, el edredón caído en el suelo.

En la mesilla, una taza con restos de café seco, con un poso negro pegado al fondo. Un frasco de pastillas. Berta lo leyó con la lupa.

Zolpidem. Para el insomnio.

—¿Dormía mal? —preguntó.

—No lo sé. No hablábamos.

Berta metió el frasco en una bolsa.

Abrió el armario. La ropa colgaba ordenada. Camisas, pantalones, vestidos. Todo en su sitio. Demasiado perfecto y en su sitio. Como si alguien hubiera preparado el armario para una ausencia prolongada.

—No hay maletas —dijo Berta.

—¿Cómo?

—No hay maletas. Ni bolsas de viaje. Ni mochilas. Nada para hacer una escapada.

—¿Se las llevaron?

—Puede. O puede que fuera ella. Pero si ella se las llevó, ¿dónde están?

Lo anotó en la libreta negra.

❁❁❁

En el fondo del armario, detrás de unas toallas, había una caja de zapatos. Berta la bajó con cuidado. La abrió.

Dentro, una libreta de tapa dura negra, con una goma elástica. Berta la abrió. Hizo una foto. Luego me la tendió.

Era la letra de mi hermana. La misma de las cartas que me escribía al principio, cuando nos dejamos de hablar. Esta sí estaba escrita con la mano zurda.

La libreta era un diario. No de sentimientos. De cuentas.

14 marzo. X. 300.

22 marzo. X. 300.

5 abril. X. 600.

12 mayo. M. 1500. Me sigue.

3 junio. Llamada. Sabe dónde vivo.

17 junio. He puesto una cadena de seguridad.

30 junio. No sirve. Ha vuelto a entrar.

—¿Pero qué coño es X? —preguntó Berta otra vez.

—No lo sé.

—¿M.?

—Tampoco.

—«Me sigue» —leyó Berta—. ¿Eso pone?

—Eso pone.

—¿Quién la seguía, Manu?

—No lo sé.

Cerré la libreta. Toqué la madera de la mesilla una vez. Berta no me lo impidió.

❁❁❁

Debajo de la libreta, en el fondo de la caja, había una foto antigua. De fotomatón. Mi hermana y yo. Éramos adolescentes. Ella tendría quince. Yo diecisiete. Los dos mirando a la cámara, serios, sin sonreír. Como si ya supiéramos que algún día dejaríamos de hablarnos.

—¿Cuándo fue esto? —preguntó Berta.

—Hace mucho. No recuerdo.

—La tenías.

—Parece que ella también.

Guardé la foto en el bolsillo de la camisa.

❁❁❁

En el baño, Berta encontró más cosas. Una caja de tinte rubio, casi blanco. Un tinte que mi hermana, morena de nacimiento, nunca se habría puesto. O sí. Pero yo ya no lo sabía.

—¿Se teñía? —preguntó Berta.

—No lo sé.

—Manu…

—No lo sé —repetí, más alto—. No la veía desde hacía años. No sé si se teñía. No sé si dormía mal. No sé si tenía miedo. No sé nada de ella.

Berta se quedó callada. Terminó de revisar el baño. Metió el tinte en una bolsa. También un cepillo de dientes con restos de pasta, un neceser de viaje que estaba debajo del lavabo, un frasco de colonia casi vacío.

Luego, en el fondo del armario del baño, detrás de una caja de compresas, encontró un sobre.

No tenía remite. Solo un nombre.

«Manu».

Me lo tendió.

—Es para ti.

Lo cogí con las manos desnudas. Rompí el sobre. Dentro, la misma foto que había en la caja de zapatos. El fotomatón. Nosotros. Pero al dorso, escrito con su letra:

«Te echo de menos todos los días. Algún día te diré por qué».

Me quedé mirando la foto. No lloré. No pude.

Berta no dijo nada. Solo me puso una mano en el hombro. Un segundo. Luego siguió trabajando.

❁❁❁

En la cocina, la nevera estaba casi vacía. Un *brik* de leche caducado, una botella de agua abierta, un limón seco. En el congelador, dos cubiteras. Una vacía. La otra con hielo rosa.

Berta sacó la cubitera con cuidado. La olió. Frunció el ceño.

—Vino —dijo—. Vino tinto congelado.

—¿Quién congela vino?

—Alguien que quiere conservar algo. O alguien que no quiere que se sepa que bebe sola.

Dejó la cubitera dentro de una bolsa.

En el fondo del congelador, detrás de una bolsa de verduras congeladas, encontró una llave. Pequeña, de bronce, oxidada. La llave de algo.

Berta la fotografió. La metió en una bolsa.

❁❁❁

En el salón, junto al teléfono fijo que ya no funcionaba, había una agenda de papel. De esas que regalaban en las ópticas. Berta la hojeó con la lupa.

Nombres. Teléfonos. Direcciones. La mayoría tachados. Pero uno, en la última página, estaba subrayado tres veces.

X. J. X

Me quedé mirando la agenda. El suelo se movió bajo mis pies.

—Manu —dijo Berta—. Esto es extrañísimo.

—No lo sé —repetí—. No sé nada.

Berta me miró un momento. Luego arrancó la página, la metió en una bolsa y guardó la agenda entera en otra.

—Hay algo que no me cuadra —dijo—. Y cuando algo no me cuadra, no paro hasta que encaja.

Cerró la mochila.

❁❁❁

Antes de irnos, revisé el buzón. Estaba en el portal, con el nombre de mi hermana en una pegatina blanca: C. Ríos. Dentro, solo publicidad y un sobre de papel marrón. Sin remite. Lo abrí.

Una sola hoja. Una sola frase impresa.

«Ya sé que has venido».

Se la enseñé a Berta. Ella la leyó. Me miró.

—Vámonos —dijo—. Ahora.

Salimos del portal mirando a todos lados. La calle estaba vacía. El sol empezaba a caer. Las sombras se alargaban.

—¿Quién sabe que hemos venido? —pregunté.

—No lo sé. Pero alguien nos ha visto.

—¿Montenegro?

—No es su estilo.

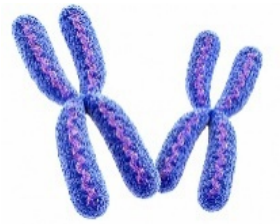
—¿Entonces quién?

Berta no respondió. Caminó más rápido. Yo la seguí, con las llaves de mi hermana aún en la mano y la foto en el bolsillo de la camisa.

Toqué la pared del portal. Madera. Una vez.

Y corrí detrás de ella.

CAPÍTULO 15



La espera

El avión a Sevilla despegó con una hora de retraso. En la fila de atrás, Berta se había dormido con los cascos puestos y la cabeza apoyada en la ventanilla. Yo no podía cerrar los ojos.

Sobre las rodillas, la mochila. Dentro, las bolsas de evidencias. El mechón rubio. La piedra negra. El billete de tren. La nota con la letra apretada. La libreta del diario. La foto del fotomatón. El sobre con mi nombre. La agenda con las iniciales. La llave oxidada del congelador. El hielo rosa que se había derretido y ahora era solo una bolsa con agua sucia. Todo lo que habíamos encontrado en el piso de mi hermana seguía con nosotros.

No podíamos entregarlo a la policía. No todavía. Porque hacerlo significaba reconocer que habíamos estado allí. Y reconocerlo significaba explicar que habíamos viajado a Barcelona después de que Montenegro me prohibiera salir de Sevilla, que habíamos entrado en un piso sin la autorización judicial, que habíamos manipulado pruebas sin testigos ni cadena de custodia. Todo eso, junto con la estela anónima, la llamada amenazante y mi silencio inicial, me pondría en el centro de la diana. No porque las pruebas me señalaran, sino porque mi comportamiento me señalaba a mí. Montenegro ya me había interrogado. Ya había dejado claro que no se fiaba. Si le entregaba las pruebas, no estaría colaborando. Estaría regalándole la excusa para detenerme.

Berta lo sabía. Por eso no había mencionado la palabra «entregar» en todo el vuelo.

—Nos las quedamos —había dicho antes de despegar, mientras facturábamos las mochilas—. Las analizamos nosotros. Buscamos algo que no sea tu nombre. Y luego, cuando tengamos un camino claro, decidimos.

—¿Y si nos pillan?

—No nos van a pillar.

Saqué la nota del bolsillo de la camisa. La leí otra vez.

«No es oro. No es muerte. Es la espera».

URKI significaba «oro o muerte». Lo había traducido yo mismo. Lo había comprobado tres veces. Pero aquello era lo contrario. La negación. Alguien había escrito deliberadamente lo opuesto a lo que la estela decía. Alguien que sabía lo que yo había traducido. Alguien que quería decirme que estaba equivocado.

Berta dormía. Yo no podía cerrar los ojos.

Toqué el reposabrazos. Plástico. No me servía. Retiré la mano.

Cuando el avión empezó a descender, las luces de Sevilla aparecieron abajo. Aterrizamos. Recogimos las mochilas. Salimos al calor de la madrugada.

En el aparcamiento, Berta se estiró y bostezó.

—Ahora qué —pregunté.

—Ahora iremos a tu casa —respondió—. A ordenar todo esto y a decidir qué hacemos con cada cosa.

—¿Y Montenegro?

—Montenegro no sabe que hemos ido a Barcelona. Y no va a saberlo hasta que decidamos contárselo.

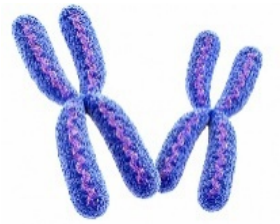
—¿Y tu incorporación?

—Tengo hasta el lunes. Tenemos el fin de semana.

Subimos al Clio. Berta arrancó el motor. El aeropuerto quedaba atrás. Mi casa, adelante. En el maletero, la vida de mi hermana, metida en bolsas de plástico.

Berta no dijo nada. Puso una mano sobre la mía y la dejó ahí hasta el primer semáforo.

CAPÍTULO 16



Las anotaciones

El museo estaba vacío. Sábado por la mañana, agosto en Sevilla, nadie en su sano juicio salía a la calle antes de las ocho de la tarde. Pero Javier nos había citado a las siete y media, y allí estábamos, Berta y yo, en el pasillo de los íberos, esperando que abriera la puerta de su despacho.

Llamé. Dos golpes.

—Adelante —respondió con su voz cascada.

Javier estaba sentado detrás de la mesa, pero no en la silla giratoria. En una butaca baja, de esas que parecían de minusválido. Sobre la mesa, una bandeja con pastillas sin tomar, un vaso de agua a medio beber y una carpeta de cartulina amarilla, vieja, con las esquinas dobladas.

—Pasa, Manuel. Siéntate. Berta, tú también.

Nos sentamos. Berta no se quitó las gafas de sol.

Javier nos miró un momento. Tenía la piel más gris que la semana pasada. Las manos, apoyadas sobre la carpeta, temblaban con un pulso poco marcado.

—He encontrado algo —anunció—. No sé si es importante. Pero es algo.

Abrió la carpeta. Dentro había papeles, fotos en blanco y negro, granuladas, de paredes de cueva con inscripciones borrosas.

También hojas sueltas con anotaciones escritas a bolígrafo, de una letra menuda y apretada.

—Esto pertenece a un compañero mío de la universidad —explicó—. Se llama Sebastián. Lleva un año sin venir por el museo. Sin llamar. Sin contestar los mensajes.

—¿Qué le pasó? —preguntó Berta.

—No lo sé. Un día dejó de aparecer. Nadie supo nada. Pero antes de desaparecer, me dejó esto en el buzón. Sin nota. Sin explicación. Solo la carpeta.

Pasó una página. Una foto. La miré de cerca.

—Esa cueva —señalé.

No era la misma. Pero se parecía. Misma factura en las paredes. Mismo tipo de roca. Misma oscuridad.

—Sebastián la encontró hace años —dijo Javier—. Estuvo yendo mucho tiempo, solo. Hacía sus propias prospecciones, sus propios calcos. Nunca comunicó nada a la administración. Era un hombre reservado. Paranoico, a veces.

—¿Y qué encontró? —pregunté.

Javier sacó otra foto. Un calco de un signo. El mismo que yo había fotografiado en la cueva de Huelva. El círculo con el punto. Las líneas onduladas. Idéntico.

—Esto —señaló—. Lo llamó el «signo del espejo». Creía que era la firma de Argantonio, una marca que el rey dejaba en los lugares donde había estado. Una especie de código.

—¿Un código? —preguntó Berta.

—Sí. Pero no lo descifró. Al menos, no del todo. Dejó anotaciones. Hipótesis. Dibujos. Pero la clave se la llevó consigo cuando desapareció.

Javier tosió. Una tos seca, profunda. Sacó un pañuelo y se lo llevó a la boca.

—¿Por qué nos enseñas esto ahora? ¿Sabe la policía lo de Sebastián? —preguntó Berta.

Javier la miró. Luego me miró a mí.

—No sé en qué punto está lo de Sebastián. El museo lo denunció. Y lo de enseñaros esta información es porque vosotros tenéis acceso a esa cueva. Yo no. Porque Sebastián dejó anotaciones sobre cómo entrar en la cámara principal. Dónde estaba la puerta. Cómo abrirla. Todo eso está aquí. Pero necesito que alguien vaya. Alguien que pueda moverse, agacharse, buscar. Yo ya no puedo.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunté.

—Que volváis a la cueva. Que busquéis esa puerta. Que me traigáis algo de lo que haya dentro. Una inscripción. Un objeto. Lo que sea. Y yo os daré todo lo que sé sobre el código. Todo lo que Sebastián dejó escrito.

—¿Y si no encontramos nada?

—Entonces habremos perdido el tiempo. Pero no lo perderemos.

Javier cerró la carpeta. La deslizó hacia mí.

—Leedlo esta noche. Las anotaciones de Sebastián están dentro. También los planos. Y las fotos.

—¿Nos lo llevamos? —preguntó Berta.

—Sí. No quiero que se queden aquí. Si alguien las encuentra, sabrá lo mismo que sabemos nosotros.

—¿Quién iba a encontrarlas?

Javier no respondió. Solo nos miró, con esos ojos negros hundidos que parecían ver más de lo que decían.

Cogí la carpeta. Berta se levantó. Yo hice lo mismo.

—Mañana empezamos a estudiarlo —dije.

—No —interrumpió Javier—. Esta noche. No tenemos tiempo.

—¿Por qué no tenemos tiempo?

Javier se llevó la mano al pecho. Respiró hondo.

—Porque Sebastián no desapareció por casualidad. Alguien fue a buscarlo. Alguien le preguntó por la cueva. Y Sebastián, antes de irse, me dejó una nota. Solo una palabra.

—¿Qué palabra? —preguntó Berta.

—Una X —reveló Javier—. Nada más. Una X mayúscula en un papel en blanco.

El silencio se hizo denso. Pensé en la agenda de mi hermana. En las iniciales. En las cantidades anotadas junto a la X. En los pagos. En las llamadas. En las cerraduras cambiadas.

—Estudiaremos los papeles —dijo Berta—. Luego decidiremos.

Javier asintió. No se despidió. Nos quedamos mirándolo un momento, sentado en su butaca, con las manos temblorosas sobre la mesa vacía.

Salimos al pasillo. Berta caminaba rápido. Yo la seguía, con la carpeta amarilla bajo el brazo.

—Una X —murmuró ella cuando llegamos al Clio.

—Lo sé.

—Igual que en la agenda de tu hermana.

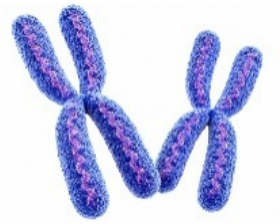
—Lo sé.

—¿Crees que es la misma persona?

—No lo sé. Pero voy a averiguarlo.

Berta arrancó el motor. No preguntó adónde ir. Ya lo sabía. A mi casa. A estudiar los papeles. A buscar una verdad que cada vez parecía más difícil de encontrar.

CAPÍTULO 17



Las fotos

Cuando llegamos a mi casa, aún con la carpeta de Javier bajo el brazo, el móvil vibró en mi bolsillo. Era un número desconocido. Lo miré un momento sin contestar, pero Berta me hizo un gesto para que lo cogiera.

—¿Manuel Ríos? —dijo una voz de hombre al otro lado, tensa —. Soy Iván, vecino de Carla. De su hermana. Necesito hablar con usted. Tengo cosas que darle, cosas que ella me dejó. No sé a quién más acudir. En la máquina de café al lado de los aseos…

Le pedí que se explicara. Dijo que vivía en el piso de abajo, que Carla y él se llevaban bien, que ella le había dado un sobre «por si le pasaba algo». Que no sabía qué hacer con él. Que había visto las noticias.

Quedamos al día siguiente en Santa Justa. Colgué. Berta me miró.

—¿Iván? —preguntó.

—Vecino de Carla. Dice que tiene algo para nosotros.

—¿Y confías en él?

—No lo sé. Pero iremos.

Berta asintió.

—Pues entonces antes de ir a verlo, tenemos que mirar esto.

Señaló la carpeta amarilla. Las fotos de Sebastián. Las marcas. Las letras.

Y nos pusimos a trabajar.

Las fotos de Sebastián estaban en el fondo de la carpeta, debajo de los planos y las anotaciones. Doce imágenes en blanco y negro, granuladas, con la fecha impresa en el borde inferior: 15/09/1989. Treinta y siete años atrás.

Las extendí sobre la mesa. Berta se acercó, se quitó los guantes de látex y se puso las gafas de pasta.

—¿Esta es la misma cueva? —preguntó.

—No lo sé. Pero se parece.

En las fotos se veían las paredes de roca, las inscripciones tartesias, el pozo, los escalones tallados en la piedra. Todo igual que en las imágenes que Berta había hecho con su móvil hacía unos días. Todo igual, pero distinto. Más limpio. Menos erosionado.

Berta dejó las fotos del paisaje y cogió las que había hecho ella en la autopsia. Las que Montenegro le había pasado después del informe forense. Las había estado mirando de reojo toda la tarde, sin atreverse a examinarlas del todo. Ahora las puso sobre la mesa, junto a las de Sebastián.

—Tengo que enseñarte algo —anunció.

—¿El qué?

—Esto.

Señaló una imagen. Era un primer plano de la cara de mi hermana. Los ojos cerrados. La boca ligeramente abierta. La piel blanca, limpia, como si la hubieran lavado con esmero.

—Mira aquí —dijo Berta, señalando la comisura de los labios.

Me acerqué. No veía nada.

—Acércate más.

Acercarme más a la cara muerta de mi hermana me costó un esfuerzo físico, como empujar una pared. Pero lo hice.

En la comisura derecha, apenas visible, había un hilo. Negro. Fino. Como un pelo, pero más grueso. Como una fibra.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—No lo sé. El forense tampoco. No lo vio. Yo lo vi cuando amplié la foto en el ordenador de Montenegro.

—¿Se lo dijiste?

—No. Quería asegurarme primero.

Berta cambió a otra foto. Un primer plano de las manos. Las uñas limpias, cortadas, sin rastro de tierra ni de sangre. Pero en el índice derecho, algo.

Una mancha. Muy pequeña. De un color marrón oscuro, casi negro.

—¿Tierra? —pregunté.

—No. El forense hizo un raspado. No era tierra.

—¿Qué era?

—Tinta. Tinta de impresora. De esas de los cartuchos baratos. Y había más.

Pasó a otra foto. Los muslos. La piel tensa, blanca, horrorosamente limpia. Y en la cara interna del muslo derecho, a la altura de la ingle, una marca.

No era un corte. No era un moretón. Era una palabra. Grabada en la piel con algo afilado, tan delicadamente que apenas había sangrado. Tres letras.

X. J. C.

Las mismas iniciales de la agenda. Las mismas que aparecían en los pagos, en las llamadas, en el miedo de mi hermana.

—¿El forense vio esto? —pregunté, con la voz quebrada.

—No. Porque no miró allí. Porque nadie mira allí en una autopsia si no hay heridas externas. Yo miré porque amplié la foto hasta ver los poros. Y allí estaban.

—¿Por qué no se lo has dicho a Montenegro?

—Porque si Montenegro lo sabe, se acabó. Va a querer saber cómo lo he visto. Va a querer saber por qué estaba ampliando fotos que no debería tener. Y va a querer saber qué es X., qué es J. y qué es C.

—Nosotros no lo sabemos.

—Pero él va a pensar que sí.

Berta apartó las fotos. Me miró fijamente.

—Alguien marcó a tu hermana —dijo—. No con ácido en la mano, que eso era antiguo. Con esto. En la piel. Como se marca el ganado. Como se deja una firma.

—¿Una firma de qué?

—De propiedad. O de venganza. O de las dos cosas.

Me quedé mirando la foto. Las tres letras. X. J. C. Grabadas en la piel de mi hermana. En un lugar que solo alguien que la hubiera desnudado podría ver.

—¿Quién hizo esto? —pregunté en voz baja.

—Alguien que la tuvo desnuda después de muerta. Alguien que tuvo tiempo. Alguien con un pulso muy fino y un cuchillo muy afilado.

—¿El mismo que la desolló?

—El mismo. U otro que estuviera con esa persona…

Berta guardó las fotos en la carpeta. Cerró la carpeta.

—Esta noche vemos a Iván —dijo—. Le cogemos el sobre. Le preguntamos todo sobre Carla. Y mañana, si hace falta, volvemos a la cueva.

—¿A hacer qué?

—A buscar lo que Sebastián encontró. Porque estoy convencida de que lo que él encontró tiene que ver con esas letras. Y con la muerte de tu hermana.

Me quedé callado. Miré las fotos otra vez. La cara de mi hermana. El hilo negro en la comisura de los labios. La mancha de tinta en el dedo. Las letras en el muslo.

Alguien la había marcado. Alguien había dejado su firma. Alguien que sabía que algún día alguien encontraría el cuerpo y vería esas letras.

Alguien que quería que las viéramos.

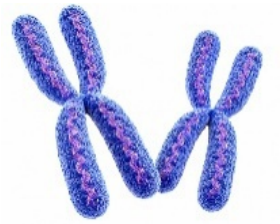
Berta se levantó y fue a la cocina. Tito la siguió. Yo me quedé en el salón, con las fotos en la mano y una sola idea en la cabeza.

X. J. C.

Tres letras. Podían ser de tres personas. Una de ellas, la que había grabado las otras dos en la piel de mi hermana.

O la que había querido que pareciera que eran tres.

CAPÍTULO 18



Santa Justa

La estación de Santa Justa a las nueve de la noche era un purgatorio de luz fluorescente y mármol pulido. Viajeros con prisas, maletas de cabina, niños llorando, el olor a naranja química del ambientador automático. Berta aparcó el Clio en doble fila, echó dos monedas al parquímetro sin mirar y caminó hacia el vestíbulo con paso de soldado. Yo la seguía con la mochila vacía y las manos en los bolsillos.

Iván nos esperaba junto a la máquina de café, cerca de los aseos. Era un chico delgado, de unos treinta años, con gafas de pasta y una cazadora vaquera demasiado gruesa para agosto. Llevaba una mochila pequeña cruzada sobre el pecho y las manos metidas en los bolsillos. No miraba a nadie. Cuando nos vio, se quedó quieto un momento, como si estuviera evaluando si salir corriendo.

—¿Iván? —dijo Berta.

—Sí.

—Yo soy Berta. Él es Manuel, el hermano de Carla.

Iván me miró. Sus ojos eran claros, de un azul pálido, y estaban enrojecidos. Llevaba días sin dormir.

—Gracias por venir —dijo, con voz baja.

—Enséñanos el sobre —ordenó Berta.

Iván miró a su alrededor. Sacó la mano derecha del bolsillo. Llevaba un sobre de papel marrón, doblado por la mitad, sin remite. Me lo tendió.

—Es para ti. O para los dos, no os conozco. Lo encontré debajo de la puerta de mi apartamento. En Barcelona. Al día siguiente de que alguien entrara en el piso de Carla.

Berta cogió el sobre con los guantes de látex que ya se había puesto. Lo abrió. Dentro había una foto. Una foto de Carla. La misma que teníamos nosotras en la bolsa de evidencias. La misma de la cabina. Ella y yo, adolescentes, serios, mirando a la cámara.

—Esta foto la tenía Carla —dijo Berta.

—Lo sé —confirmó Iván—. La tenía en la mesilla. Yo la vi una vez que fui a su casa.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un mes. Fui a devolverle un libro.

—¿Un libro?

—Sí. De esos de ocultismo. Ella estaba metida en esas cosas. Piedras, conjuros, símbolos antiguos. Al principio pensé que era una moda, pero luego se lo tomó en serio. Muy en serio.

Berta y yo nos miramos. Piedras. Símbolos antiguos.

—¿Qué tipo de símbolos? —pregunté.

—No lo sé. No entiendo de eso. Ella me hablaba de una civilización perdida, de un rey que había vivido cien años, de una lengua que solo unos pocos sabían leer. Me enseñaba fotos de piedras con rayas. Me parecía todo una locura.

Una civilización perdida. Un rey que había vivido cien años. Una lengua que solo unos pocos sabían leer. Me quedé mirando a Iván, pero no veía a Iván. Veía a Carla en su piso de Barcelona, sola,

rodeada de libros de esoterismo, buscando algo que yo también estaba buscando sin saberlo.

—¿Por qué se interesó por eso? —preguntó Berta.

—No lo sé —dijo Iván—. Pero un día, hace como seis meses, cambió. Se volvió más callada. Más paranoica. Decía que alguien la seguía, que alguien la vigilaba, que había conocido a una persona que le había contado cosas que no debería saber.

—¿Qué persona? —pregunté.

—No quiso decirme. Solo decía que era alguien importante. Alguien que sabía cosas de verdad. Que no era como los farsantes de Internet. Que había estado en sitios donde nadie había estado. Que había visto cosas que nadie había visto.

El corazón me latía con fuerza. Demasiado fuerte.

—¿Y esa persona le dio algo? —preguntó Berta.

—Una piedra —dijo Iván—. Una piedra negra, pequeña, lisa. Como de río. Carla la guardaba en la mesilla. La tocaba antes de dormir. Decía que era un amuleto.

La piedra negra. La que encontramos en la caja con forma de libro. La que ahora estaba en una bolsa de plástico sobre la mesa de mi comedor.

—¿Quién se la dio? —pregunté.

—No lo sé. No quiso decirme. Solo dijo que era un regalo de alguien que entendía lo que ella buscaba. Y que ese alguien la había puesto en contacto con otras personas.

—¿Otras personas? —preguntó Berta.

—Los de las iniciales —dijo Iván—. Ella los llamaba así. «Los de las iniciales». No me dijo nunca los nombres. Pero sí me dijo que había una X. Una X mayúscula. Que era el principal. Que era el que sabía más. Y que él la estaba ayudando a encontrar algo.

—¿Encontrar qué?

—Un espejo —dijo Iván—. Un espejo que lo cambiaba todo. No sé. Sonaba a locura.

Berta se quedó callada. Yo también.

—¿Y el mechón de pelo rubio? —pregunté al fin.

Iván me miró. Por un momento, no entendió. Luego asintió.

—Era de ella —dijo—. Se lo cortó ella misma. Me enseñó la foto una vez. Decía que si alguna vez le pasaba algo, que alguien encontrara ese mechón, que sabría que ella había estado allí. Que era su marca. Su ADN.

—¿Marca para qué?

—Para que alguien supiera que no solo era una víctima —dijo Iván—. Que era una buscadora. Que ella había elegido estar donde estaba.

El nudo en la garganta volvió. Más apretado que nunca.

—¿Y lo sabía? —pregunté—. ¿Sabía lo que le iba a pasar?

Iván me miró a los ojos. Por primera vez desde que estábamos allí, no apartó la mirada.

—Creo que sí —dijo—. Creo que dio igual. Por eso dejó esa nota. La que tú tienes. La que dice que no es oro, que no es muerte, que es la espera.

—¿Tú sabías de esa nota? —preguntó Berta.

—No sabía lo que ponía. Pero sabía que existía. Me la enseñó una noche, borracha. Dijo que era la clave de todo. Que si alguien la encontraba, entendería por qué se había ido.

—¿Por qué se fue? —pregunté.

Iván suspiró. Se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—Porque quería saber la verdad —dijo—. La verdad de por qué algunas personas viven cien años y otras se mueren antes de tiempo. La verdad de las piedras. La verdad de los símbolos. La verdad de ese espejo. Y creía que solo había un hombre que podía enseñársela.

—¿Quién? —pregunté.

—No lo sé. Pero antes de que ella dejara de contestar al teléfono, la última vez que hablé con ella, me dijo que iba a quedar con él. Que iba a ir a un sitio donde nunca había ido. Que si no volvía, que no la buscara. Que no me metiera en sus cosas.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Berta.

—Nada —dijo Iván—. Hice lo que me pidió. No la busqué. Y ahora está muerta.

El silencio se hizo denso. Los viajeros pasaban a nuestro lado sin mirarnos. El ambientador de naranja seguía expulsando su olor químico.

—El sobre —dijo Berta—. ¿Algo más?

—No —respondió Iván—. Solo la foto. Y al dorso, eso que ya sabes: «No eras tú. Era ella. Y ya está muerta. Ahora cállate».

Berta guardó el sobre en la mochila. Miró a Iván.

—¿Sabes algo de ese espejo? ¿Algo que ella te dijera? ¿Un lugar, un nombre, una fecha?

—Solo una cosa —dijo Iván—. Dijo que no estaba en Barcelona. Dijo que estaba en el sur. Dijo que tenía que ver con un río. Un río que se había tragado una ciudad entera.

Río. Ciudad tragada. Tartessos. El río Guadalquivir. La leyenda de la ciudad hundida.

—No es suficiente —dijo Berta.

—Es todo lo que sé —respondió Iván.

Se quedó callado un momento. Luego metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una llave. Pequeña, de bronce, oxidada. La misma que nosotras habíamos encontrado en el congelador.

—Esto también lo encontré —dijo—. Debajo de la puerta. Junto al sobre. No sé para qué sirve. Pero ella tenía una igual. La vi una vez. Dijo que era la llave de algo que le habían dado. Algo importante. Que no la perdiera.

Berta cogió la llave. La comparó con la foto que tenía en el móvil. Era idéntica.

—Hay dos llaves —dijo—. Una la tenía Carla en el congelador. Otra te la han dejado a ti.

—¿Por qué me la dejarían? —preguntó Iván.

—Porque quieren que las tengamos —dije yo—. Porque quieren que sepamos que hay dos. Porque quieren que vayamos a abrir algo que necesita dos llaves.

Iván nos miró. Asustado.

—Yo no quiero saber nada más —dijo—. Ya he dicho todo. No quiero esa llave. No quiero el sobre. No quiero nada que tenga que ver con Carla. Ella ya está muerta. Yo quiero vivir. No hacen más que decirlo por redes sociales, por la tele, por la prensa…

Dio media vuelta se tropezó conmigo y me metió algo en el bolsillo del pantalón… Se perdió entre los viajeros. Berta no se dio cuenta y no lo siguió. Yo tampoco. No iba a decir nada a Berta… No quería saber nada…

Nos quedamos en el vestíbulo de Santa Justa, con la llave en la mano, la foto en la mochila y un montón de preguntas sin respuesta.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Ahora —dijo Berta—, nos vamos a tu casa. Cogemos las dos llaves. Las comparamos. Las estudiamos. Y luego buscamos qué abren.

—¿Y si no encontramos nada?

—Por supuesto que sí.

Salimos de la estación. El calor de la noche nos golpeó como una bofetada. El Clio seguía allí.

—Por suerte está, porque no he cerrado las puertas —dijo Berta.

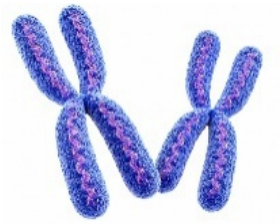
—No es suerte —respondí—. Es que el universo quiere que sigamos.

Berta me miró. Arrancó el motor.

—O que alguien quiere que sigamos —dijo.

Y tenía razón.

CAPÍTULO 19



El fin de semana

El sábado por la mañana, después de dormir apenas cuatro horas, volvimos al museo. Javier nos esperaba en su despacho con la misma carpeta amarilla, las mismas manos temblorosas y la misma tos que parecía venir de algún lugar muy profundo de sus pulmones.

Extendimos sobre la mesa las fotos de Sebastián, los planos, las anotaciones. Berta no mencionó las fotos de la autopsia. Yo no mencioné a Iván ni la segunda llave. Solo mostramos lo que Javier quería ver: que estábamos trabajando, que seguíamos sus instrucciones, que éramos de fiar.

—Aquí —dijo Javier, señalando un punto en uno de los planos —. Sebastián creía que la entrada a la cámara principal no era por el pozo, sino por este lateral. Hay una pared que no encaja con el resto. La piedra es distinta. Como si alguien la hubiera reconstruido después.

—¿Una pared falsa? —preguntó Berta.

—Eso creía Sebastián. Pero no pudo comprobarlo. Murió antes.

—No murió —dije yo—. Desapareció.

Javier me miró un momento. Luego apartó la mirada.

—Desapareció, murió, da igual. El caso es que no está.

—¿Y qué hay detrás de esa pared? —preguntó Berta.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Pero si Sebastián tenía razón, detrás de esa pared está lo que él llamaba el «espejo». No sé si es un objeto o una inscripción o un código. Pero él creía que era la clave de todo.

—¿La clave para qué?

Javier tosió otra vez. Se llevó el pañuelo a la boca. Esta vez vi sangre. Una mancha pequeña, roja, en el centro del pañuelo blanco. La escondió rápido, pero no lo suficiente.

—La clave para entender por qué Argantonio vivió cien años —dijo—. La clave que los fenicios escondieron. La clave que Sebastián estuvo buscando durante treinta años.

El silencio se hizo denso. Berta cogió el plano y lo dobló.

—Necesitamos más —dijo—. No podemos ir a la cueva solo con esto.

—Es todo lo que tengo —se defendió Javier.

—Pues no es suficiente.

Javier nos miró. Primero a Berta. Luego a mí.

—Tengo una cosa más —dijo—. Pero no está aquí. Está en un lugar seguro. Si queréis que os la enseñe, tendréis que venir conmigo esta noche.

—¿Adónde? —pregunté.

—A mi casa. Es donde guardo lo que no quiero que nadie encuentre.

Berta y yo nos miramos. Aceptamos.

❁❁❁

La casa de Javier estaba en el centro, en una calle estrecha con naranjos y fachadas de azulejos. Era un primero sin ascensor. Las escaleras olían a viejo, a cera, a algo que no sabía identificar. Javier

subió despacio, apoyándose en la barandilla, parándose a cada rellano para recuperar el aliento.

Cuando por fin llegamos a su puerta, tardó un rato en abrir. Las llaves se le caían de las manos temblorosas. Berta no ofreció ayuda. Yo tampoco. Era su orgullo, supongo. O su forma de demostrar que aún podía solo.

El piso era pequeño, oscuro, lleno de libros. Estanterías hasta el techo. Papeles por todas partes. En el centro del salón, una mesa de despacho de roble macizo, cubierta de carpetas y cuadernos. Y en la pared, colgado sobre la mesa, un cuadro. No era un cuadro. Era un mapa. Un mapa antiguo de la Península Ibérica, con anotaciones a mano, fechas, flechas, círculos rojos.

—Esto es lo que he estado haciendo los últimos treinta años —dijo Javier, dejándose caer en una silla—. Buscar.

—¿Buscar qué? —preguntó Berta.

—La tumba de Argantonio. No la cueva donde encontrasteis los cadáveres. La de verdad. La que escondieron los fenicios para que nadie la encontrara. —Berta le dio un codazo a Manu. Javier ya se había enterado por las noticias. Estaban en boca de todos. Manu no dijo nada.

—¿Y esa pared falsa de la cueva?

—Esa pared falsa es la puerta. Pero no es la entrada. Es la señal. La entrada está en otro sitio. Y yo sé dónde.

—¿Dónde? —pregunté.

—En el Aljarafe. En una mina de plata abandonada que los fenicios taparon hace tres mil años. El problema es que no puedo ir solo.

—¿Y quieres que vayamos nosotros?

—Quiero que vayamos los tres. Vosotros con vuestros jóvenes ojos y vuestras piernas. Yo por lo que sé. Juntos llegaremos antes que nadie. Será mi último gran trabajo antes de… —No terminó la frase, aunque por el aspecto vital sabíamos a lo que se refería.

—¿Antes que qué? —preguntó Berta.

Javier no respondió. Solo nos miró con esos ojos hundidos, negros, que parecían ver algo que nosotros no podíamos ver.

❁❁❁

Pasamos el resto del sábado y el domingo en casa de Javier. Revisamos mapas, cotejamos coordenadas, leímos sus cuadernos. Él nos enseñó todo lo que sabía. O casi todo. Berta se quedaba callada en los momentos clave, anotando en su libreta negra, haciendo fotos con el móvil cuando Javier no miraba. Yo hacía preguntas que él respondía con una paciencia que me resultaba sospechosa. Demasiado paciente. Demasiado dispuesto a compartir.

El domingo por la noche, cuando salimos de su casa, Berta encendió un cigarrillo en la calle.

—Ese hombre sabe más de lo que dice —dijo.

—Ya lo sé.

—Y no confía en nosotros del todo.

—Tampoco nosotros en él.

—Pero vamos a ir con él a esa mina.

—Vamos.

Berta tiró la colilla y la aplastó con la sandalia.

—Pues que sea lo que Dios quiera —dijo.

❁❁❁

El lunes por la mañana, Berta se levantó antes que yo. Se puso el uniforme que le habían dado en Huelva. Azul. Planchado. Con la placa colgando del cuello. La miré desde la cama y pensé que nunca la había visto tan seria.

—¿Nerviosa? —pregunté.

—No. Es solo ropa.

—No es solo la ropa.

Me besó en la boca. Rápido. Como quien no quería hacerlo pero no podía evitarlo. Quería perderme en su cuerpo. Para olvidarme de todo. Pero no era el momento…

—Cuida de Tito —dijo.

—Y tú…

Salió. Oí el Clio arrancar y alejarse.

Me quedé solo con el gato y las pruebas de Barcelona esparcidas sobre la mesa del comedor. La piedra negra. El mechón rubio. La nota. La agenda. La llave. Las fotos de la autopsia que Berta había ampliado y que yo no podía dejar de mirar.

Llamé a Javier. Quedamos en vernos por la tarde para seguir con los planos. Me preparé un café. Le di de comer a Tito. Me duché. Me vestí.

A las once sonó el timbre.

No era Berta. No era Javier. Eran dos policías locales de Sevilla y un agente de la científica. El mayor, el mismo que había estado en el interrogatorio con Montenegro, me enseñó una orden judicial.

—Manuel Ríos —dijo—. Tenemos autorización para registrar su domicilio en relación con el asesinato de Carla Ríos.

—No he hecho nada.

—Firme aquí.

Firmé. Me quedé en el pasillo mientras ellos registraban. Abrían cajones. Revisaban armarios. Vaciaban bolsillos. Tito se escondió debajo de la cama.

A los veinte minutos, el agente de la científica salió del dormitorio con una bolsa de plástico transparente. Dentro había algo. Un cuchillo con una hoja curva de unos diez centímetros, el filo en la parte interior. Un cuchillo de desuello.

—¿Esto es suyo? —preguntó el policía mayor.

—No. Nunca lo he visto.

—Apareció en el fondo de su armario. Detrás de unas cajas.

Me quedé mirando la bolsa. El cuchillo. Mi armario.

No era mío. Nunca lo había visto. Pero estaba allí. Y alguien lo había puesto.

—No es mío —repetí.

El policía mayor me miró. Con esa misma mirada que Montenegro me había dedicado en el interrogatorio. La de alguien que ya ha decidido lo que piensa.

—Va a tener que acompañarnos a dependencias policiales —dijo—. De nuevo.

No me esposaron. No dijeron que estaba detenido. Pero lo estaba.

Toqué el marco de la puerta. Madera. Una vez.

—¿Puedo llamar a mi abogado?

—Cuando lleguemos a comisaría.

Cerraron la puerta. Me llevaron.

Tito se quedó dentro, mirándome desde la ventana.

Supe que Berta aún no sabía nada. Supe que Javier tampoco. Supe que alguien había estado en mi casa mientras estábamos ausentes. Alguien que tenía llaves. Alguien que sabía dónde vivía. Alguien que quería que me incriminaran.

Pensé en las llaves de Carla. En las dos llaves oxidadas. En la pared falsa. En el cuchillo de cazador que usaron para desollar a mi hermana.

Pensé que ese cuchillo no era el que habían usado. Pero desde luego tenía el mismo aspecto letal.

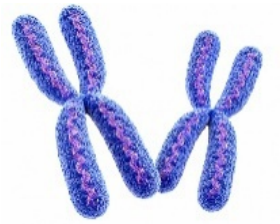
En el coche patrulla, con las manos apoyadas sobre las rodillas, toqué la tela de mis pantalones.

Una vez. Dos veces.

El policía mayor no dijo nada. Solo me miró por el espejo retrovisor. Como si supiera algo que yo no.

O como si creyera saberlo.

CAPÍTULO 20



Basilisco

Berta estaba en el despacho de Montenegro cuando sonó el teléfono. Era la comisaría de Sevilla. Le dieron la noticia con la misma voz plana y monocorde con la que se daban los partes meteorológicos: «Manuel Ríos ha sido detenido. Han encontrado un cuchillo de caza en su domicilio. Orden judicial. Todo en regla».

No esperó a que terminaran. Colgó y se plantó delante de Montenegro con las manos abiertas sobre la mesa.

—¿Sabías esto?

Montenegro levantó la vista de su ordenador. No se inmutó.

—Buenos días, Berta. ¿Qué tal el primer día?

—Que si sabías esto, cojones.

—Siéntate.

—No me voy a sentar. ¿Sabías que iban a registrar su casa?

—Lo sabía.

—¿Y no me lo has dicho?

—No era tu competencia. Estás en Huelva. El caso es de Sevilla puesto que han encontrado el cuchillo…

—¡Joder, Montenegro! ¿De qué coño va todo esto?

Montenegro se recostó en la silla. La cruzó. La miró con esa paciencia suya que a Berta le hervía la sangre.

—Siéntate —repitió.

Berta se sentó. Pero no se relajó. Entrelazó las manos sobre el estómago. La miró con esa paciencia suya que a Berta le hervía la sangre.

—Cuéntame —dijo, con la voz más controlada.

—Esta mañana, con una orden judicial, la policía de Sevilla ha registrado el domicilio de Manuel Ríos. En el fondo de su armario, detrás de unas cajas, han encontrado un cuchillo de caza. Hoja curva, diez centímetros, filo interior. Un cuchillo de desuello.

—Eso no es suyo.

—Eso ya lo veremos.

—Te digo que no es suyo. Yo he estado viviendo allí. He dormido en esa casa. He abierto ese armario. No había ningún cuchillo.

Montenegro levantó una ceja.

—¿Has estado viviendo allí? ¿Desde cuándo?

—Desde que empezó la investigación. Me instalé en su casa para protegerlo. Para ayudarlo. Para que no hiciera ninguna tontería.

—¿Y eso lo sabía yo?

—Ahora sí.

Montenegro anotó algo en su libreta. Berta apretó los dientes.

—No estoy de broma, Montenegro. He visto cada rincón de esa casa. He abierto todos los cajones. He revisado todos los armarios. No había ningún cuchillo. Alguien lo puso después.

—¿Después de cuándo?

—Después de que yo me fuera. Ha podido salir esta mañana. He venido a Huelva a incorporarme. Manu se pasea pronto. Entre

que yo me he ido y han entrado ellos, alguien ha tenido tiempo de sobra para plantar esa mierda.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero cuando lo sepa, lo vas a saber tú también.

Montenegro cerró la libreta. La dejó sobre la mesa.

—Berta, voy a hacerte una pregunta y quiero que me respondas con sinceridad. ¿Tú y Manuel Ríos estáis investigando por vuestra cuenta al margen de la policía?

El silencio se alargó.

—No —dijo Berta.

—¿Estás segura?

—He dicho que no.

—Porque si me entero de que me has mentido, no voy a poder protegerte. Acabas de reincorporarte. Un segundo expediente y te quedas en la calle para siempre.

—Lo sé.

—Pues entonces, dime: ¿cómo es que sabías lo del cuchillo de desuello antes de que yo te lo enseñara? Porque en tu puta vida has visto ese cuchillo hasta ahora.

Berta se quedó callada. Montenegro la miró fijamente.

—En la autopsia —dijo Berta al fin—. El forense dijo que las marcas en la piel de Carla Ríos eran compatibles con un cuchillo de desuello. Hoja curva, diez centímetros, filo interior. Eso lo sabe cualquiera que estuviera en la sala. Y yo estaba.

—¿Y eso te da derecho a entrar en su casa y revisar sus armarios?

—No he entrado en su casa para buscar un cuchillo. He entrado en su casa porque vivía con él.

—¿Vivías y follabas con él o investigabas con él?

—Las dos cosas. —No pudo evitarlo y eso que solo se habían magreado un poquito.

Montenegro cogió la libreta otra vez. Anotó algo más.

—Vale —dijo—. Vamos a dejarlo ahí. Por ahora. Pero esto no se acaba aquí.

—No, no se acaba. Porque el cuchillo ese no es suyo. Y lo voy a demostrar.

—¿Cómo?

—Pidiendo un informe de compatibilidad. Que comparen las marcas del cadáver con ese cuchillo. Que no solo miren si son compatibles, sino si son únicas. Porque un cuchillo deja unas marcas. Otro cuchillo deja otras. Hidalgo debería haberlo hecho ya.

—Hidalgo está haciendo su trabajo.

—Pues lo hace mal. Porque si hubiera mirado bien, habría visto las letras en el muslo de Carla Ríos. X. J. C. Tres letras grabadas en la piel después de muerta. ¿Viste esas letras? No, porque no miraste. Porque el forense no te las enseñó. Porque ni siquiera las encontró.

Montenegro la miró sin parpadear.

—¿Qué letras?

—Las que te he dicho. X. J. C. En el muslo derecho. Cara interna. Grabadas con un cuchillo muy afilado y un pulso muy firme. Alguien marcó a esa mujer después de muerta. Alguien que quería dejar su firma. Alguien que sabía que el cuerpo iba a ser encontrado. Alguien que quería que viéramos esas letras.

—¿Cómo es que tú las viste y el forense no?

—Porque amplié las fotos. Porque me pasé horas mirando cada puto centímetro del cuerpo desollado de esa mujer. Porque Hidalgo no miró. Porque Hidalgo se limitó a hacer su trabajo de mierda y se fue a casa a cenar.

Montenegro se levantó. Fue a la ventana. Se quedó mirando la calle un momento.

—Berta —dijo sin volverse—. ¿Tú tienes esas fotos?

—Las tengo.

—¿Las has sacado de la comisaría?

—Las saqué.

—¿Sin permiso?

—Sin permiso.

Se volvió. La miró.

—Me estás diciendo que has sustraído material confidencial de un caso de homicidio. Que lo has usado para investigar por tu cuenta. Que has estado viviendo con el principal sospechoso. Y que ahora vienes aquí, a mi despacho, a pedirme que te ayude a sacarlo de la cárcel, por lo que intuyo.

—Eso es.

Montenegro se quedó callado un momento. Luego se sentó otra vez. Abrió el cajón. Sacó la bolsa de plástico con el cuchillo. La dejó sobre la mesa.

—Mira esto —dijo.

Berta miró la bolsa. El cuchillo. La hoja curva. El mango de madera oscura. Las pequeñas manchas oscuras en el metal.

—Eso no es suyo —repitió.

—Pues apareció en su casa. En su armario. Detrás de unas cajas. Y ahora él está detenido.

—¿Y las huellas? ¿Han sacado huellas?

—Se han sacado.

—¿Y qué han sacado?

—Aún no lo sabemos. Las están analizando.

—Pues cuando las tengan, verás que no son suyas. Porque él no ha tocado ese cuchillo en su puta vida.

Montenegro cogió la bolsa y la metió otra vez en el cajón.

—Berta —dijo—. Voy a hacerte un favor. Porque te conozco de antes. Porque sé que eres buena policía cuando no te la juegas. Voy a pedir que agilicen el análisis de huellas. Voy a pedir que comparen las marcas del cadáver con ese cuchillo. Y si todo sale negativo, Manu Ríos quedará en libertad.

—¿Y si no sale negativo?

—Entonces será que el cuchillo es suyo. O que alguien lo usó antes de plantarlo. Y tendremos que seguir investigando.

Berta se levantó.

—Voy a Sevilla —dijo.

—No puedes.

—Puedo. Tengo dos días de permiso por incorporación. No los he gastado. Los gasto hoy.

—Berta… Ya los has usado.

—No me jodas, Montenegro. Por favor. Por esta vez. Déjame ir.

Montenegro la miró. Luego asintió.

—Ve —dijo—. Pero si te metes en un lío, no voy a poder sacarte.

—Ya lo sé.

Berta salió del despacho sin mirar atrás. En el pasillo, se cruzó con dos compañeros que la saludaron. Ella no respondió. Bajó las escaleras de dos en dos. Llegó al Clio. Arrancó el motor. Metió una marcha.

Antes de salir del aparcamiento, sacó el móvil y llamó a un abogado. Un hombre mayor, cascarrabias, que le había ganado juicios a la administración cuando ella aún era policía.

—Soy Berta —dijo—. Necesito que vayas a Sevilla. A la comisaría. Tengo un amigo detenido. Injustamente. Y quiero que lo saques.

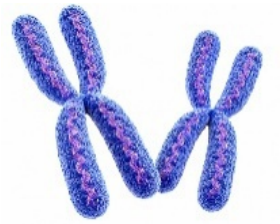
Colgó. Apretó el volante. Puso una mano sobre el salpicadero.

No tocó madera. No había madera en el Clio.

—Aguanta, Manu —dijo en voz alta—. Que ya voy.

Y salió hacia Sevilla.

CAPÍTULO 21



El lince

La comisaría de Sevilla a mediodía era un hervidero: policías entrando y saliendo, móviles sonando, el tintineo constante de las esposas colgando de los cinturones. Berta aparcó el Clio en doble fila, como siempre, y entró por la puerta principal con las botas pisando fuerte.

—Busco a Manuel Ríos —dijo al policía de recepción—. Soy la agente Berta López. Estoy en el caso.

El policía la miró un momento, luego consultó el ordenador.

—Está en los calabozos. A la espera de declaración.

—¿Quién lo va a interrogar?

—El inspector jefe. Dentro de una hora.

—Pues va a ser dentro de dos. Su abogado está de camino.

—No consta que tenga abogado. Será de oficio.

—Pues ya consta.

Berta se apoyó en la pared del pasillo y sacó el móvil. Llamó a Agustín.

—¿Dónde estás?

—A dos calles. Buscando aparcamiento en esta mierda de ciudad.

—Pues date prisa. Quieren interrogarle dentro de una hora.

—Ni de coña. Llego en cinco minutos. Y no dejes que le saquen del calabozo hasta que yo esté allí.

—No lo haré.

Colgó.

La hora se hizo larga. Berta se plantó delante de la puerta de los calabozos, con los brazos cruzados, mirando a los policías que entraban y salían como si el pasillo fuera suyo. Algunos la saludaron por su nombre. Ella no respondió. Solo miró el reloj una y otra vez.

A los veinte minutos apareció Agustín. No era un hombre alto, ni imponente. Llevaba una chaqueta de tweed verde, de esas que habían pasado de moda hacía veinte años, y unas gafas de pasta que le daban un aire de profesor jubilado. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos, pero cuando llegó a la altura de Berta, la mirada que le echó al policía de guardia fue de acero.

—Agustín Ortega —dijo, enseñando su carnet de abogado—. Vengo a ver a mi cliente, Manuel Ríos.

El policía de guardia lo miró. Luego miró a Berta. Luego a Agustín otra vez.

—No estaba designado ningún abogado.

—Pues ahora lo está. Y quiero verlo ahora. En privado. Antes de cualquier declaración.

El policía dudó un momento. Luego abrió la puerta de los calabozos y los dejó pasar.

❁❁❁

El calabozo era pequeño, gris, con una litera de cemento y un retrete sin tapa. Estaba sentado en el borde de la litera, con las manos apoyadas sobre las rodillas, mirando al suelo. No había tocado madera. No había madera. Mis dedos se movieron hacia el

muslo, hacia el cinturón, pero se detuvieron a medio camino. Ni siquiera eso me servía ya.

—Manu —dijo Berta.

Levanté la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos porque me escocían pero no había llorado. O sí, pero hacía rato.

—Berta.

—Este es Agustín. Tu abogado. No vas a declarar hasta que él lo diga.

Agustín se sentó a mi lado en la litera. No llevaba maletín. Solo una libreta pequeña y un bolígrafo.

—Cuéntame —dijo—. Sin prisas. Todo.

Le conté todo. Lo del registro. El cuchillo en el fondo del armario. La orden judicial. Los policías que no me creyeron. Berta escuchaba en silencio, con los brazos cruzados, mordiéndose el interior de la mejilla. Lo sabía

Cuando terminé, Agustín se quedó callado un momento. Luego dijo:

—La orden. ¿La viste?

—Me la enseñaron. La firmé.

—¿Qué ponía? ¿Dirección completa? ¿Piso? ¿Letra?

—Ponía mi dirección. La del portal. No ponía el piso.

Agustín sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi invisible, pero Berta la reconoció al instante. Era la sonrisa del lince.

—Eso es nulo —dijo—. Una orden de registro que no especifica el piso es una orden de registro para todo el edificio. Y eso no se puede hacer. Ni en España ni en la puta Europa.

—¿Seguro? —preguntó Berta.

—Seguro. El artículo 18.2 de la Constitución dice que el domicilio es inviolable. El Tribunal Constitucional ha repetido hasta la saciedad que la orden tiene que especificar el lugar concreto. Si no lo hace, es desproporcionada. Y si es desproporcionada, es nula. Y si es nula, todo lo que encontraron dentro —el cuchillo, las pruebas, todo— es fruto del árbol envenenado.

—¿Fruto del qué? —pregunté

—Que si la orden es nula, las pruebas no valen. Y si las pruebas no valen, no tienen nada contra ti.

Agustín se levantó. Se ajustó las gafas.

—Ahora voy a hablar con el inspector jefe. Ustedes dos esperen aquí. Y Manu, por favor, no digas nada hasta que yo vuelva. Ni «buenos días». ¿Entendido?

—Entendido.

Agustín salió del calabozo. Berta se quedó conmigo, apoyada en la pared de cemento.

—Ese tío es bueno —dijo—. De los de antes.

—¿De verdad puede sacarme?

—Si la orden es nula, sí. Y si no, tendremos que pelear. Pero lo intentará.

Apoyé cabeza en la pared. Cerré los ojos.

—He pensado en Carla —dije en voz baja—. En las letras de su muslo. En el cuchillo. En todo.

—No pienses ahora.

—No puedo dejar de pensar.

—Pues respira. Porque esto no ha hecho más que empezar.

❁❁❁

En el despacho del inspector jefe, Agustín no pidió permiso para sentarse. Directamente lo hizo.

—Soy el abogado de Manuel Ríos —dijo—. Quiero ver el auto de registro.

El inspector jefe, un hombre de sesenta años con cara de pocos amigos, lo miró por encima de las gafas.

—No tiene derecho a verlo hasta que se abra el procedimiento judicial.

—Tengo derecho a que mi cliente no declare hasta que yo haya visto las pruebas. Y eso incluye el auto. Así que, o me lo enseña, o nos vamos a juicio ahora mismo con una denuncia por vulneración de derechos fundamentales.

El inspector apretó la mandíbula. Luego abrió un cajón, sacó una carpeta y la deslizó sobre la mesa.

Agustín la leyó en silencio. Pasó las páginas una por una. Cuando terminó, cerró la carpeta y la devolvió.

—Esto es nulo —dijo.

—¿Perdón?

—He dicho que esto es nulo. La orden no especifica el piso. Solo pone el número del portal. Eso no es un domicilio. Es un edificio entero.

—El domicilio del sospechoso era ese.

—El domicilio del sospechoso es un piso dentro de ese edificio. Pero la orden no lo dice. Así que los agentes han entrado en un edificio sin saber qué piso tenían que registrar. Han ido a tientas. Y eso no es legal.

El inspector jefe se quedó callado un momento.

—El juez que la firmó la consideró válida —dijo.

—El juez que la firmó se equivocó. Y usted lo sabe. Porque el Tribunal Supremo ha dicho más de una vez que la orden tiene que especificar el lugar concreto. Y si no lo hace, la diligencia es desproporcionada y, por tanto, nula.

—¿Y usted cree que un juez va a anular esta orden?

—No lo creo. Lo sé. Porque he ganado tres casos iguales en el último año. Y si hace falta, le enseñaré las sentencias.

El inspector jefe lo miró fijamente. Agustín no apartó la mirada.

—Voy a hablar con el juez —dijo el inspector al fin.

—Hágalo. Mientras tanto, mi cliente no declara. Y no se le toma declaración hasta que esto se resuelva. Porque si declara sin que yo haya podido ver todas las pruebas, me veré obligado a recurrir también por indefensión.

El inspector cogió el teléfono. Marcó un número. Agustín se quedó allí, sentado, con las manos sobre la mesa, esperando.

❁❁❁

Una hora después, la orden fue anulada provisionalmente. El juez, a regañadientes, admitió que la falta de especificación del piso podía ser un vicio de forma. Ordenó la libertad de Manuel Ríos mientras se resolvía el recurso.

Agustín salió del despacho del inspector con la cabeza alta. Bajó a los calabozos. Abrió la puerta.

—Vámonos —dijo.

Levanté la cabeza. No me lo creía.

—¿En serio?

—En serio. Pero no cantéis victoria. Esto es provisional. Si el juez decide que la orden era válida, volverán a por ti.

—¿Y cuándo decide eso?

—En unos días. O unas semanas. Mientras tanto, tú a te vas casa, no sales de Sevilla, y no le das a la policía ninguna excusa para volver a detenerte.

Me levanté. Las piernas me temblaban. Berta me cogió del brazo.

—Vamos —dijo.

Salimos del calabozo. Salimos de la comisaría. El sol de Sevilla nos dio en la cara como un latigazo.

—¿Dónde está el coche? —preguntó Manu.

—En doble fila. Como siempre.

Berta me llevó hasta el Clio. Me senté en el asiento del copiloto. Cerró la puerta. Antes de subir ella, se volvió hacia Agustín.

—Gracias —dijo.

—No me des las gracias. Esto no se acaba aquí. La orden puede ser nula, pero el cuchillo sigue apareciendo en su casa. Y alguien lo puso ahí. Eso es lo que tienes que averiguar.

—Lo sé.

—Y Berta…

—¿Qué?

—Ten cuidado. Esto huele a trampa. Y las trampas se pagan caras.

Agustín se alejó caminando despacio, con las manos en los bolsillos, como si acabara de salir de dar un paseo.

Berta subió al coche. Arrancó el motor.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No —respondí.

—Ya te lo dije. Esto no es fácil.

—No me refiero a eso. Me refiero al cuchillo. Alguien entró en mi casa. Alguien que tiene llaves. Alguien que sabe dónde vivo. Alguien que quiere que me incriminen. Y yo estuve toda la mañana. Puede ser que cuando no estábamos, entraran en casa.

—Eso ya lo sé.

—Pues yo no sé quién es. Y eso me aterra más que estar en el calabozo.

Berta puso una mano sobre la mía. No dijo nada. Solo arrancó y salió hacia casa.

En el portal, Tito nos esperaba en el felpudo que le tenía puesto dentro de la puerta, maullando como si llevara días sin comer. La comida estaba intacta. El agua también. Solo había echado de menos que le rascaran la cabeza.

Berta se agachó y lo hizo.

—Ya estamos aquí, bicho —dijo.

Tito maulló otra vez. Esta vez más suave.

Entré en el salón. Miré la mesa. Las bolsas de evidencias seguían donde las había dejado. Las fotos de la autopsia. La libreta del diario. La agenda de Carla. El mechón de pelo rubio. La piedra negra. La nota.

«No es oro. No es muerte. Es la espera».

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté

—Ahora —dijo Berta—, comeremos algo. Dormiremos unas horas. Y mañana vamos a ver a Javier. Porque si alguien sabe quién ha podido poner ese cuchillo en tu casa, ese es él.

—¿Crees que Javier está detrás de esto?

—No lo sé. Pero está en medio. Y hasta que no sepamos cómo, no vamos a parar.

Asentí. Me senté en el sofá. Tito saltó a mi lado.

—Menos mal que no te llevaron —dije rascándole la cabeza.

Tito ronroneó. Berta se sentó a su lado.

—¿Has tocado madera? —preguntó.

—No. No había madera en el calabozo.

—¿Y ahora?

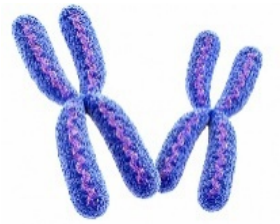
—Ahora no hace falta.

Berta sonrió. Por primera vez en todo el día.

—Este es mi chico —dijo.

Y se quedó callada, mirando la tarde que entraba por la ventana

CAPÍTULO 22



El tiempo

La televisión del museo estaba encendida en el despacho de Javier cuando llegamos. No la había puesto él. La había dejado el personal de limpieza por la mañana y nadie la había apagado. En la pantalla, un presentador con cara de circunstancias leía la noticia: «La mujer hallada en una cueva de Huelva responde al nombre de Carla Ríos, de treinta y tres años. La policía no ha facilitado más detalles por el momento. Se espera una rueda de prensa en las próximas horas».

Javier no se levantó cuando entramos. No nos saludó. Solo señaló la pantalla con la mano temblorosa.

—Ya sabía de esto hace unos días—dijo. Su voz sonó distinta. No era la voz cascada de siempre, la del enfermo que pedía ayuda con timidez. Era otra. Más dura. Más directa—. ¿Cuánto tiempo pensabais ocultarme que vosotros estuvisteis allí?

Berta cerró la puerta. Yo me quedé junto a la estantería, sin saber dónde poner las manos.

—No era necesario que lo supieras —dijo Berta.

—¿Que no era necesario? Llevo treinta años buscando una cueva así. Treinta años. He sacrificado mi salud, mi familia, mi vida entera. Y ahora resulta que la hermana de mi mejor filólogo aparece muerta allí, y tú me dices que no era necesario. Es mi legado.

—No sabíamos si podíamos fiarnos de ti —dije.

Javier se quedó callado. La tos le sacudió el cuerpo. Se llevó el pañuelo a la boca. Cuando lo apartó, vi sangre.

—Tienes razón —dijo, limpiándose los labios con el dorso de la mano—. No debes fiarte de nadie. Pero el tiempo se me acaba.

Se levantó. Fue a la mesa, cogió una carpeta que no era la de Sebastián y la abrió. Dentro había análisis de sangre, TAC, resonancias, informes médicos con sellos de hospitales y nombres de especialistas. Los dejó sobre la mesa sin decir nada.

—Cáncer de páncreas —dijo—. Metástasis en el hígado. Me quedan semanas de vida, no meses. El médico me ha dado seis, pero él no sabe que llevo ocho mintiéndole sobre el dolor. Así que me quedan dos. Quizá tres. Por eso os he dado los papeles de Sebastián. Por eso os he dicho que vayamos a la mina. Porque yo no puedo esperar más.

Berta cogió uno de los informes. Lo leyó por encima. Lo dejó.

—¿Y por qué no nos lo dijiste antes?

—Porque si lo hubiera hecho, me habríais mirado con lástima. O con desconfianza. Y no quiero vuestra lástima. Quiero vuestra ayuda.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para encontrar esa puta cámara antes de morirme. Para saber si todo esto ha servido para algo. Para demostrar que Argantonio no fue un mito.

—¿Y si no encuentras nada?

—Entonces habré perdido treinta años por nada. Y me moriré igual. Pero al menos lo habré intentado.

El silencio se hizo denso. La televisión seguía dando noticias, pero nadie la miraba.

—Necesito que volváis a la cueva —dijo Javier—. Esta vez conmigo. O sin mí, pero ya. Porque el tiempo se nos acaba.

—No podemos ir sin un plan —dijo Berta.

—Pues planeemos algo.

❀❀❀

Nos sentamos alrededor de la mesa. Javier extendió las copias de los planos de Sebastián. Las fotos. Las anotaciones. Yo tenía las manos apoyadas en los muslos, apretándolos para no tocarme. Berta llevaba la libreta negra abierta, el bolígrafo entre los dedos.

—Hay algo que tienes que saber —dije—. Alguien puso un cuchillo de caza en mi casa. Me detuvieron. Salí por un defecto de forma en la orden de registro. Pero el cuchillo sigue ahí. Alguien quiere incriminarme.

Javier me miró un momento. Luego asintió.

—Eso explica por qué no lo han contado en la tele. Es secreto de sumario. Si tú me lo estás contando ahora, es porque nadie más debe saberlo.

—Exacto —dijo Berta—. Y eso significa que solo lo saben la policía, Manu, yo, y la persona que puso el cuchillo.

—¿Y yo? —preguntó Javier—. ¿Dónde me dejáis?

—Todavía no lo sabemos —respondió Berta.

Javier no se ofendió. No se molestó. Solo asintió, como si ya lo esperara.

—Vale —dijo—. Entonces empecemos por el principio. Las letras.

—¿Qué letras? —pregunté.

—Las que ella tenía en la piel.

Berta se quedó rígida.

—¿Cómo sabes lo de las letras? —preguntó.

—Porque yo también tengo mis fuentes. Y porque he estado investigando por mi cuenta desde la primera vez que vinisteis a enseñarme ese signo. No sois los únicos que sabéis mirar e investigar.

Javier cogió un bolígrafo y dibujó tres letras en un papel. X. J. C. Las mismas.

—X. J. C. —dijo—. Tres iniciales. La X lleva tiempo apareciendo en las bases de datos del museo. Alguien ha estado consultando los fondos de Tartessos con una clave ajena. Alguien que sabe lo que busca. La J. no sé quién o qué es. La C. tampoco.

—¿Y la X? —preguntó Berta.

—La X es el comodín. El que no tiene nombre. El que puede ser cualquiera.

—O el que quiere que parezca que puede ser cualquiera —dije yo.

Javier me miró. Asintió.

—Eso también.

❁❁❁

Berta cerró la libreta. Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro del despacho.

—Necesitamos hablar con Sebastián —dijo.

—Está desaparecido —respondió Javier—. Nadie sabe dónde está. Ya os lo dije.

—Pues vamos a buscarlo. Alguien tiene que saber algo. Un familiar. Un amigo. Alguien con quien hablara antes de desaparecer.

—Su hermana —dijo Javier—. Vive en Cádiz. Es la única familia que le queda. Pero no quiere hablar con nadie. No desde que Sebastián se fue.

—Pues vamos a convencerla.

Javier anotó una dirección en un papel. Se lo tendió a Berta.

—Allí vive. Pero no sé si os recibirá.

—Ya veremos —dijo Berta, guardando el papel en el bolsillo.

❁❁❁

Pasamos el resto de la tarde en el despacho de Javier. Cerramos la puerta con llave. Apagamos la televisión. Sobre la mesa, extendimos otra vez los planos de Sebastián, las fotos de la cueva, las anotaciones. Y encima de todo aquello las dos llaves de bronce oxidadas.

Javier las cogió con sus manos temblorosas. Las miró a la luz de la lámpara.

—Esto es fenicio —dijo—. El bronce de esta aleación no se fabricaba en Tartessos. Lo traían los fenicios. Y la forma de la cabeza, esta especie de gancho es típica de las llaves que usaban para sellar cámaras funerarias. He visto una igual en el Museo de Cádiz. Pero no dos. Siempre una.

—¿Para qué sirven? —pregunté.

—Para abrir algo que necesite dos llaves a la vez. Como una caja de seguridad antigua. O una puerta con dos cerraduras. O un mecanismo que solo funciona si dos personas lo giran al mismo tiempo.

Javier dejó las llaves sobre el plano. Señaló un punto en el Aljarafe, cerca de una mina de plata abandonada.

—Aquí es donde Sebastián creía que estaba la entrada real. No en la cueva donde encontrasteis los cadáveres. Esa era solo una

antesala. Una trampa para despistar. La entrada de verdad está en esta mina. Y para abrirla, hacen falta estas dos llaves.

—¿Cómo sabes que son estas? —preguntó Berta.

—Porque Sebastián las dibujó en sus anotaciones. Las describió antes de desaparecer. Dijo que las había visto en poder de alguien que no debía tenerlas. Dijo que si alguna vez aparecían, había que usarlas rápido, antes de que ese alguien las recuperara.

—¿Quién era ese alguien? —pregunté.

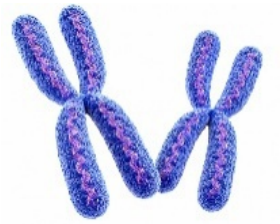
—No lo sé. Solo dijo que llevaba años buscándolas. Y que era peligroso.

Esa noche, de vuelta a casa, no pudimos dormir. Berta estuvo horas repasando los documentos de Sebastián. Yo estaba en el salón, con las dos llaves en la mano, dándoles vueltas. La de Carla, y la que nos dio Iván.

Teníamos que ir a la mina. Teníamos que probar las llaves. Y teníamos que encontrar a Sebastián.

Vivo o muerto.

CAPÍTULO 23



La cámara

Quedamos al día siguiente. Javier insistió en venir. Ni Berta ni yo pusimos objeciones. Ya habíamos hablado sobre las condiciones: él no se separaría de nosotros, saldríamos al primer signo de peligro y yo llevaría las dos llaves. No parecía el momento de discutir…

—Vamos —dijo Berta.

❁❁❁

La mina estaba en el Aljarafe, a media hora de Sevilla, escondida entre olivos y tierra seca. No había camino. No había señales. Solo una verja oxidada que alguien había cortado con cizallas hacía tiempo, y un agujero negro en la ladera que se tragaba la luz del mediodía.

Javier bajó del coche con dificultad. Berta lo cogió del brazo. Yo llevaba la mochila con las linternas, las cuerdas y las dos llaves de bronce. El calor apretaba. No se oía el trinar de los pájaros.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Berta.

Javier señaló el agujero. Tenía las manos temblorosas, pero la voz firme.

—Sebastián lo encontró hace años. Me enseñó las fotos. La entrada está tapada con piedras, pero se puede pasar.

—¿Y las llaves?

—Las llaves tienen que abrir la cámara interior. La que está al fondo. La que él no pudo abrir porque decía que tenía una…

Berta me miró. Bajamos.

❁❁❁

El interior de la mina olía a tierra húmeda y a mineral. El eco de nuestros pasos rebotaba en las paredes como latidos. Javier caminaba despacio, apoyándose en las rocas, parándose a cada poco para recuperar el aliento. Berta iba delante con la linterna, barriendo el suelo y el techo. Yo cerraba la fila, con las llaves en la mano.

El túnel se estrechaba poco a poco. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones tartesias, algunas muy antiguas, otras más recientes. Javier las miraba de pasada, sin detenerse. No era lo que buscaba.

—Aquí —dijo al fin.

La galería se abría a una cámara circular, como la de Huelva, pero más pequeña. En el centro, una losa. Y detrás de la losa, una pared distinta a las demás. Más lisa. Más oscura. Con dos ranuras en el centro, separadas por un palmo de distancia.

—Las cerraduras —dijo Javier.

Me acerqué. Metí la primera llave en la ranura de la izquierda. Encajó sin forzar. Metí la segunda en la de la derecha. También.

—Hay que girarlas a la vez —dijo Javier.

Berta se acercó. Cogió la llave de la izquierda. Yo cogí la de la derecha.

—¿Preparado? —preguntó.

—No.

—Pues vamos.

Giraron al mismo tiempo. La pared emitió un crujido profundo, como un quejido de piedra. Luego un chasquido seco. Luego nada.

Berta empujó. La pared se abrió hacia dentro, deslizándose sobre goznes de piedra que no deberían haber funcionado después de miles de años.

Detrás había otra cámara. Más pequeña. Más oscura. El aire olía a polvo y a algo más. Algo que reconocí demasiado bien.

El olor de la muerte. Pero no una muerte reciente. Una muerte de hacía tiempo. Seca. Sin sangre.

La linterna de Berta barrió el interior.

En el centro, sobre una losa igual que la de Huelva, había un cuerpo.

Era un hombre. Delgado, barba canosa, ropa de campo de hacía años. La piel oscura, apergaminada, pegada a los huesos. Momificado por el aire seco de la mina.

Berta se acercó despacio. La linterna temblaba en su mano.

—Es él —dijo Javier desde el umbral, sin atreverse a entrar—. Es Sebastián. Siempre temí que hubiera acabado así. Pero nunca quise creerlo.

Me quedé mirando el cuerpo. Allí estaba Sebastián, el hombre que decía Javier que era, del que nos había hablado en el museo...

Berta iluminó el pecho.

Las letras estaban allí. Grabadas en la piel seca, oscura, casi ilegibles, pero visibles. Las mismas tres letras.

X. J. C.

—No puede ser —murmuré.

—Puede —dijo Javier, y su voz sonó ronca, rota—. Alguien lo encontró. Alguien lo mató y lo puso aquí. Y luego, años después, hizo lo mismo con Carla.

—¿Por qué? —preguntó Berta.

—Para que pareciera un ritual. Para que pareciera antiguo. Para que nadie buscara al asesino.

Javier se acercó al cuerpo. Se arrodilló con dificultad. Sus manos temblorosas tocaron la losa, no el cadáver.

—Sebastián —dijo en voz baja—. Debí venir antes.

Berta hizo fotos con el móvil. Cada ángulo. Cada detalle. Las letras. Las manos. La posición del cuerpo.

—Esto cambia todo —dijo.

—No —respondí—. Esto confirma todo. Alguien ha estado matando durante años. Alguien que conoce estas cuevas. Alguien que sabe lo que significan las letras. Y que tiene más llaves como estas…

—Alguien que sigue vivo —dijo Javier.

Se incorporó con esfuerzo. Berta lo cogió del brazo.

—Vámonos —dijo—. Hay que avisar a Montenegro.

—No —dijo Javier—. Todavía no.

—¿Por qué no?

—Porque si viene la policía, sellarán la mina. Y aún no hemos encontrado lo que buscamos.

—¿Qué más quieres encontrar? —pregunté.

Javier señaló el fondo de la cámara. Otra pared. Otra inscripción. Los mismos signos que yo había fotografiado en Huelva. El círculo con el punto. Las líneas onduladas.

—Eso —dijo—. Eso es lo que buscaba Sebastián. Y yo quiero saber qué hay detrás.

Berta lo miró. Luego me miró a mí.

—Dos horas —dijo—. Luego llamo a Montenegro. Con o sin vosotros.

Javier asintió. Sacó una lupa de la mochila y se acercó a la pared.

Yo me quedé mirando el cuerpo de Sebastián. Las letras. Las mismas que Carla tenía en el muslo. El mismo patrón. La misma obsesión.

Tres letras. Tres personas. No tenían pruebas, pero no tenía dudas. Una de ellas, la que había copiado la marca en el cuerpo de mi hermana.

O la que había querido que pareciera que eran tres.

Berta me tocó el hombro.

—Vamos —dijo—. Hay que trabajar.

Me aparté del cadáver. Toqué la pared. Era de piedra. No servía.

Berta encendió otra linterna y empezó a examinar la inscripción. Javier la ayudaba con la lupa. Yo me quedé a un lado, con las llaves en la mano, mirando a Sebastián.

Llevaba allí años. Y nadie lo había buscado. Como Carla. Como tantos otros.

Dos horas después, Berta llamó a Montenegro. La mina se llenó de policías, forenses, cámaras. Javier y yo salimos los últimos.

En el coche, de vuelta a Sevilla, Berta iba callada, con las manos en el volante. Javier tosió en el asiento de atrás.

—Ahora sabemos —dijo—. Ahora sabemos que alguien lleva años matando. Pero no sabemos quién.

—Lo sabremos —dijo Berta—. Las letras nos lo dirán.

Javier me miró por el espejo retrovisor. Sus ojos negros brillaron un momento.

—Las letras —repitió—. X. J. C. Alguien las puso ahí para que las encontráramos. Alguien quiere que sepamos que hay un patrón. Alguien quiere que miremos atrás.

—¿A quién? —pregunté.

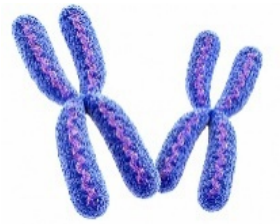
—A Sebastián —dijo Javier—. A Carla. A los que vinieron antes. A los que vendrán después.

El coche se detuvo en un semáforo. Berta puso una mano sobre la mía.

—Vamos a pararlo —dijo.

Y yo quise creerle. Pero las letras seguían ahí. X. J. C. Tres letras. Tres personas. Y una de ellas estaba demasiado cerca para que no me diera miedo.

CAPÍTULO 24



El precio de adelantarse

Berta llegó a la comisaría de Sevilla a media mañana. No la habían llamado. Había ido por su cuenta, porque necesitaba saber en qué punto estaba la investigación después de lo de la mina. Y porque necesitaba saber si Montenegro había decidido ya si la iba a expedientar o no.

Los agentes la saludaban por su nombre, pero ella notaba las miradas de reojo. Algo había pasado.

Llamó a la puerta del despacho que Montenegro. Desde el interrogatorio, él también se había instalado en Sevilla.

—Adelante.

Entró. Montenegro estaba sentado detrás de la mesa, sin chaqueta, con las mangas de la camisa remangadas. Tenía ojeras. No había dormido.

—Siéntate —dijo. No era una invitación.

Berta se sentó. No dijo nada. Esperó.

—Iván Carrasco —dijo Montenegro, sacando una carpeta azul —. ¿Lo conoces?

Berta sintió un vuelco en el estómago.

—Sí. Es amigo de Carla. Hablé con él en la estación de Santa Justa. Él nos contactó.

—¿Nos?

—A Manu y a mí.

Montenegro anotó algo en la libreta. No levantó la vista.

—¿Y de qué hablasteis?

—Nos dio una llave. Otra llave de bronce, igual a la que encontramos en el piso de Carla. Y un sobre con una foto.

—¿Dónde están esas pruebas?

—En casa de Manu. Las guardamos allí.

—¿Por qué no las entregasteis?

El silencio se alargó.

—Porque si las entregaba —dijo Berta despacio—, tenía que explicar cómo las había conseguido. Y explicarlo significaba reconocer que habíamos estado en Barcelona, que habíamos entrado en el piso de Carla, que habíamos cogido pruebas sin cadena de custodia. Eso habría incriminado a Manu. Y a mí, por supuesto.

Montenegro dejó de escribir. Cerró la libreta. La miró fijamente.

—Iván Carrasco fue detenido anoche —dijo.

Berta se quedó helada.

—¿Por qué?

—Porque cuando los agentes fueron a su domicilio para notificarle que debía declarar como testigo, intentó huir por la ventana del baño. Cuando vio a los agentes, se asustó. Dijo que no quería terminar como Carla. Se rompió un tobillo. Está en la planta baja del hospital de Valme, con un agente en la puerta.

—¿Qué se le imputa?

—Obstrucción a la justicia. Desobediencia. Lesiones por imprudencia, aunque esas son para él mismo. Y estamos viendo si

podemos imputarle por encubrimiento, porque tenía información sobre el grupo de Carla y no la denunció.

Berta apretó las manos sobre los muslos para que no le temblaran.

—¿Le han interrogado?

—Esta mañana. Ha hablado de rituales. De un grupo que se reunía en casa de Carla. De un hombre al que llamaban X. Alguien desde Sevilla daba las directrices. Carla los transmitía.

—¿Ha dado algún nombre?

—No. Solo iniciales. X. Y otra que aparecía en los cuadernos. J. Y otra. C. No ha sabido decir quiénes son. O no ha querido.

—¿Y los cuadernos?

—Los hemos encontrado en su casa. Libros de sombras, los llama. Diagramas. Sellos. Fechas. Nombres de los miembros del grupo. Carla aparecía en varios. También otros nombres que estamos identificando. Pero la X, la J y la C no aparecen. Solo como iniciales sueltas.

—¿Y el ordenador?

—Se lo ha llevado la unidad de delitos tecnológicos.

Berta cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, Montenegro seguía mirándola.

—Berta —dijo—. Tú y Manu os adelantasteis a Barcelona. Cogisteis pruebas sin cadena de custodia. Hablasteis con un testigo clave antes que nosotros. Eso es obstrucción. Eso es violación de secreto de sumario. Eso es una ruina para tu carrera.

—Lo sé.

—¿Y aun así lo hiciste?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque si no lo hubiera hecho, Manu estaría ahora en la cárcel por el cuchillo ese plantado en su armario.

Montenegro se recostó en la silla.

—He pedido tu expediente. El de antes. El 1174. He hablado con mis superiores. Me han dicho que si vuelves a desobedecer, te quedas en la calle para siempre. No hay más oportunidades, Berta. Esta es la última.

Berta asintió. No podía hablar.

—Te voy a dar una oportunidad —dijo Montenegro—. Porque sé que eres buena policía cuando no te la juegas. Porque sin ti no habríamos encontrado el cuerpo de Sebastián. Pero se acabó. De ahora en adelante, cualquier movimiento que hagas, me lo dices a mí primero. ¿Entendido?

—Entendido.

—Vas a traer todas las pruebas que tienes en casa de Manu. La agenda. Las fotos. La nota. Las llaves. Todo. Aquí. Esta tarde.

—¿Y si Manu se niega?

—Manu no se va a negar. Porque si se niega, le detengo. Esta vez sin defectos de forma.

Berta se levantó. Las piernas le temblaban.

—Esta tarde las quiero aquí —dijo Montenegro.

Salió del despacho. En el pasillo, se apoyó en la pared. Le temblaban las manos. No era miedo. Era rabia. Y miedo. Mucho miedo.

Sacó el móvil. Llamó a Manu.

—¿Qué pasa? —dijo él al cabo de dos tonos.

—Que han detenido a Iván.

—¿Iván? ¿Por qué?

—Por intentar huir cuando fueron a notificarle que declarara. Le han detenido por encubrimiento. Y tenía cuadernos en su casa. Libros de sombras. Rituales. Nombres. Todo lo que nos contó en Santa Justa, pero escrito. Lo sabían. Nos siguieron.

Manu se quedó callado un momento.

—¿Crees que Iván sabía más de lo que nos dijo?

—No lo sé. Pero Montenegro quiere que entreguemos todas las pruebas que tenemos en tu casa. La agenda. Las fotos. Las llaves. Todo.

—¿Y si no?

—Entonces te detendrá. Esta vez sin defectos de forma.

El silencio se alargó.

—Vale —dijo Manu—. Ven a buscarme. Las preparé.

—Ahora voy.

Colgó. Berta salió a la calle. El sol le dio en la cara. El Clio seguía en doble fila.

Antes de subir, cogió el móvil otra vez. Buscó un número. Llamó.

—Agustín —dijo—. Soy Berta. Necesito que me hagas un favor.

—Dime.

—Si Montenegro me abre un expediente disciplinario por lo de Barcelona… ¿puedes llevarlo?

—¿Qué hiciste?

—Me adelanté. Cogí pruebas sin cadena de custodia. Hablé con un testigo clave sin autorización.

—Berta, ¿eres consciente de que te acabas de reincorporar?

—Sí.

—¿Y ya estás pensando en cómo defenderte?

—Sí.

Agustín suspiró.

—Vale. Pásame los papeles cuando los tengas. Pero Berta… no hagas nada más. En serio. Esta vez no voy a poder sacarte si te metes en un lío mayor.

—No pienso hacer nada más.

—Eso dijiste la última vez.

Colgó. Berta subió al Clio. Arrancó el motor. Y salió hacia casa de Manu.

Al llegar, Manu tenía las pruebas extendidas sobre la mesa del comedor. La agenda roja. Las fotos de la autopsia. Las fotos del fotomatón. El mechón de pelo rubio. La piedra negra. La nota. Las dos llaves de bronce. Todo lo que habían sacado del piso de Carla. Todo lo que habían guardado durante días.

—¿Estás seguro? —preguntó Berta.

—No —contesté—. Pero no me queda otra.

Metimos todo en una bolsa de plástico grande. Berta la cerró con un precinto. La etiquetó. Escribió la fecha y la hora.

—Esto es lo último que hacemos por nuestra cuenta —dijo.

—Lo sé.

—A partir de ahora, lo que diga Montenegro.

—Lo sé.

Berta cogió la bolsa. La seguí hasta la puerta. Tito se quedó en el felpudo, mirándonos.

—Cuida de la casa —le dije.

Tito parpadeó.

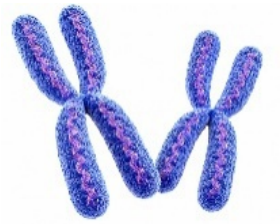
Salimos. El Clio arrancó. Hacia la comisaría. Hacia la entrega de pruebas. Hacia el fin de la investigación por nuestra cuenta.

Berta no dijo nada en todo el camino. Yo tampoco.

En el semáforo, ella puso una mano sobre el salpicadero.

No tocó madera. No había madera que tocar.

CAPÍTULO 25



La segunda autopsia

El Instituto de Medicina Legal de Sevilla estaba en el barrio de Nervión, junto al hospital Virgen del Rocío. Berta había estado allí otras veces, en sus años de policía, pero nunca para ver un cuerpo momificado. Entró con Montenegro pegada a su espalda, la bata blanca recién puesta y el gorro quirúrgico aplastándole el pelo. No había dormido. No había comido. Solo había traído las pruebas de casa de Manu y las había dejado en la mesa de Montenegro con una etiqueta y un precinto.

—¿Preparada? —preguntó Montenegro.

—No.

—Esa no es una opción.

El forense los esperaba junto a la mesa de acero. No era Hidalgo. Era una mujer más joven, de pelo oscuro recogido en un moño, que se presentó como la doctora Fuentes. Había llegado hacía un año de Málaga y tenía fama de ser meticulosa.

Sobre la mesa, el cuerpo de Sebastián. No era el mismo que habían visto en la mina del Aljarafe. Allí, iluminado por los tubos de neón, sobre el metal brillante de la mesa, parecía más pequeño. Más viejo. Más perdido.

La piel oscura, apergaminada, pegada a los huesos. Los brazos extendidos a los lados, igual que Carla. Las manos apoyadas sobre la mesa, las palmas hacia arriba.

—Llevaba allí aproximadamente un año —dijo la doctora Fuentes, sin levantar la vista de su libreta—. Las condiciones de la mina, secas y estables han permitido una momificación natural casi perfecta.

—¿Algo más? —preguntó Montenegro.

—El cuerpo no presenta signos de violencia externa. No hay fracturas, no hay heridas de bala, no hay estrangulamiento. Las uñas están limpias. No hay restos de ADN de terceros.

—¿Y las letras?

La forense señaló el pecho. Allí estaban. X. J. C. Grabadas en la piel seca, con un trazo firme. El mismo tipo de incisión. La misma profundidad.

—El instrumento es compatible con un cuchillo de hoja corta y muy afilada. Por las características de los bordes, diría que se hicieron después de la muerte. No hay signos de inflamación ni de cicatrización.

Berta se acercó. No apartaba la vista del pecho de Sebastián. Las letras. Las tres letras. Las mismas.

—Mira la boca —dijo.

La forense cogió una pinza y separó los labios resecos del cadáver.

Dentro, en la comisura izquierda, un hilo negro. Fino. Como un pelo, pero más grueso. Como una fibra.

—Esto ya lo he visto —dijo la doctora Fuentes—. En el informe de Carla Ríos. El mismo tipo de fibra. Poliéster negro. De uso industrial. Añadido a posteriori en un segundo informe.

—¿De qué? —preguntó Berta.

—Puede ser de un cordón, de una cuerda fina, o del ribete de una prenda. Sin más muestras, no puedo precisar.

Berta miró las manos. Los dedos de Sebastián, momificados, con las uñas oscuras.

—¿El dedo?

La forense cogió la mano derecha. Señaló el índice. En la yema, una mancha oscura, casi imperceptible.

—Tinta —dijo—. Igual que en Carla. Misma composición. Tinta de impresora de baja calidad.

—¿Qué más puede decirnos? —preguntó Montenegro.

—Los pulmones están oscuros. No por enfermedad. Por hollín. Este hombre respiró humo durante años. Velas, incienso, quemas rituales.

Berta cerró los ojos. Vio a Carla, envuelta en velas y sahumerios, como le había contado Iván. Vio a Sebastián, igual, años antes. El mismo círculo. Los mismos cantos. Las mismas letras.

—¿Coinciden los patrones? —preguntó.

La doctora Fuentes la miró un momento.

—Coinciden. El mismo asesino. El mismo método. El mismo ritual.

Berta asintió. Ya lo sabía. Solo necesitaba oírlo.

—Gracias —dijo.

Salió de la sala. Montenegro la siguió.

En el pasillo, se quitó los guantes y los tiró a la papelera.

—Es el mismo —dijo.

—Ya lo sé.

—El mismo asesino. El mismo ritual. Las mismas letras. Sebastián fue la primera víctima que conocemos. Puede que haya más.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Montenegro.

Berta se volvió hacia él.

—Déjame seguir.

—Ya estás siguiendo.

—Déjame seguir de verdad. Sin ataduras. Sin tener que pedir permiso para cada paso.

Montenegro la miró un largo rato.

—No —dijo—. No voy a dejarte suelta otra vez. Has hecho demasiadas cosas por tu cuenta. Ahora haces lo que yo diga. ¿Entendido?

—Entendido.

—Vuelve al piso de Manu. Estate con él. No le pierdas de vista. Si Javier quiere quedar para estudiar los planos, vas tú también. Y me cuentas todo.

Berta asintió. Salió del instituto. El sol de Sevilla le dio en la cara.

Antes de subir al Clio, cogió el móvil y llamó a Manu…

—Soy yo —dijo—. He visto el cuerpo.

—¿Y?

—Las mismas letras. El mismo hilo en la boca. La misma tinta en el dedo. Es el mismo patrón.

Me quedé callado un momento.

—¿Y ahora qué? —pregunté

—Ahora tendremos que volver al principio. A la estela. A la cueva. Porque la respuesta está ahí. En algún sitio que aún no hemos prestado la suficiente atención.

—¿Crees que Javier sabe dónde?

—No lo sé. Pero si no lo sabe, tendremos que encontrarlo sin él.

—¿Cómo?

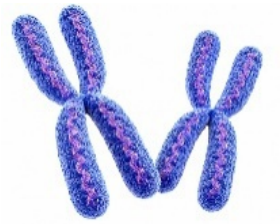
—Estudiando otra vez los planos. Yendo otra vez a la mina. Buscando lo que Sebastián no pudo encontrar.

—¿Y Montenegro?

—Montenegro hará su trabajo. Nosotros haremos el nuestro.

No respondí. Berta colgó. Venía a casa con dos cadáveres esperándonos con los brazos abiertos.

CAPÍTULO 26



El análisis

Tres días después de la autopsia de Sebastián, Berta recibió una llamada de Álex, el técnico de la policía científica. No era habitual que él la llamara. Normalmente era ella quien tenía que perseguirlo, rogarle, prometerle favores que nunca cumplía. Por eso, cuando vio su nombre en la pantalla del móvil, supo que algo había encontrado.

—Habla —dijo al descolgar.

—Tengo los resultados de las fibras —dijo Álex, sin preámbulos —. El hilo negro de la boca de Carla y el de Sebastián son del mismo tipo: poliéster negro. Composición química idéntica.

—¿Eso significa…?

—Significa que las fibras proceden del mismo rollo de cordón o del mismo tejido. No puedo asegurar que sea el mismo objeto, pero sí la misma fabricación. Lote industrial, nada artesanal. Esto se compra en cualquier ferretería.

—¿Algo más?

Álex dudó. Eso no era habitual en él.

—Hay algo raro —dijo—. En las fibras de Sebastián hemos encontrado partículas incrustadas. No están en la superficie. Están dentro de la fibra, como si se hubieran fundido con el material durante la fabricación.

—¿Qué tipo de partículas?

—Silicio. Y trazas de un compuesto que no debería estar ahí. Lo hemos mandado a analizar con espectrofotometría. Es un material poco común.

—Explícamelo como si fuera de primero de la ESO.

—Que es un material que no se encuentra en cualquier sitio. Y que tiene una antigüedad que no encaja con un cordón comprado en una ferretería.

Berta sintió un escalofrío.

—¿Cuánta antigüedad?

—Las pruebas indican que el compuesto tiene una degradación molecular propia de un material expuesto a condiciones extremas durante años. No es reciente. Y no es sintético, al menos no del todo. Es una aleación: metal y polímero. Algo que no debería existir en un cordel de ferretería.

—¿Y en Carla?

—En las fibras de Carla también hay partículas, pero menos. Y más degradadas. Como si el cordón hubiera estado expuesto a algo que aceleró su deterioro.

—¿Como el formol? —preguntó Berta.

—Eso mismo pensé. El lavado con formol pudo degradar el material.

—¿Y lo otro? ¿Lo de la aleación?

—Eso es lo que me tiene desconcertado —dijo Álex—. El compuesto tiene una composición que no se fabrica industrialmente desde hace al menos veinte años. Es anterior a los plásticos modernos. Casi podríamos decir que es artesanal.

—¿Artesanal?

—He pedido una segunda opinión a un colega de la Universidad de Sevilla. Es químico orgánico. Me ha dicho que el compuesto le recuerda a algo que ha visto en restauraciones de piezas arqueológicas. Se usan materiales sintéticos mezclados con partículas de sílice para reforzar cordones. Por ejemplo, para colgar piezas pesadas en museos.

Berta se quedó callada.

—¿Alguien en el museo podría haber fabricado esto? —preguntó.

—Eso tendrías que preguntárselo a ellos.

Álex le dio el nombre y el teléfono del químico. Un tal doctor Ferreras, del departamento de Química Orgánica. Berta colgó y se quedó mirando el móvil un momento…

Estaba en el salón, con Tito en el regazo, mirándola.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Que el hilo es el mismo. Y que tiene partículas de una aleación rara que no se fabrica desde hace décadas. Algo que parece sacado de una restauración arqueológica de museo.

—¿Como de museo?

—Como de museo.

Me quedé callado. Tito parpadeó.

—Eso significa que alguien del museo pudo hacerlo —murmuré.

—O que alguien robó materiales del museo. O que compró un cordel viejo en una tienda de segunda mano sin saber de dónde venía. Hay mil explicaciones.

—Pero la primera que se te ocurre es la del museo.

—Porque es la más obvia.

Dejé a Tito en el suelo y me levanté. Me acerqué a la ventana.

—Javier trabaja en el museo —susurré.

—Ya lo sé.

—Tiene acceso a restauradores. A materiales. A todo eso.

—También tiene acceso a un cordel de ferretería —dijo Berta—. Esto no implica que él haya hecho nada.

—Pero implica que podría saber algo.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

Berta cogió el móvil y marcó el número de Ferreras. No contestó. Dejó un mensaje.

—Doctor Ferreras, soy la agente Berta, de la policía nacional. Necesito consultarle un análisis de materiales. En relación con un caso. Le ruego que me devuelva la llamada.

Colgó. Se sentó en el sofá, a mi lado.

—Ahora nos toca esperar —dijo.

La tarde se hizo larga. Ferreras llamó a las seis y cuarto. Berta le atendió en la cocina, con la puerta cerrada.

—Doctor Ferreras, gracias por devolverme la llamada.

—Me ha dicho Álex que tiene unas muestras con un compuesto inusual. ¿Puede describírmelo?

Berta se lo contó. Las partículas de silicio. La aleación. La antigüedad de los materiales.

Ferreras se quedó callado un momento.

—Eso que me describe —dijo— lo he visto antes. Hace unos años, un conservador del Museo Arqueológico de Sevilla me pidió que analizara unos cordeles que estaba usando para restaurar una pieza. Eran reproducciones hechas con técnicas tradicionales, pero

reforzadas con un compuesto de silicio para que duraran más. La composición es exactamente la misma.

Berta apretó el móvil con fuerza.

—¿Qué conservador? —preguntó.

—No recuerdo el nombre. Un hombre mayor. Muy reservado. Creo que estaba jubilado, pero seguía colaborando con el museo. Desapareció hace tiempo.

—¿Sebastián?

—Puede ser. No lo sé. Pero si quiere, puedo buscar el informe. Tengo el nombre en algún sitio.

—Hágalo —dijo Berta—. Por favor.

Colgó. Salió al salón. Lo había escuchado todo.

—¿Qué ha dicho?

—Que el compuesto es el mismo que usó un conservador del museo. Un hombre mayor, reservado. Desapareció hace tiempo.

—¿Sebastián?

—Eso parece.

Me quedé callado un momento.

—Sebastián fabricó los cordeles —dijo—. Los usó para algo. Y luego alguien se los quitó. O los usó después de matarlo.

—O los usó él mismo antes de morir.

—¿Crees que Sebastián puso el hilo en la boca de Carla?

—No lo sé —dijo Berta—. Pero si él fabricó los cordeles, alguien más tuvo acceso a ellos. Alguien que sabía que existían. Alguien que fue a buscarlos después de que Sebastián desapareciera.

—Alguien que sabía que estaba muerto.

El silencio se hizo denso y muy espeso.

—Eso —dijo Berta—. Alguien que sabía que estaba muerto antes de que nadie lo encontrara.

Apoyé la frente en la pared.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Esperaremos a que Ferreras nos mande el informe. Y luego hablaremos con Montenegro.

—¿Le contamos lo de Javier?

—Le contamos sin dar nombres que no tengamos confirmados.

—¿Crees que Javier sabe algo de esto?

Berta se quedó callada un momento.

—Javier lleva treinta años buscando esa cueva —dijo—. Conoce a todo el mundo en ese museo. Sabía quién era Sebastián. Le dio sus papeles. Le guardó su carpeta durante un año. Si alguien sabe qué pasó con esos cordeles, ese es él.

—¿Y si él mismo los usó?

—No lo sé. Pero no voy a acusarlo sin pruebas.

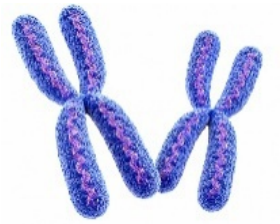
Me senté en el sofá. Tito saltó a mi regazo.

—Tengo miedo —dije—. No por mí. Por lo que vamos a encontrar.

Berta se sentó a mi lado.

—Eso se llama ser adulto —dijo. Sacó un chupachups de fresa del bolsillo del pantalón. Quitó el plástico, lo chupó y me lo metió en la boca. No pude resistir la tentación. Tiré el caramelo y la besé muerto de deseo. Hicimos el amor mientras la noche se cerraba sobre Sevilla.

CAPÍTULO 27



La lengua de los muertos

Pasé la noche en vela. No por insomnio. Porque no podía parar. Los planos de Sebastián, las anotaciones de Javier y los papeles de Carla estaban extendidos sobre la mesa del comedor, mezclados con las fotos de la cueva. Tito dormía en la silla, hecho un ovillo. Los ventiladores giraban despacio…

Berta se había dormido en el sofá hacía una hora, con la libreta negra abierta sobre el pecho. No quise despertarla. Ella necesitaba descansar. Yo no.

Lo que tenía delante era un dibujo. Un círculo con un punto en el centro y unas líneas onduladas alrededor. El mismo signo que habíamos visto en la cueva de Huelva. El mismo que Javier no había sabido identificar. O no había querido.

Junto al círculo, tres letras. X. J. C.

Las había visto antes. En la libreta de Carla. En el muslo de mi hermana. En el pecho momificado de Sebastián. Siempre las mismas. Grabadas en la piel, escritas en los márgenes, repetidas una y otra vez como una letanía.

Las miré hasta que me ardieron los ojos. No eran iniciales. No podían serlo. Aparecían en demasiados sitios, en demasiados contextos. Tenían que significar algo. Una palabra. Una clave. Un nombre.

Recordé una conversación con Javier, años atrás, cuando aún confiaba en él sin reservas. Estábamos tomando café en el museo, después de horas de traducir una estela funeraria.

—Lo más difícil del tartesio —había dicho Javier— es que no distingue entre sonidos sordos y otros tipos de sonido. Una misma letra puede ser p o b, t o d, k o g. Eso hace que la traducción sea siempre incierta. Una palabra puede significar una cosa o la contraria según cómo la leas.

Probé a leerlas como si fueran tartesio. Nada. Probé con el griego antiguo. Tampoco.

—¿Y si no fuera una palabra? —murmuré.

Luego recordé que en la antigüedad las letras también eran números. La X era 600. La J no existía, pero la letra más parecida era la I, que valía 10. La C también equivalía a la G, que valía 3.

600.10.3.

Eso no me decía nada. Hice la suma. 613. Resté: 587. Multiplique: 18.000. Ninguna cifra tenía sentido para lo que buscaba.

—No es un número —murmuré.

Berta se movió en el sofá. No se despertó.

Me quedé en blanco un buen rato, mirando las letras. Había algo que se me escapaba, algo que estaba delante de mis narices y no veía. No era un significado literal. Era otra cosa. Una dirección.

Pensé en las reuniones de Carla. En las velas. En los cánticos. En la gente sentada en círculo, repitiendo palabras que no entendían. Palabras como esa. XJC. Alguien se las había enseñado. Alguien que sabía lo que significaban. Alguien que las había grabado en la piel de los muertos. ¿Qué hacía ahí mi hermana?

Manu se levantó, fue a la estantería y cogió un diccionario de griego antiguo. Lo había comprado de segunda mano en Salamanca, con las páginas amarillentas. Lo abrió por la letra χ (ji). Buscó palabras de tres letras. No había muchas. χιόνι (nieve). χείρ (mano). χρυσός no, porque era larga.

Buscó la X sola. En los manuscritos, a veces se usaba como abreviatura de χριστὸς (Cristo). O de χἰλιοι (mil). Pero eso no encajaba con Carla ni con Sebastián. Ellos no buscaban a Cristo. Buscaban otra cosa.

Berta se despertó de golpe. Se incorporó en el sofá, con las gafas torcidas.

—¿Qué hora es? —preguntó, con la voz ronca.

—Las cuatro —dije.

—¿Has dormido algo?

—No.

Berta se levantó, fue a la cocina, llenó la cafetera y preparó dos cafés. Volvió al salón, me tendió uno y se sentó a mi lado.

—¿Qué has encontrado? —preguntó.

—No lo sé. Pero creo que XJC no son iniciales. Son otra cosa.

—¿Qué cosa?

—En griego, las letras tienen nombre. La X es ji. La J es iota. La C es gamma. Si las juntas, suena a algo. Ji-iota-gamma.

—¿Y eso qué significa?

—Nada. O todo. No lo sé.

—¿Y si fuera un acrónimo? —dijo Berta.

—¿De qué?

—De lo que buscaban. Los rituales. Las velas. Los cánticos. Todo eso iba dirigido a conseguir algo. La piedra filosofal. Ese tipo de mierdas…

Manu la miró.

—Javier busca lo mismo y quizá mi hermana también .

El nombre cayó entre nosotros como una piedra.

—No digas eso —respondió Berta—. No sin pruebas.

—No son pruebas. Es una intuición —mentí miserablemente. El papel que me metió Iván aquella noche en el bolsillo en la estación de Santa Justa me quemaba… Estaba muerto de miedo.

—Las intuiciones no valen en un juicio.

Manu cogió la libreta de Carla y la abrió por la página del círculo central. En el medio, rodeado de palabras en castellano y griego antiguo, estaba el dibujo. El círculo con el punto. Las líneas onduladas.

—Esto no es un adorno —dijo—. Esto es un mapa.

—¿Un mapa de qué?

—De la cámara. De la entrada. De la cueva que no hemos encontrado. La que lleva a lo que buscan.

—¿Y las letras? —preguntó Berta, señalando las tres que rodeaban el círculo.

XJC.

—Son el nombre del lugar —dije—. O el nombre de lo que buscan.

—¿Juventud?

—Juventud. Vida eterna. Llamémoslo como quieras. Pero no lo vamos a encontrar aquí. Está en los papeles de Javier. En los planos. En las coordenadas que no hemos mirado bien.

Berta bebió un sorbo de café.

—Pues vamos a ver a Javier —dijo.

—¿Ahora?

—Ahora. Es temprano. Estará en el museo.

—¿Y Montenegro?

—Montenegro no sabe que tenemos esto. Y no va a saberlo hasta que sepamos qué es.

—Hoy hablo con Javier —dijo—. Le pregunto por las letras. Por el círculo. Por el mapa.

—¿Y si se niega a responder?

—Entonces habré perdido a mi jefe, a mi amigo y a la única persona que puede ayudarme. Pero al menos lo habré intentado.

Berta cogió mi mano. La apretó.

—Te acompaño.

—No. No puedes arriesgarte más por mí.

—Ya me he arriesgado.

—Y yo no quiero que te echen. No otra vez.

Berta lo miró un momento. Luego asintió.

—Vale —dijo—. Pero llámame en cuanto salgas de allí. Y si algo va mal, sales corriendo y me llamas. ¿Entendido?

—Entendido.

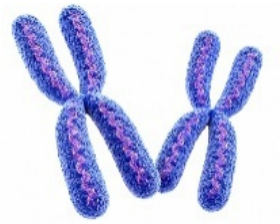
Me levanté. Fui al dormitorio, me puse unos pantalones limpios y una camisa que no había usado en semanas. Antes de salir, me miré en el espejo del baño.

Tenía ojeras. La barba de tres días. La mirada de alguien que ha visto demasiado y nada de lo que me ardía en aquellos pantalones. El papel.

—Vas a hacerlo bien —me dije a mí mismo.

Berta no le hizo ni puto caso. Sabía que estaba muy cerca de descubrir algo y que Javier podía ser peligroso. Lo intuía…

CAPÍTULO 28



El legado

Llegué al museo antes de que abrieran al público. El vigilante de la puerta me conocía y me dejó pasar. El pasillo central estaba vacío. Mis pasos resonaban en el mármol.

No había avisado a Javier. Quería verlo antes de que tuviera tiempo de prepararse.

Llamé a la puerta de su despacho. Dos golpecitos.

Oí voces dentro. Varias. Hablaban en un idioma que no reconocí. Me sonó a eslavo, pero no supe precisar.

La puerta se abrió. Javier estaba allí, con una chaqueta de tweed verde y la cara más demacrada que la última vez. Detrás de él, dos hombres altos, con trajes oscuros y caras serias.

—Manuel —dijo Javier—. No esperaba verte tan temprano.

—He venido a enseñarte algo —respondí, sin apartar la vista de los dos hombres.

Javier siguió mi mirada.

—Son colegas —dijo—. Investigadores de San Petersburgo. Les interesa Tartessos. Les interesa Argantonio. Están de paso.

Los dos hombres asintieron sin sonreír. Dijeron algo en ruso a Javier. Él respondió en el mismo idioma, con frases cortas. Los hombres se despidieron con un gesto y salieron del despacho.

Javier cerró la puerta.

—Pasa —dijo—. Siéntate.

Entré. Me senté. Saqué el calco del círculo y las letras de la mochila.

—He encontrado esto —dije, poniendo el papel sobre la mesa —. Es el mismo signo de la cueva. Y alrededor, estas letras. X. J. C.

Javier cogió el papel con manos temblorosas. Lo acercó a la lámpara. Por un momento no dijo nada. Solo miraba.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó al fin.

—En una libreta antigua. De una investigación particular.

Javier dejó el papel sobre la mesa. Se dejó caer en su butaca. Tenía los ojos brillantes.

—Manuel —dijo—. ¿Sabes lo que has encontrado?

—He estado dándole vueltas —dije—. No son iniciales. Es una palabra. En tartesio, los signos pueden tener distintos valores según el contexto. Pero la X no existe en el alfabeto tartésico. La J tampoco. La C tampoco.

—¿Y qué has concluido?

—Que no es tartesio. Es griego arcaico. Los fenicios llevaron el alfabeto griego a la península antes de lo que creemos. Y los tartesios lo adaptaron.

—Sigue —dijo Javier, con la voz tensa.

—En griego arcaico, la letra X (ji) se pronunciaba como una aspiración fuerte. La I (iota) era una vocal cerrada. La Γ (gamma) era una gutural. Juntas, no forman una palabra con sentido. Pero si las lees como números… la X es 600. La I es 10. La Γ es 3.

—¿Y eso qué te da?

—Nada. 613. Una cifra. Una coordenada. Una fecha. No lo sé.

—¿Y si las lees como abreviatura?

Asentí.

—También lo pensé. En los manuscritos griegos, la X se usaba para abreviar χριστός (Cristo). La I para Ἰησοῦς (Jesús). La Γ para Γαβριήλ (Gabriel).

—No —dijo Javier—. No tiene sentido. Esto no es un tema cristiano.

—Lo sé —dije—. Por eso seguí buscando. Y encontré una palabra en un diccionario de griego micénico. Χἰμαιρα. Quimera. Un monstruo con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente. Pero la quimera también es un sueño, una ilusión. Algo que no existe.

Javier sonrió. Era una sonrisa ancha, llena de una emoción que no le había visto nunca.

—No es quimera —dijo Javier—. Es Quimera. Con mayúsculas. El monstruo. El que escupe fuego. El que guarda la entrada a algo.

—¿A qué?

—A la cámara de Argantonio. Los fenicios creían que el acceso a la vida eterna estaba custodiado por una criatura que solo los valientes podían enfrentar. Una prueba. Un ritual.

Cogí el papel y lo miré otra vez.

—Entonces, ¿XJC no significa nada por sí mismo? ¿Es un símbolo?

—Es un nombre —dijo Javier—. El nombre de la puerta. El nombre del guardián. El nombre del espejo.

—¿El espejo?

—El espejo de Argantonio. El que devuelve la imagen de lo que fuiste para que puedas ver lo que serás. El que permite renacer.

Sentí un escalofrío.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevo treinta años buscándolo —dijo Javier—. Porque he leído todos los textos. Porque he soñado con él. Porque ahora tú me traes esto y sé que no me equivocaba.

Se levantó. Fue a la estantería. Cogió una carpeta que no había visto antes. La abrió sobre la mesa.

Dentro había dibujos, planos, fotografías. El mismo círculo con el punto. Las mismas letras. Y anotaciones en la letra de Javier.

—Esto es lo que he estado haciendo los últimos treinta años —dijo Javier—. Recopilar. Comparar. Traducir. Y ahora tú me traes la pieza que faltaba.

—¿Qué es?

—La coordenada —dijo Javier—. No la cifra, no el número, no la letra. El lugar. El punto exacto donde está la entrada.

Señaló un punto en el mapa. Me acerqué.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—No —dijo Javier—. Pero es lo más cerca que he estado nunca.

Cogí la carpeta. La abrí. Pasé las hojas lentamente.

—¿Qué hay aquí dentro? —pregunté.

—Mapas —dijo Javier—. Coordenadas. Traducciones. Todo lo que sé. Todo lo que he guardado durante años. Es mi legado, Manuel. Quiero que me ayudes a terminarlo.

—¿Cómo?

—Ve a la cueva. Abre esa cámara. Mira lo que yo no he podido descifrar. Y luego escríbelo. Publícalo. Para que el mundo sepa que Tartessos no fue una leyenda. A mí ya no me queda tiempo.

—¿Como Howard Carter?

—Como Howard Carter —dijo Javier—. Abriendo la tumba de Tutankamón. Sin saber qué iba a encontrar. Pero entrando igual.

Cerré la carpeta. La metí en la mochila.

—Pero…

—Ve —dijo Javier—. Yo no puedo. Te esperaré aquí.

❁❁❁

Dejé el despacho. El pasillo seguía vacío. Mis pasos resonaban en el mármol como latidos

Salí del museo con la carpeta bajo el brazo y la cabeza llena de mapas, coordenadas y la imagen de Javier emocionado como un niño. No había visto a Berta. No sabía que ella estaba allí, aparcada dos calles más atrás, con el motor encendido y los dedos golpeando el volante.

La vio cuando llegué al Clio. Berta bajó la ventanilla.

—Sube.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿No tenías que estar en la comisaría?

—He dado media vuelta. Te vi entrar en el museo. Vi salir a dos tíos con pinta de matones. Vi cómo te quedabas dentro más de una hora. Así que he esperado.

Subí al coche. Cerré la puerta.

—Javier quiere que vaya a la cueva —dijo—. Él no puede. Quiere que vaya yo.

—¿Tú solo?

—Dice que sí.

—Pues yo voy contigo.

—Berta…

—No discutas. No voy a dejarte ir solo a una mina abandonada después de ver a dos rusos salir del despacho de tu jefe. No sé qué historia te ha contado, pero esto huele mal… ¿Qué ha pasado?

No contesté. Metí la mano en el bolsillo del pantalón. El papel seguía ahí. Lo había estado sintiendo durante toda la conversación con Javier. Me quemaba contra el muslo.

Lo saqué.

Estaba doblado en cuatro, arrugado, como si alguien lo hubiera estado manoseando antes de metérmelo en el bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Berta.

—El papel que me dio Iván —dije. Mi voz sonó rara, como de otro—. Aquella noche en Santa Justa. Cuando se tropezó conmigo. No te lo dije.

—¿Por qué no?

—Porque tenía miedo. Porque no quería saber lo que ponía. Porque… —Me quedé en blanco—. Porque soy un cobarde.

Lo abrí.

Dentro, una hoja doblada. La desplegué con dedos temblorosos.

Era una fotocopia de un informe médico. El membrete del Hospital Universitario de Bellvitge, en Barcelona. El nombre de Carla en la parte superior.

Berta se acercó. Leyó por encima de mi hombro.

«Diagnóstico: Síndrome de Werner. Envejecimiento prematuro. Mutación en el gen WRN. Esperanza de vida reducida.»

Más abajo, en un párrafo aparte, escrito a mano con la letra de Carla:

«Manu: no supe cómo decírtelo. No quería que me miraras con lástima. Ahora ya lo sabes. Busco lo mismo que Javier. La cura. O al menos una explicación. Si algo me pasa, quiero que sepas que no fue tu culpa. Cuida de ti. Carla.»

El silencio se hizo denso.

Berta no dijo nada. Solo puso una mano sobre la mía.

—Esto es la clave de todo —dije, y mi voz se quebró—. Por eso se metió en todo esto. Por eso buscaba a Javier. Por eso estaba obsesionada con las piedras, con los rituales, con Argantonio. Estaba buscando una cura. O una esperanza. Y yo no estuve allí.

—No podías saberlo —dijo Berta.

—Podía. Pero no quise.

Apreté el papel contra el pecho. Cerré los ojos.

Cuando los abrí, arrancó el motor.

Berta no dijo nada más. Apoyé la cabeza en el reposacabezas y me miró de reojo.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora —dije—, voy a descubrir qué esconde Javier. Y voy a terminar lo que Carla empezó.

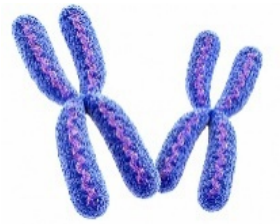
Puse una mano sobre el salpicadero.

No toqué madera. No había madera en el Clio.

Pero esta vez no hizo falta.

—Vale —dijo—. Vamos. Pero con mis condiciones.

CAPÍTULO 29



La cámara de la Quimera

Berta llamó a Montenegro cuando aún estábamos en el coche, de camino a la mina.

—Soy Berta. Código 10-14. Montenegro ¿ me recibes?

—Te recibo. Dime.

—Sospechoso en la mina del Aljarafe. El conservador del museo. Vamos hacia allí.

—¿La mina del Aljarafe? —la voz de Montenegro cambió—. Está precintada desde lo de Sebastián. No podéis entrar.

—Vamos a entrar igual —dijo Berta.

—¿Estás loca? La investigación prosigue, os pillarán las altas esferas.

—No nos van a pillar. Y si no entramos ahora, el conservador desaparece para siempre.

—Berta…

—Escúchame —le cortó—. No entres hasta que te llamemos. Pero estate cerca. Si oyes algo, si pasa algo, entras. ¿Entendido?

Hubo un silencio.

—Entendido —dijo Montenegro—. Pero si esto sale mal, colgarás la placa para siempre.

—Ya lo sé.

Colgó.

❁❁❁

Llegamos a la mina cuando el sol empezaba a caer. El camino de tierra estaba vacío. No había coches ni luces. Solo la verja oxidada y el agujero negro de la entrada.

La verja estaba cortada. Alguien había vuelto a entrar. La cinta de precinto estaba rota.

Berta apagó el motor y las luces. Nos quedamos un momento en silencio.

¿Preparado? —preguntó.

—Nunca lo estoy y lo sabes…

—¡Vamos!

Cogimos las mochilas. Berta llevaba las linternas, el martillo de geólogo y una cuerda de escalada que había cogido esa misma tarde. Yo llevaba la carpeta de Javier. Las llaves de bronce seguían en mi bolsillo, aunque sabía que no iba a necesitarlas. La policía había dejado la pared falsa abierta después de lo de Sebastián.

Entramos. El túnel descendía en espiral. Berta iba delante con la linterna. Yo detrás, con la mano apoyada en su espalda. El eco de los pasos rebotaba en las paredes.

Llegamos a la cámara circular donde habían encontrado el cuerpo de Sebastián. La losa seguía en el centro, vacía. La pared falsa estaba abierta. Alguien había pasado antes que nosotros…

—Javier —murmuró Berta—. Se nos ha adelantado.

—O nos está esperando —respondí.

Atravesamos la abertura. Detrás había un pasillo estrecho que seguía descendiendo. Las paredes estaban cubiertas de pinturas con figuras humanas con los brazos extendidos. Animales que no

reconocí... Símbolos: el círculo con el punto, las líneas onduladas, las letras XJC en distintos lugares.

—Yo creo que esto es aún más antiguo que la otra cueva —dijo Berta.

—Mucho más.

Llegamos al final del pasillo. Otra pared. Esta no tenía ranuras. Estaba cubierta de pinturas murales: escenas de caza, procesiones, reyes con diademas, mujeres con ofrendas. En el centro, un círculo pintado en rojo, con un punto dorado.

—Hay que romperla —dije.

Berta sacó el martillo de geólogo. Lo cogí. Elegí una grieta en el centro de la pared, donde las pinturas parecían separarse como señalando un camino. Golpeé La piedra cedió. Golpeé otra vez. Un trozo de roca cayó al suelo. Detrás, solo reinaba la oscuridad.

Seguí. Los trozos de roca se acumulaban a mis pies. Cuando el hueco fue lo bastante grande para pasar, Berta metió la linterna.

La luz iluminó una cámara inmensa, de techos altos, con columnas de piedra talladas. En el suelo, sobre plataformas de madera carcomida por el tiempo, vino un montón de objetos que brillaban. Collares de oro. Brazaletes de plata. Diademas con gemas rojas y verdes. Pequeñas estatuas de animales con ojos de ámbar. Láminas de metal apiladas unas sobre otras. Arcos de guerra con incrustaciones de marfil. Un carcaj con flechas de bronce. Un casco con visera de oro. Una espada corta con el pomo de cristal.

En el centro, sobre un pedestal de piedra negra, contemplamos un disco de metal bruñido que devolvía la luz de la linterna como un espejo.

Entré Berta me siguió. Caminamos entre los tesoros sin tocarlos. Las suelas de las botas pisaban el polvo milenario.

—Esto es lo que Argantonio atesoró —susurré, como si temiera despertar algo—. Las riquezas de Tartessos. Todo lo que los fenicios saquearon y él recuperó.

—¿Y eso qué es? —preguntó Berta, señalando una caja de piedra en el fondo de la cámara.

Me acerqué. La caja era pequeña, de unos treinta centímetros de lado, con la tapa grabada con los mismos símbolos de la entrada. XJC. El círculo con el punto. Las líneas onduladas.

—Ábrela —dijo Berta.

Levanté la tapa. Dentro, había una tablilla de bronce, verde por la oxidación, pero las letras estaban rellenas de pan de oro, brillando como el primer día. Junto a la tablilla, varios frascos pequeños de cerámica, sellados con cera, y un pergamino enrollado. Los mejunjes. Las pócimas. Los rituales.

Cogí la tablilla con cuidado. La acerqué a la linterna.

—¿Qué dice? —preguntó Berta.

Leí en voz alta, traduciendo mientras hablaba.

—«Yo, Argantonio, rey de Tartessos, escribo esto para quien venga después. Mi cuerpo envejecía. Mi piel se volvía como el pergamino. Mis manos temblaban. Mis piernas no me sostenían. Los médicos fenicios dijeron que era la edad. Pero yo supe que era otra cosa. Algo dentro de mí se rompía. Algo que no se veía, pero que se sentía.

Busqué durante años. Probé todas las pócimas. Todos los rituales. Todos los sacrificios. Hasta que encontré a un hombre, un sabio que venía de más allá del mar. Me enseñó que la vida no está en la carne. Está en los hilos que la sostienen. En los extremos de los hilos. En los remates que protegen lo que se deshace.

Él los llamó los guardianes del tiempo. Dijo que cuando los guardianes se acortan, la carne envejece. Pero que si los guardianes

se mantienen largos, la carne se olvida de morir. Me enseñó a cuidarlos. Me enseñó a protegerlos. Y mi cuerpo dejó de envejecer.

No es magia. Es conocimiento. Es saber que la vida está escrita en lo más profundo del cuerpo, y que esa escritura se puede leer. Se puede entender. Se puede cuidar.

Dejo esta tablilla para quien se atreva a saberlo. La salud no es destino. Es elección. El cuerpo habla. Solo hay que saber escucharlo».

Levanté la vista de la tablilla. Berta estaba blanca.

—Eso es lo que tiene Javier —dijo—. La misma enfermedad. Los mismos síntomas. Por eso ha estado buscando todo este tiempo.

—Carla también —dijo Manu, con la voz rota—. Ella buscaba lo mismo. Y él la mató como parte de algún ritual, o porque se acercó demasiado a la verdad…

Iba a seguir hablando, pero un ruido me detuvo. Pasos. Alguien más estaba en la cueva.

Nos giramos hacia la entrada.

Javier estaba allí. Apoyado en la pared, con la linterna apuntando al suelo. La luz le iluminaba la cara desde abajo, haciéndole parecer más viejo, más enfermo, más huesudo. Detrás de él, los dos rusos. Altos, con los trajes oscuros y las caras impasibles. Uno de ellos llevaba una pistola con silenciador. El otro, un cuchillo curvo.

Javier sonrió. Era una sonrisa cansada, triste, pero con un brillo de locura en los ojos que no le había visto nunca.

—Gracias por abrir la puerta —dijo.

No explicó nada. No hizo falta.

Avanzó hacia la caja de piedra. Sus manos temblorosas cogieron la tablilla, los frascos de cerámica, el pergamino. Los rusos

lo protegían con las armas.

—El tesoro no me interesa de momento —dijo Javier, sin mirarme—. Esto es lo que importa.

—¿Por qué, Javier? —pregunté, con la voz quebrada—. ¿Por qué Carla? ¿Por qué Sebastián?

Javier me miró durante un segundo. Solo uno.

—Tú lo has leído —dijo—. La salud no es destino. Es elección y yo he elegido vivir.

Guardó la tablilla y los frascos en una bolsa que llevaba colgada del hombro. Luego hizo un gesto a los rusos.

—El mecanismo —dijo.

Uno de los rusos sacó un dispositivo pequeño del bolsillo. Un detonador. Lo activó.

Un zumbido eléctrico recorrió la cueva. Luego, un silencio absoluto.

—Tenéis un minuto —dijo Javier—. Luego esto volará. Las columnas caerán. La entrada se derrumbará. Salid si podéis.

—¿Por qué? —gritó Berta.

—Porque no quiero testigos —respondió Javier—. Y porque vosotros habéis sido útiles. No voy a mataros yo mismo. Pero no voy a ayudaros tampoco.

Dio media vuelta. Un ruso lo cogió en brazos y salieron disparados.

Berta corrió hacia él, pero el otro ruso la apartó de un empujón. Manu intentó sujetarla, pero el disparo le llegó antes. Un balazo en el hombro. Cayó al suelo.

—Lo siento —dijo. Y no sonó a disculpa.

Desaparecieron por el pasillo. El eco de sus pasos se alejó.

Berta se arrodilló junto a Manu. Le presionó el hombro con las manos. La sangre le empapaba los dedos.

—¡Levántate! —gritó—. ¡Tenemos que salir!

Me puse en pie con dificultad. Berta me arrastró hacia el pasillo. Detrás de nosotros, la cámara de los tesoros brillaba por última vez. El oro, la plata, las gemas, el espejo de Argantonio. Todo iba a quedar sepultado.

Corrimos. El túnel, el pasillo estrecho, la cámara circular, la pared falsa. Las piernas se negaban a obedecerme. Berta me sostenía como podía.

Vimos la luz de la entrada.

Y entonces escuchamos la explosión.

No fue un ruido. Fue una ola expansiva. El aire se comprimió. La tierra tembló. Una nube de polvo y piedras nos empujó hacia fuera. Salimos volando, rodando por el suelo, tosiendo, ciegos.

Cuando levantamos la vista, la entrada había desaparecido. Solo quedaba un montón de escombros.

Javier no estaba. Ni los rusos, tampoco la tablilla.

Un coche patrulla frenó junto a nosotros. Montenegro bajó de un salto. Miró los escombros. Y a nosotros.

—Llamad a una ambulancia —gritó a sus hombres.

Luego se arrodilló junto a Berta.

—¿Javier? —preguntó.

—Se ha ido —respondió ella—. Con la tablilla. Con todo.

Montenegro apretó la mandíbula.

—Búsquenlo —ordenó—. Que no salga de la provincia.

Pero Javier ya estaba lejos.

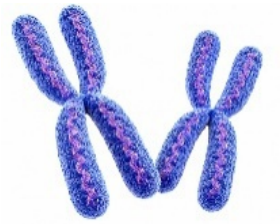
Berta me abrazó. Los dos temblábamos.

—No mires atrás —susurró ella.

—No voy a hacerlo —respondí.

Pero miramos. Y solo vimos piedras.

CAPÍTULO 30



La procedencia

El laboratorio de la policía científica tenía las persianas bajadas. Álex llevaba treinta y seis horas sin dormir. Sobre la mesa, tres pruebas. La caja de cartón donde había llegado la estela a casa de Manu. El plástico de burbujas que la envolvía. El albarán que el mensajero había hecho firmar a Manu aquel lunes de agosto.

Álex había comparado las fibras del plástico con los hilos negros extraídos de la boca de Carla. Había analizado la composición del adhesivo de la caja con los restos de la aleación encontrada en las fibras de Sebastián. Había rastreado el código del albarán a través de tres bases de datos diferentes.

Montenegro entró sin llamar. Llevaba la chaqueta puesta, la cara desencajada, el móvil en la mano.

—¿Qué has encontrado?

Álex no levantó la vista. Señaló la pantalla del ordenador.

—El albarán es falso. La empresa de mensajería no existe. La dirección es un apartado de correos en Cádiz. Contratado con tarjeta de crédito prepago. Pero lo importante no es eso.

Señaló el plástico de burbujas.

—El plástico es de un lote especial. Fabricado con una aleación de poliéster y sílice que solo se usa para embalaje de material arqueológico. No se vende en cualquier sitio.

—¿Dónde se vende?

—No se vende. Se fabrica bajo pedido. Y solo hay una institución en España que lo usa habitualmente.

Álex tecleó algo. La pantalla mostró un logotipo.

—El Museo Arqueológico Nacional —leyó Montenegro—. Y sus delegaciones territoriales. Entre ellas, el Museo Arqueológico de Sevilla.

—He cotejado los lotes. El número de serie del plástico corresponde a un pedido hecho por el Departamento de Conservación del Museo de Sevilla. Fecha: hace dieciocho meses.

—¿Responsable del pedido?

—El director del departamento.

Montenegro lo miró.

—¿Javier?

—Javier es el director. El que firma los informes. El que autoriza las salidas de material.

Álex pasó otra página. La foto de Javier. La misma que Manu había visto en el museo. La misma que aparecía en la página web. Sonriente. Con gafas. Con una toga negra de ceremonia.

—Javier —repitió Montenegro—. Siempre él.

—Desde el principio —dijo Álex.

Montenegro cogió el móvil. Marcó el número de Berta. Contestó al segundo tono.

—¿Cómo está Manu? —preguntó.

—La herida del hombro va mejor —respondió Berta, con la voz cansada—. Pero Javier se ha esfumado con todo lo que encontramos.

—Ya lo sé —dijo Montenegro—. Álex acaba de confirmarlo. Todo provenía del museo. Javier estaba detrás de todo.

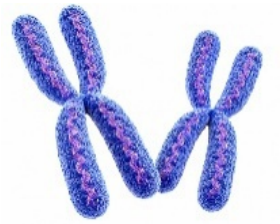
—¿Y ahora qué?

Montenegro miró la foto de Javier en la pantalla.

—Ahora —dijo—, nos toca seguir investigando. Pero no sé si lo encontraremos.

Colgó.

CAPÍTULO 31



El funeral

El cementerio estaba vacío. Solo habían asistido unos pocos amigos de Carla, algún compañero del trabajo. Y Berta y yo.

Lloviznaba. No era una lluvia de verdad, solo una humedad gris que calaba los huesos.

Sostenía un ramo de flores blancas. Las dejé sobre la lápida. Miré el nombre grabado en la piedra. Carla Ríos. Mi hermana.

No lloré. No pude.

Berta estaba a mi lado, en silencio. Me sujetaba el brazo, sin apretar, solo para que supiera que no estaba solo.

Entonces sonó el móvil.

Lo miré. Número desconocido. Lo iba a rechazar, pero Berta me hizo un gesto.

—Cógelo.

—¿Sí?

—Manuel —la voz era pausada, educada, casi cordial. La reconocí al instante. Se me heló la sangre.

—Javier.

Berta se puso tensa a mi lado.

—Solo quería despedirme —dijo Javier—. Y darte las gracias. Sin ti no habría encontrado lo que buscaba.

—¿Dónde estás? —pregunté, con la voz quebrada.

—Lejos —respondió Javier—. En un lugar donde nadie me encontrará.

Hubo una pausa. Luego, con un tono diferente, más íntimo, casi satisfecho continuó:

—Y funcionó, Manuel. La tablilla no mentía.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

—¿Lo ves? —siguió—. No era magia. Era conocimiento. Como decía Argantonio. El cuerpo habla. Solo hay que saber escucharlo. Yo aprendí a escucharlo. Y ahora… ahora ya no me duele nada.

—Mataste a mi hermana —dije, con la voz rota.

—Lo sé —respondió Javier, sin un solo temblor—. Y lo siento. Pero ella entendía. Ella sabía lo que estaba en juego. Como tú.

—No soy como tú.

Javier se quedó callado un momento. Luego suspiró.

—Quizá no —dijo—. Pero has llegado más lejos que nadie. Y por eso te respeto.

—¿Y ahora qué? —pregunté—. ¿Vas a vivir para siempre?

Javier soltó una risa breve, sin humor.

—Para siempre, no. Pero el tiempo que me quedaba… se ha alargado. Lo suficiente. Tal vez pueda verte envejecer, Manuel. Eso ya es más de lo que esperaba.

El silencio se alargó.

—Cuídate, Manuel —dijo Javier—. Y cuídala a ella. Berta. Que es buena gente.

—¿Cómo sabes…?

—Sé muchas cosas. Siempre las he sabido.

Colgó.

Me quedé mirando la pantalla del móvil. Llamada finalizada. El número desconocido. Como aquel primer día. Como la primera amenaza.

Berta me miró.

—¿Era él?

Asentí.

—¿Qué ha dicho?

Tardé en responder. Las palabras se me atragantaban.

—Que lo ha conseguido —murmuré—. Que ya no le duele nada. Que la tablilla funcionó.

Berta apretó la mandíbula.

—Hijo de puta.

—Y que va a vivir —añadí, con un hilo de voz—. Lo suficiente para verme envejecer.

El silencio se hizo eterno.

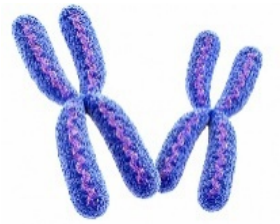
Guardé el móvil. Miré la lápida de Carla. Las flores blancas. La lluvia fina.

—Vámonos.

No miré atrás.

Pero supe, desde ese momento, que Javier siempre estaría ahí. En algún lugar. Viéndome. Esperando.

EPÍLOGO



A finales de mayo, paseábamos por la playa. No era aún verano, pero el calor ya se notaba. El sol caía suave, la luz se alargaba sobre la arena. El mar estaba en calma.

Habíamos dejado a Tito en casa de una vecina. Solo un fin de semana. Nos lo merecíamos.

Berta llevaba un vestido blanco que le regalé. Yo iba en mangas de camisa, con los pantalones remangados para mojarme los pies. El agua aún estaba fresca, pero no importaba.

No hablábamos. No hacía falta.

El sonido de las olas llenaba los silencios.

Berta se detuvo. Miró el horizonte.

—¿Crees que alguna vez volveremos a saber de él? —preguntó.

Tardé en responder.

—No lo sé —dije—. Y, por primera vez, no me importa.

Berta sonrió.

—Mira quién fue a hablar. El rey de los rituales. El de los tres toquecitos…

Sonreí también. Una sonrisa pequeña, pero verdadera.

—Ya no toco madera —dije.

—Ya lo sé.

Berta me cogió la mano. Caminamos un rato más en silencio.

El sol empezaba a teñir el cielo de tonos naranjas. El mar brillaba.

—¿Y si nos quedamos aquí a vivir? —dijo Berta de repente.

La miré.

—¿En la playa?

—En la playa. O en un pueblo cerca. Lejos de Sevilla. Lejos de museos. Lejos de todo.

Me lo pensé un momento.

—Suena bien —dije—. Pero tienes tu trabajo. Y yo el mío. Y Tito no perdonaría que lo alejáramos de su estantería.

Berta se rio.

—Tito se acostumbraría.

—Tito no se acostumbra a nada —respondí—. Tito solo juzga.

Berta se rio otra vez. Esa risa limpia, sin dobleces. La que me enamoró.

Caminamos un poco más. El viento suave nos revolvía el pelo.

Berta metió la mano en el bolsillo del vestido. Sacó un chupachups de fresa.

Lo miró. Luego me miró a mí.

—¿Te acuerdas? —dijo.

—Me acuerdo.

Ella sonrió. Lo desenvolvió con los dientes, como aquella primera vez. Se lo metió en la boca un segundo. Solo un segundo. Luego lo sacó. Lo sostuvo entre los dedos, brillante y húmedo.

—Abre —dijo.

—¿Qué?

—La boca, Manu. Abre la boca.

Sonreí. Abrí la boca.

Berta me metió el chupachups.

El sabor a fresa me llenó la lengua. Dulce. Ácido. Familiar. Como un ancla.

—Chúpalo —dijo—. Y no toques nada.

La miré. Tenía los ojos brillantes.

—Es una orden —añadió.

Me reí. Con el caramelo en la boca, la risa me salió torcida.

—Sí, señora —dije.

Berta se acercó. Me besó.

No fue un beso urgente, ni desesperado. Fue un beso suave, tranquilo, de esos que dicen «estamos bien». Sus labios sabían a sal y a fresa.

Cuando se apartó, apoyó la frente contra la mía.

—Te quiero —dijo.

—Ya lo sé y yo te amo —respondí.

Se rio.

—Eres un memo.

—Pero soy tu memo.

Berta no dijo nada. Solo me cogió la mano.

Caminamos hasta que el sol se puso del todo. Cuando volvimos al coche, me quité las deportivas y sacudí la arena.

Berta me miró.

—¿Has tocado madera?

Miré el coche. El Clio. El salpicadero.

—No —dije—. No había madera.

Berta sonrió. Arrancó el motor.

—Ese es mi chico —dijo.

Y nos fuimos.

No sabíamos adónde. Pero íbamos juntos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Escribir una novela es un acto solitario, pero llegar al final es cosa de muchos.

A mi madre y a mi padre. No están. Pero siempre estáis conmigo: en cada página, en cada duda, en cada día que decidí seguir escribiendo. Esto no habría sido posible sin todo lo que me disteis. Gracias por cuidarme desde donde estéis. Os llevo conmigo.

A mis amigos, los de verdad, los que me dijeron «sigue, que esto va a algún sitio».

A la ciencia. A los estudios sobre los telómeros, esos fragmentos de cromosomas que guardan el secreto del envejecimiento. A los investigadores que pasan años mirando microscopios para entender por qué nos hacemos viejos. Esta novela nació de vuestros *papers,* de vuestras gráficas, de vuestras preguntas.

A Tito, que no es un gato, es un estilo de vida.

A Berta, que apareció un día en mi cabeza con un chupachups de fresa en la boca y no se fue nunca.

Si has llegado hasta aquí, muchísimas gracias por leerme.

MIS OTRAS NOVELAS

COMO VICTORYA SERRADA

https://www.amazon.es/stores/Victorya-Serrada/author/B074W9WJQX?ref=ap_rdr&shoppingPortalEnabled=true

Dos corazones sin frenos

Ventaja al corazón

El dilema de Dante

Amor bajo cero

Olor a Navidad

Cuando volvamos a vernos en Navidad

Manual de (des)amor en directo

Yo tuve tres maridos… O más

Fuego indómito

No es amor, es insolación

Lo que no te conté

No soy yo, eres tú

¡Yo vine aquí a hablar de mi amor!

No estabas en mis planes

Ven a casa por Navidad

No me vengas con esas

Te concedo tres deseos

Eso díselo a tu ex

Todo menos mi corazón

Entre pétalos y sueños

Te odio con todos mis gigas

COMO MARIE XIMENA

Como perfume derramado

La papisa

¡Divino!

¿Me recuerdas?

Sirena, cuento de Navidad

Mariela, mi amor

Soy lo prohibido

La sartén por el mango

MIS REDES SOCIALES

Facebook

https://www.facebook.com/ximena.dupuisfontenebleau?locale=es_ES

Instagram

https://www.instagram.com/victorya_serrada_autora/

TikTok

tiktok.com/@victoryaserrada_autora

---

[1] BNE Biblioteca Nacional de España.